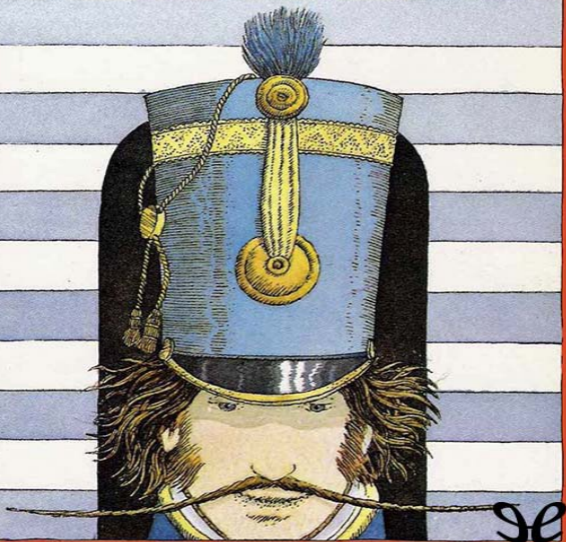




EL BARCO DE VAPOR

Miklós Rónaszegi
Háry János



Háry János, el simpático y fantasioso húsar húngaro, es personaje muy popular en el mundo literario húngaro y centroeuropeo. Primo hermano del barón de Münchhausen (el barón de la Castaña) por sus embustes y fanfarronadas, lo que muchos ignoran es que Háry János vivió realmente hace un par de siglos. Muchos escritores han contado su vida, sus andanzas y aventuras, y sus célebres embustes. Incluso, el inmortal Zoltán Kodaly, el gran músico húngaro, le dedicó su ópera

«Háry János».

Estamos seguros de que la obra de Miklós Rónaszegi hará reír a chicos y grandes.



Miklós Rónaszegi

Háry János

Serie Naranja - 58 (El Barco de Vapor)

ePub r1.0

nalasss 16.09.13

Título original: *Az a híres Hány János*

Miklós Rónaszegi, 1980

Traducción: Edith Sándor

Ilustraciones: Alfonso Ruano

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado:
«¡Lorado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

HÁRY JÁNOS, el protagonista de este relato, es el clásico representante del soldado fanfarrón y jactancioso. Su figura es famosa en la literatura desde hace ciento cincuenta años, cuando János Garay escribió su poema «El veterano», sobre las fantásticas aventuras de este viejo militar licenciado. El personaje, que fue real, se convirtió así en un verdadero mito. Las divertidas aventuras de Hóry inspiraron al insigne compositor húngaro Zoltán Kodaly, quien compuso en su honor su maravillosa ópera, llena de melodías folklóricas, «Hóry János»,

que resumió después en su bellísima suite del mismo título.

Miklós Rónaszegi ha transcrito la historia, adaptándola al gusto de los lectores jóvenes. El viejo y fantasioso Háry cuenta en la taberna de su pueblo, a los boquiabiertos parroquianos, cómo llegó a alistarse en el regimiento del emperador austrohúngaro y cómo se convirtió en el húsar más famoso del mundo. Naturalmente, era invencible ante cualquier peligro. En los recuerdos del viejo ocurren las cosas más sorprendentes. Por ejemplo, que María Luisa, la princesita, se enamora tan

locamente del apuesto Háyry que, en vez de casarse con Napoleón, quiere escaparse con él; o que el emperador toma unas copas en camisón con él, etc. Entre otras pintorescas peripecias gana la guerra contra los franceses, él solo, y captura a todo el ejército y al mismísimo Napoleón. Después vence al Dragón de las Siete Cabezas, liberando a su novia secuestrada; recupera la corona imperial y protagoniza muchas aventuras más. Entretejiendo las divertidas proezas, se narra la historia de amor de Háyry con Isabel, su fiel novia. Por su amor renunció el húsar a la mano de la princesa y de todos los

títulos con los que le quería colmar el emperador, para volver con ella a la paz y felicidad de su pueblo natal.

En los recuerdos del viejo veterano las hazañas se suceden sin interrupción, y él las cuenta con una exageración y fantasía graciosas. La lectura de esta obra es muy entretenida, porque Háry resuelve todo con la facilidad de los auténticos héroes de fábulas y de los ingeniosos personajes de las novelas picarescas. Es el Till Eulenspiegel húngaro. Sus embustes adquieren un brillante color por sus elementos fantásticos, tan de los cuentos populares.

El libro interesará a los jóvenes lectores españoles desde el primer momento, y, además, les dará a conocer un personaje clásico de la literatura húngara, una historia muy popular en los países centroeuropeos.

EDICIONES S.M.

1 *En el que
conoceremos a la
clientela de la
taberna El casco
del húsar, del
pueblo de
Nagyabony*

HABÍA UNA VEZ un pueblo llamado Nagyabony, que en húngaro quiere decir Gran Abony. ¿Que si se llamaba realmente así? Pues eso sí que no os lo podría asegurar. Igual podría haberse llamado Sioagárd, o Dabás, o cualquier otra cosa.

En aquellos tiempos, muchos mozos de aquel pueblo servían como soldados en las tropas del emperador de Austria, porque entonces Hungría estaba unida al imperio austríaco.

Tanto si habían sido reclutados voluntariamente como si habían sido engañados, los mozos tenían que esperar

de diez a veinte años antes de recibir la licencia.

Los soldados licenciados se consideraban muy afortunados si conseguían retornar sanos y salvos a sus pueblos.

Una canción de entonces decía:

*Torres, en Nagyabony sólo hay dos;
en Milán, en cambio, treinta y dos.
¡Prefiero ver de Nagyabony las dos,
antes que de Milán las treinta y dos!*

Este Nagyabony de la canción es, precisamente, el pueblo de nuestra

historia.

Pues bien, resulta que en Nagyabony había, como es natural, una taberna. Y no estaba situada en un lugar cualquiera, sino, precisamente, en el centro mismo del pueblo, frente a la iglesia aquella de las dos torres. Para no ofender a los feligreses, vamos a decirlo de otro modo, vamos a decir que se encontraba en la parte opuesta al mercado. Era una taberna bonita y acogedora, con un adorno de hierro forjado en su fachada, que representaba un casco de húsar. Ése era, justamente, el nombre de la taberna: *El casco del húsar*. Servían en ella un buen vino, por lo que los hombres la

frecuentaban con agrado. Y, claro, se comprende que las mujeres del pueblo le echasen cada mirada de odio...

—¡Ojalá se quemara de una maldita vez!

—¡Así se convierta en cenizas!

—¡Ahí fue donde engancharon al pobre de Háry János!

—¡Con lo guapo que era!

—Cuando lo licenciaron del ejército del emperador, ya venía hecho un viejo, un carcamal.

—¡Como que estuvo veinte años! Otros sólo cumplen diez o doce...

—Demasiado tiempo...

Así murmuraban entre sí las mujeres

mientras se dirigían, en las tardes de invierno, a la iglesia, a rezar el rosario. Vestían traje negro, llevaban pañuelo negro en la cabeza y chal negro sobre los hombros. Andaban a pasitos cortos sobre la nieve, como cuervos enlutados. Esquivaban la taberna, que para ellas era el mismísimo palacio de Satanás; allí estaría el músico Sergis, con su cara de demonio, rascando el violín; y el tabernero maese Gersón, con unas orejas grandes como las de Belcebú, sirviendo aquel maldito líquido de la condenación. En la taberna siempre se jugaba a las cartas; o sea, que manejaban la biblia del demonio en lugar de la de Dios.

Así murmuraban las mujeres, pero para mí que, en el fondo del fondo de sus almas, les apetecía horrores entrar en la maldita taberna para fisgonear un poco.

Pero, bueno, lo importante era que los parroquianos de la taberna sabían muy bien que ellos no eran tan malos como sus mujeres decían. Y no les importaba demasiado privarse de los sermones de su querido párroco. Para ese menester, para hablar y hablar, contaban con otra persona: con un hombre a quien hasta el mismísimo párroco hubiera escuchado con gusto. Me refiero al húsar Háry János. Por lo

demás, un buen vino tampoco es cosa mala, que digamos, y el de maese Gersón era francamente bueno. Era de su propia viña. El cura, en la misa, usaba ese mismo vino. Por eso, acaso, el vinillo de Gersón producía en todos una paz espiritual tan grande...

Posiblemente, a ello se debía también el que, en la taberna *El casco del húsar*, todos los hombres del pueblo hicieran buenas migas, fuese cual fuese su título o rango: desde el flaco porquerizo hasta el panzudo alcalde.

Y cito al alcalde porque, precisamente, él era el más asiduo visitante de la taberna. Tenía sus buenas

razones. Y más de una.

Aquel día, casualmente, acababa de recibir una visita, un gran amigo. El alcalde agarró la ocasión por los pelos y dijo corriendo:

—El vino de mi casa es una verdadera porquería agria, y mi mujer una auténtica bruja gruñona. ¡Vámonos corriendo a *El casco del húsar*!

Y allí se fueron.

Al llegar frente a la taberna, el alcalde alzó un dedo y dijo a su invitado:

—Además, también lo traigo aquí por otra razón: Nagyabony se enorgullece de un ciudadano tan notable

que ya es la octava maravilla del mundo.

—¡No se referirá usted al famoso húsar Hány János!

—Sí, señor, a él me refiero.

—Hombre, pues claro que lo quisiera conocer...

—Naturalmente que lo conocerá, si así lo desea, aunque lo verdaderamente interesante es escucharlo.

Y, sin más, sacudieron la nieve de sus botas contra el suelo, restregaron las suelas en el limpiabarros, levantaron el pesado picaporte, abrieron el portón y se encontraron en el mismísimo pórtico del infierno: entre otras cosas, porque dentro de aquella taberna reinaba un

tremendo calor, un tufo infernal.

Sólo que aquel calor no venía de las calderas de Pedro Botero, sino del fogón de la chimenea; y el tufo no olía a azufre, sino al criminal «mataquintos» que allí fumaban. Por cierto, si la Iglesia fuese más lista, echaría mano de este tabaco para espantar al diablo, en vez de hacerlo con el incienso, con lo caro que está.

Como siempre, la taberna estaba repleta. Se diría que la gente lo estaba pasando en grande, porque, justo en aquel preciso momento, estalló un estruendoso «¡Viva!», seguido de un enorme griterío. Y no era precisamente

para saludar a los que llegaban, sino para animar a un viejo, de cabeza casi calva y con enormes bigotes, que se sentaba a la cabecera de una de las mesas y sostenía en sus manos la jarra de vino más grande que allí se veía.

—¡Mil rayos me partan! —rugía el viejo alzando su voz sobre el griterío, mientras reía a carcajadas.

El alcalde dijo al oído de su huésped:

—Ése es, ése es Háy János.

El alboroto cedió por un instante cuando los parroquianos advirtieron a los recién llegados, pero no hubo ningún saludo especial. Simplemente: «Buenas,

buenas», inclinaciones de cabeza, unas toses... y la atención se centró de nuevo en el viejo. Hicieron un poco de sitio en el banco al panzudo alcalde y a su delgado invitado, pero el bullicio impaciente les indicó que no interrumpieran, que escuchasen atentos.

El invitado del alcalde miró a su alrededor y vio, justamente a su lado, a un joven que parecía un estudiante. Se sonaba éste constantemente su enrojecida nariz con un pañuelo enorme y algo sucio, y carraspeaba con frecuencia.

El alcalde, sentado a la derecha de su huésped, dijo:

—¡Ahí tiene usted a nuestro famosísimo Háry!

Pero el estudiante, sentado a la izquierda del huésped, puntualizó:

—¡A nuestro grandísimo embustero!

Ciertamente, aquella fue una observación maliciosa, poco fina. Pero el huésped del alcalde no le hizo ni caso y estrechó orgullosísimo la mano que le tendía Háry János.

—Encantado de conocerle, señor Háry János. He venido a verle... humm... esto... porque su fama ha llegado hasta... hasta... hasta...

No concretó el forastero hasta dónde había llegado la fama del húsar, porque

en aquella época, cuando todavía no existían ni la radio, ni el teléfono, ni tan siquiera el tren, ya era cosa bastante excepcional el que la fama de alguien llegase a cualquier sitio. De todos modos, la observación del forastero tuvo buena acogida y estalló otra estruendosa ovación. La clientela de la taberna, viejos y jóvenes, campesinos, porquerizos y pastores... todos aplaudieron. Porque, realmente, estaban orgullosísimos de la fama de su viejo paisano.

Entonces, Háry János dio un tremendo puñetazo en la mesa y le brillaron los ojos de orgullo y alegría:

—¿Qué os había dicho yo? ¡Mil rayos! —y su voz destacó de nuevo sobre el griterío—. ¡El mundo entero conoce la fama del húsar húngaro Háry János!

—¡Eso! ¡Eso! ¡Sí, señor! —tronaba la taberna.

Y un montón de gargantas sedientas llamaban a maese Gersón, el tabernero:

—¡Más vino! ¡Brindemos! ¡Mil rayos!

Pero Háry János, cual hábil director de orquesta, impuso silencio con un movimiento de su mano:

—¡Debéis daros cuenta, compadres, de que yo, Háry János, el célebre húsar

húngaro, yo..., yo...! ¡que no hay nadie como yo, vamos!

—¡Excepto su mujer, la señora Isabel! —gritó riéndose un mozo.

En aquel ambiente caldeado tuvo un gran éxito la aclaración, y todos aplaudieron a rabiar.

De nuevo intervino el alcalde:

—¡Hable ya! ¡Empiece a contar! ¡Le estamos esperando!

Pero el estudiante dijo:

—¿Pues no dice que es húsar? ¡Qué va a serlo! ¡Ja, ja, ja...!

En aquel momento la justiciera naturaleza castigó al malicioso joven. No pudo terminar su burlona risa porque

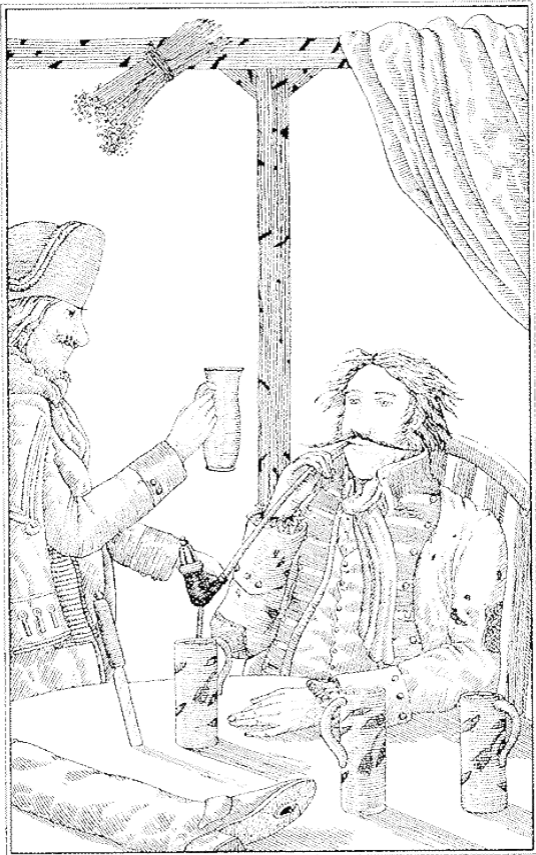
le salió un tremendo estornudo, capaz de asustar a los mismísimos diablos.

—¡¡Atchiís!!

De todos modos, logró añadir:

—¡Pero si fue un vulgar pelao de infantería, y no un húsar a caballo!

Pero como nadie le hizo caso, se quedó agazapado en su sitio, echándose al colete cada trago de vino... (lo tomaba como medicina contra el resfriado), dispuesto, con las narices rojas y los ojos húmedos, a estornudar al siguiente embuste de Háy János.



Se reclinó éste en el banco, se apoyó en la pared, se atuzó el bigote husaresco —un palmo a la derecha, un palmo a la izquierda— y contempló durante un rato con sus picaros ojos pardos al alcalde, que estaba acodado en la mesa frente a él.

La cara del alcalde brillaba de expectación. Estaba, personalmente, muy interesado en el relato de Háry, pero es que, además, no quería quedar mal delante de su invitado. Miró de reojo el reloj de tapa que llevaba colgando sobre su enorme barriga y comprobó que era la hora de la misa. Pensó que las mujeres estarían ya, devotas, en la

iglesia, por lo que Hány János podía comenzar su relato sin miedo a que oyesen sus juramentos.

Pero el viejo húsar no tenía prisa. Quien había viajado por tantas y tan remotas tierras, y salido incólume de tan feroces batallas, bien podía concederse unos minutos para recordar sus hazañas.

Él era un *veterano combatiente* (en aquellos tiempos así llamaban los periodistas y los poetas a los soldados licenciados) que, a pesar de que su frente había llegado ya, poco a poco, a tocar la coronilla, es decir, que su cabeza se había tornado calva, señal de edad y sabiduría, no había perdido aún

ni la alegría ni la fuerza. Aquellas manos de hierro que ahora apretaban la jarra, habían dominado en otros tiempos briosos corceles, y manejado, incansables, bruñidos sables. Más aún, ¿quién osaba poner en duda que, en tiempos ya lejanos, Háry había lanzado a veinte metros de distancia, de un sencillo empujón, la garita de un centinela enemigo, allá en la frontera alemana? ¿Y el uniforme? ¡Pues no lo lucía con orgullo, ni nada! Ya casi no quedaba de él más que una casaca deshilachada, remiendo sobre remiendo, delatando la mano amante de una mujer que cosía presurosa cada desgarrón.

¡Pero cómo lucían los descoloridos cordones de aquella casaca!

Y luego lo principal, ¡el bigote! Bigote de húsar, de dos palmos, que se movió en aquel preciso momento.

—«Que hable... que hable...». Señor alcalde, me piden éstos que hable. ¿Cree usted que yo soy una abuelita para contar cuentos? ¡Lo que quieren ustedes es verme, como se mira a los monos de feria!

El alcalde no supo qué decir. Por fin:

—¡Qué va, hombre! ¿‘Qué mosca le ha picado, amigo Háry? ¿Cómo puede pensar eso de nosotros?

—¡Lo que quiero que quede claro, antes que nada, es que yo, Háry János, digo siempre la verdad! ¡Sólo la verdad! Esto lo puede atestiguar usted, señor alcalde.

Así habló el veterano húsar poniendo una mano sobre el corazón y asiendo con la otra la jarra, para humedecer el gañote con un traguito del vino de maese Gersón.

—¡Claro que lo atestiguo! —bramó el alcalde, agitando con las risas su enorme panza—. Y, si quiere, mañana lo mando pregonar por todo el pueblo: «¡El húsar Háry János dice siempre la verdad!». ¿Qué le parece?

—¡Así me gusta! —inclinó la cabeza el viejo soldado, riendo también como todos los demás.

EN MEDIO de aquel alboroto, el pobre estudiante se tragó su estornudo de turno, con lo que su oído quedó obstruido por un rato.

—Así pues, para empezar, yo digo siempre la verdad. Exactamente tal y como lo dictamina el reglamento de los húsares. ¡Mil rayos me partan!

—Bueno, pero no empiece usted por ahí, sino por el principio —barbotó, entre risas, el alcalde.

2 *En el que el pícaro
estudiante se
dispone a señalar
cada embuste de
Háry con un
estornudo, cosa
que puede hacer
fácilmente porque
está resfriado*

QUE EMPIECE por el principio!» — dijo Háry János con un profundo suspiro —. ¿A qué «principio» se refiere usted, señor alcalde? ¿A cuando me alisté como soldado? Porque, claro, eso fue el principio de todo. Bueno, pues empiezo por ahí. Antes que nada debéis saber, amigos, que yo también fui mozo un día, como lo sois vosotros. Pasaba todo el día aquí, en esta taberna, con mis amigos. Sí, justamente en esta taberna. Cantábamos, alborotábamos y, naturalmente, bebíamos demasiado. No

dábamos golpe. Y eso que, especialmente en el buen tiempo, si hubiésemos querido, habríamos tenido trabajo hasta el cuello. Me acuerdo de que era una primavera hermosa y llena de llores cuando ocurrió lo que os voy a contar. Nuestros padres y nuestras madres en el campo, y nosotros aquí. ¡Ay!, todavía hoy me avergüenzo de ello. Éramos unos vagos, unos gandules, a pesar de que fuerzas no nos faltaban para trabajar. Éramos fuertes, como toros. Una vez, mis compañeros levantaron a pulso una carreta hundida en el barro, como quien saca de la tierra el tacón de su bota. ¡Zas, fuera! En

cuanto a mí... bueno... no debería hablar de ello porque soy modesto y no me gusta alabarme... Pero contaré un caso, porque quienes lo recuerdan aún hoy día saben que digo la verdad.

Pues nada, que aún era yo un chiquillo cuando un día, a consecuencia de las fuertes lluvias caídas durante una tormenta, se cayó una pared de nuestra casa y el tejado comenzó a hundirse poco a poco. Con lentitud, pero sin detenerse. ¡Dios bendito! Corríamos de aquí para allá, removiendo cielos y tierra, y el tejado seguía bajando lentamente. Ya estaban mis padres resignados a ver derrumbarse la casa

ante nuestros ojos a menos que ocurriera un milagro, cuando...

Porque, bueno, ya para entonces era yo un chico de provecho, no como otros que yo sé. Les dije a mis viejos que no se apuraran, y así tranquilamente la esquina del tejado con una mano, levantándolo con suavidad hacia arriba. He de confesar que me puse un poco colorado por el esfuerzo, porque, como ya he dicho, todavía era yo un chiquillo. La otra mano no la podía usar porque, ¡maldita sea!, me estaba picando en la nariz un condenado mosquito.

Entonces, le dije a mi padre, que en paz descanse:

—Oiga usted, padre, construya rápidamente otra pared, porque, si estornudo, el tejado volará hasta las afueras del pueblo.

¡Y allí no pasó nada! Mi padre levantó una nueva pared, y mi madre hasta tuvo tiempo de blanquearla. ¡Quedó más bonita...!

Yo, de veras, no le di importancia a la cosa, aunque me rodeaban miles de pasmarotes que me admiraban boquiabiertos.

Pero, en fin, no quiero insistir en esto para no alargar más la historia.

COMO OS DECÍA, mis amigos y yo solíamos empinar el codo todo el día, aquí, en esta taberna, que en aquellos tiempos todavía no era de maese Gersón, sino de un pícaro llamado Gábris. Él decía que era cervecero, pero de cerveza no entendía nada. En cambio, ¡vaya si entendía de bautizar el vino...! Era tanta el agua que le echaba, que teníamos que beber cada uno, literalmente, dos cubos de vino para alegrarnos un poquillo.

Y así estábamos un día, un poquitín alegres, cuando apareció en el pueblo el

famoso Miguel Benák. ¿Lo conocéis? Fue el mejor reclutador del ejército austríaco.

Nosotros estábamos aquí, sentados o de pie, bebiendo tranquilamente.

—¡Mirad, mirad qué pajarracos están llegando!

Porque había que ver cómo venían aquellos soldados, con gaitas, cornetas, tambores y trompetas. Unos a caballo y otros a pie, pero ufanos todos como pavos reales, con sus bellos uniformes y sus cascos empenachados.

Venían por la calle mayor del pueblo, cantando:

*El soldado va a caballo,
y de ello se pavonea.
Su espuela canta y brilla
y su sable centellea.*

¿Qué os voy a decir? Pues que se me emocionaba el corazón sólo con verlos tan marciales. ¡Esos cascos! ¡Esos uniformes! ¡Esos caballos! ¡Y ese sol brillando en el sudor de las grupas de los caballos!

Entre ellos iba un mozo a pie, vestido como de campesino, es decir, como nosotros. Iba cantando a gritos

esta canción:

*Yo, en cambio, pobre de mí,
cavo, siego, paso calor y frío.
¡Pero se acabó! Ahora mismo
voy corriendo y me alisto.*

Cada vez que terminaba su canción, se subía a un caballo que venía con la silla de montar vacía, sin jinete, y simulaba como si verdaderamente se alistase en el ejército. Pero, después de avanzar unos cuantos metros, se bajaba de nuevo, andaba un poco a pie y empezaba otra vez su cantilena:

¡Pero se acabó! Ahora mismo voy corriendo y me alisto.

Nos desternillábamos de risa al ver cómo repetía aquello el pobre diablo una y otra vez, igual que los monos de los titiriteros. Desde luego se notaba a primera vista que aquel hombre jamás había sido campesino. ¡Si lo sabré yo! Los campesinos caminan de otra forma, y hasta montan de modo diferente. Es verdad el refrán que dice que todo húngaro ha nacido para montar a caballo, pero en seguida salta a la vista

el que es un húsar, y el que sólo tiene el caballo para las faenas del campo.

Bueno, pues a lo que íbamos: nada más detenerse los soldados ante la taberna de Gersón, gritó el granuja del tabernero, que estaba compinchado con el reclutador:

—¡Hale, muchachos, dos jarras de vino para todos!

—¿Quién paga? —preguntamos.

—¡Nadie! ¡Hoy es gratis! Llamad también a los otros mozos.

No lo tuvo que repetir dos veces. Cada cual se largó a buscar a sus amigos. Yo no, porque el mío estaba allí precisamente. Se llamaba Marcelo

Kinses.

Fue todo un espectáculo. Los gansos huían espantados, graznando estrepitosamente. Los perros se escondían en sus casetas. Todo el pueblo se llenó de voces y gritos. Entonces, Miguel Benák, extendiendo los brazos como los ángeles que adornan el altar mayor de la iglesia, empezó a cantar:

*Ven, compadre, a brindar,
un vaso de vino ven a tomar.
¡Cosa fina, cosa buena,
apuremos la jarra llena!*

Y sujeto del brazo del que, vestido de campesino, unas veces caminaba a pie y otras montaba a caballo, se daban abrazos y palmadas como si fueran amigos de toda la vida y entraron en la taberna. Una vez aquí, en seguida se pusieron a bailar, mientras los otros soplaban las gaitas, tocaban las trompetas y golpeaban con fuerza los tambores... ¡Qué jaleo, mil rayos me partan!

¿Para qué negarlo? Sí, señor, aquello me gustaba.

Para entonces nos habían servido ya la cuarta jarra de vino. ¡Del mejor vino! De las siguientes jarras... perdimos la

cuenta. Cayeron una tras otra. De repente, Benák gritó:

—¡Rayos y truenos! ¿Es que no hay nadie que sepa bailar en Nagyabony?

¿Qué dice este tipo? ¡Ya verá el miserable! Se picó nuestro amor propio, vaciamos de un trago la jarra y... ¡al centro, a bailar! ¡Y vaya si bailamos! «El baile de los porquerizos», «La danza de los palos...», todos, todos los bailes. El gaitero no daba abasto, casi se tragaba los pitos por la furia de nuestro baile.

A todo esto... mal está que yo lo diga, pero el que mejor bailaba era yo.

Todo el pueblo acudió corriendo a

verme, porque yo era un magnífico bailarín. Los niños salieron como cohetes con la noticia:

—¡Que está bailando Háry János!
¡Que está bailando Háry János!

De pronto, en medio del jaleo, la gaita enmudeció. El condenado de Miguel Benák se subió a una cuba, aquí en el centro, y echó un gran discurso sobre lo maravilloso que sería que unos mozos tan bravos y tan valientes como nosotros se alistasen en las tropas del emperador. ¡Ésa sí que iba a ser una vida diferente! El húsar, en vez de andar con las boñigas del establo, va siempre cabalgando en un brioso corcel,

caracoleando orgulloso, conociendo países lejanos. Comida y bebida, hasta hartarse. ¡Ah!, y luego, el uniforme. ¡Casi nada!

Y naturalmente, las mozas, peleándose a tortas por conseguir un beso de esos dioses a caballo, que lucen hermosos uniformes y blanden centelleantes sables. Lo mismo en Budapest que en Viena o Milán, ¡cuántas fastuosas damas de hermosa piel blanquísima venderían su alma al diablo por el beso de un húsar húngaro!

¡Lo que nos faltaba! Aquello fue el delirio, y aplaudimos a rabiar a Benák.

Cuando nos cansamos de aplaudir...

¡más vino de nuevo, más gaita, más baile...! La gente estaba como loca y fuera de sí. ¡Ay!, ¡cómo nos tentaban aquellos uniformes, aquella vida feliz!

Seguimos bailando a todo meter, sin asomo de cansancio.

Bailábamos como locos y lanzábamos gritos de regocijo, como es debido. El gaitero también se puso a bailar con nosotros. Daba unos brincos como si pasara sobre ascuas. En fin, ¿qué os voy a decir? Que lo pasamos tan bien como en una boda. Lo malo es que no nos dimos cuenta de que el astuto de Benák tenía en la mano un hermoso casco militar adornado con cintas y con

flores, y nos estaba acechando con él como quien se dispone a cazar una mariposa con un sombrero. Esperaba el momento oportuno para ponerle el casco en la cabeza a alguno de nosotros.

Porque tenéis que saber que entonces había la costumbre de que, si a un mozo le ponían el casco en la cabeza, el pobre diablo ya era soldado del emperador. Como si se hubiese alistado voluntario, ¡mil rayos me partan!

Parece que para estas cosas las mujeres son más espabiladas que los hombres, porque de repente, sin saber de dónde salió ni cómo, vi ante mis ojos a Isabel, mi novia.

—¡Ay, mi querido Háry János! —
lanzaba sus lamentos al cielo—.
¡Cálmate ya, por la Virgen María! ¿Es
que has perdido el juicio?

«¿Por qué dirá esto?», me
preguntaba yo.

Entre el barullo y el griterío, apenas
si podía entender sus palabras. Sólo oía
que me fuese con ella a casa y que no
siguiese allí dando estúpidas cabriolas.

¡Demonio, lo que me faltaba! Me
puse furioso, porque, realmente, es una
vergüenza que una moza, en lugar de
admirar lo bien que bailas, te desprecie
y, encima, te quiera mandar a casa como
se manda a la cama a un niño de

pañales.

Para no oír a Isabel, lancé un tremendo berrido de regocijo, mientras brincaba golpeándome fuertemente las pantorrillas y procurando mantenerme de espaldas a ella.

Pero Isabel no se daba por vencida.

—¡Ay, mi querido Háry János! ¡Me moriré si me dejas!

—¡Pues lo tendrás bien merecido!

—¡Te llevarán! ¡Te alistarán! ¡Verás cómo esto va a ser tu perdición!

—¡Calla!, ¿qué sabrás tú de estas cosas?

—¡Te estás jugando nuestra boda!
¡No estás en tus cabales!

En eso sí que llevaba razón mi pobre Isabel. El vino, el baile y el jaleo me tenían como loco. Pero, más que nada, la rabia y la vergüenza de que una mujer me dijese a mí, ante mis camaradas, lo que yo tenía que hacer.

«Si tú blanco, yo negro», pensé, y seguí bailando con más furia que antes. Si hubiésemos bailado en parejas, ¡mal rayo me parta!, Isabel me hubiera sacado de allí y me hubiese llevado a casa. Pero, como ya dije, aquél era un baile de hombres solos, en el que las mujeres no intervenían. Ellas se limitaban a admirar y aplaudir. Formaban un corro alrededor nuestro, y

acompañaban con las palmas cada vez que golpeábamos el suelo con los pies.

Y, ¿sabéis qué ocurrió entonces?

Pues que de repente se paró la gaita, y en medio del silencio me gritó Miguel Benák:

—¡Tú, Háry, vete a casa! ¡Un hombre que se deja mandar por las mujeres no merece llevar el uniforme de los húsares!

¡Lo que me faltaba! Le eché una mirada furibunda y, frunciendo el entrecejo, lo examiné de pies a cabeza como queriéndolo atravesar. ¡El muy cerdo...!

«¡Ay, si tuviera un sable! ¡Voto a

todos los diablos que te separaría del cuello esa calabaza que tienes en vez de cabeza!», pensaba. No sé lo que pensaría él mientras tanto. Sólo vi que se reía como un descosido, y lo mismo sus compañeros. A la vez, le daba vueltas al casco, mirándolo por todas partes, como si no supiera qué hacer con él.

¡Ya se lo enseñaría yo!

Lancé al aire una sarta de juramentos y, reventando de furia, me dirigí a él con pasos lentos, medidos, la mar de chulos. Sin esperar a que me lo pusiera él, le arrebaté de las manos el maldito casco y yo mismo, de un rabioso golpe, me lo

encasqueté.

—¡Y en adelante, a ver quién se atreve a meterse con el húsar Háy János! —grité.

—¡Yo, desde luego que no, colega! —gritó el pícaro de Benák, abrazándome.

¿Qué más os puedo decir? Sonaron los tambores y las trompetas... Se oyeron estruendosos «¡Hurras!» y «¡Vivas!».

Mi amigo Marcelo Kinses siguió mi ejemplo, y, tras él, otros más. Porque, ya se sabe, «un loco hace ciento».

A continuación nos sentamos para el festín... ¡y menudo festín que nos

dieron! Nos sirvieron comida y bebida abundantes, y nosotros, ebrios de felicidad (y de vino), jugábamos como unos críos a quitarnos y ponernos los cascos los unos a los otros.

¡Menudo pícaro, menudo sinvergüenza era el listo de Miguel Benák!

Al final todos cantábamos juntos aquello de:

*Tengo una cantimplora de calabaza.
Está forrada con piel de potro
y tiene un broche de cobre.
Valiente y orgulloso soldado soy
y no un hambriento villano y pobre.*

En fin, que así fue cómo se convirtió
Háry János en húsar, ¡mil rayos me
partan!

3 *En el que Háry
János relata una
maravillosa
historia sobre
cómo se hizo
amigo del diablo y
del emperador*

MIL RAYOS me partan! —vociferó de nuevo el veterano soldado en la mesa de la taberna *El casco del húsar*, atusándose su largo bigote de dos palmos con los dedos mojados de vino.

Sorbo a sorbo y con gran deleite bebía el viejo húsar, mientras paseaba su mirada satisfecha sobre los que se apiñaban a su alrededor. Miró al panzudo alcalde —¡con qué entusiasmo sonreía su señoría!—, al estudiante de los estornudos —¡qué mirada tan ruin tenía el bellaco!— y al delgado invitado del alcalde, cuya nuez subía y bajaba cómicamente cada vez que tragaba vino.

Háry guiñó el ojo a sus amigos de la taberna, a aquellos viejos camaradas que bebían a pequeños sorbos el buen caldo de Gersón, el tabernero. El denso humo de las pipas se amasaba espeso como las negras nubes de las tormentas veraniegas. La voz de Háry era el trueno:

—¡Ah, pero eso no es nada! —dijo alzando su pipa—. ¡Lo mejor viene ahora!

—¡Cuenta, cuenta! —suplicaba el auditorio con un murmullo grave parecido al de los feligreses cuando rezan el rosario en la iglesia.

—¡Tenéis que saber que yo, en cierta

ocasión, me hice amigo del mismísimo diablo!

A un «¡Oh!» de asombro siguió el silencio sepulcral del pánico. Y es que, en aquel mundo creyente, se tenía mucho, pero que muchísimo respeto al diablo. En las mentes de aquellas gentes sencillas el mundo se dividía en dos mitades: la buena y la mala. La parte que le gustaba a Dios era la buena, y la que le gustaba al diablo era la mala. Para aquellos aldeanos, el representante del bien, el buen Dios, estaba sentado en un trono con blandos almohadones de nubes, rodeado de ángeles cantores. Mientras que en alguna parte «allá

abajo», en el infierno, Lucifer, ángel de Dios antaño pero convertido ahora en rebelde, estaba en su trono rodeado de llamas de azufre. Lucifer y sus demonios conocían un montón de magias y de trucos malignos con los que aterrizaraban a los pobres hombres. Al desgraciado mortal no le quedaba más arma contra ellos que su fe religiosa y su confianza en Dios. Tan pronto como uno sentía que el demonio le rondaba, se santiguaba horrorizado, y se rociaba con agua bendita para librarse de la condenación.

—¡Pero un húsar no le teme ni al mismísimo diablo! —gritó Háy János

dando un puñetazo sobre la mesa.

—DEBÉIS SABER, compañeros, que nuestra vida de húsares no comenzó tan brillante como la habíamos imaginado. Cuando terminó la juerga y nuestra cabeza se despejó de los vapores del vino, nos encontrábamos caminando por el polvo y el barro del camino. Íbamos como cualquier soldado raso de infantería. ¡De húsar y de caballo, nada! ¡Pues sí que estábamos buenos! Nos habíamos alistado como húsares, que son soldados de caballería, pero allí no había ni caballo ni uniforme. El vino,

escaso; el pan, seco; para dormir, nada de jergón ni paja: el duro suelo. Y para colmo de males, el condenado sargento Herrexum que nos amargaba la vida. Pasaba todo el santo día galopando de arriba abajo y de abajo arriba, vociferando. Como nos hablaba en alemán, no podíamos entender lo que nos decía; pero por su expresión se notaba que nos estaba echando cada taco... A veces nos insultaba hasta en húngaro. Lo que pasaba es que cualquier cosa que decía nos resultaba tan cómica que nos causaba risa. Eso a él no le hacía ninguna gracia, por lo que no hacía más que castigarnos... Con todo ello,

como os digo, estábamos desesperados cuando llegamos a la ciudad de Viena.

JUNTO A MÍ caminaba Marcelo Kinses, mi buen amigo y paisano.

—Oye, Hárý —me dijo.

—¿Qué quieres? —contesté.

—¡Somos unos imbéciles!

—¿Por qué lo dices? —pregunté haciéndome el tonto, aunque ya sabía yo lo que me quería decir.

Y él empezó y no acababa, porque tiene una verborrea que más parece un grifo estropeado. Cuando le da a la lengua, no acaba: «Que si así, que si

asá, que si hemos abandonado nuestra patria, nuestras tierras, nuestros padres, nuestras novias...; que si la canción mentía, y que ni somos heroicos soldados ni siquiera labradores ya, sino tan sólo unos miserables reclutas con las orejas sucias de polvo...».

Me quedé boquiabierto porque Marcelo no tenía padre, ni madre, ni novia, y, sin embargo, hablaba como si le doliera horrores el haberse separado de ellos. En mis adentros lo admiré por describir tan bien la situación de los demás. Pero cuando empezó a decir que era una canallada, por nuestra parte, haber abandonado, egoístamente, a los

nuestros, con la vida tan dura y desgraciada que llevan los campesinos, que trabajan para el señor y pagan mil impuestos y cargas, y que todo eso le remordía la conciencia, yo me limité a dirigirle estas palabras, mirándole por encima del hombro:

—Pues a mí no me remuerde nada la conciencia, amigo Marcelo.

—¿Cómo? —preguntó boquiabierto, sin acabar de creerme.

—Lo que oyes. Porque, aunque en mi casa yo no era más que un pobre porquerizo, llevaba mejor vida que ahora. Lo que te digo: no hemos mejorado nada. ¡Mejor que en el

ejército se está hasta en el infierno...!

¿Y sabéis qué pasó? En el mismo momento en que dije eso, sentí cómo alguien me daba una palmadita en el hombro mientras, riendo alegremente, me decía al oído:

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Tienes toda la razón, amiguito. ¡Mejor que aquí se está hasta en el infierno...!

—¿Lo oyes? —le dije a Marcelo—. Lo que es yo, preferiría estar bien calentito en las calderas de Pedro Botero, antes que andar chapoteando en este cochino barro.

Y nos echamos a reír el nuevo, Marcelo y yo.

Entonces caí en la cuenta, y me pregunté cómo habría llegado hasta nuestro lado aquel nuevo compañero de milicia. Hasta entonces, el que venía a mi lado en la fila era un joven tristón, de nariz larga y ganchuda hacia abajo. Pero la nariz del nuevo era tan chata y tan remangada hacia arriba que, cuando llovía, seguro que la lluvia le caía dentro. Y, desde luego, su mirada no tenía nada de triste. Más bien lo contrario, brillaba de alegría. Su pelo, negro como el betún, le cubría la frente hasta los ojos. Su mofletuda cara estaba siempre llena de risas y de su boca salían dos colmillos como de jabalí. Era

un mozo lleno de buen humor, siempre con bromas y chistes, y se sabía unas coplillas más verdes... Bueno, no cantaré aquí ninguna, por si acaso me oyen en la iglesia... Nos dijo su nombre: se llamaba Pedro Negro.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté.

—Me he ido adelantando poco a poco en la formación —contestó.

—¡No mientas! —le dije, porque durante la marcha, el sargento Herrexum no toleraba que nadie se adelantase ni se atrasase—. ¡No me mientas, que te doy un mamporro! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Bah, puedo hacer cosas más difíciles! —dijo riéndose—. Si quiero, hasta puedo colarme en la mismísima habitación del emperador.

Si pensaba que con ese farol yo me iba a desmayar, iba listo. ¡Bueno soy yo! Así que le dije:

—Puede que el emperador sea un gran señor capaz de mandar a todos los húngaros, pero a mí me importa un pito que sea emperador o que sea enterrador. Si quiero, yo también entro en su habitación. ¡No será tan altísimo señor como para que yo me quede boquiabierto ante él, con lo tonto que es!

—¡Calla, desgraciado, no digas eso!

—exclamó mi amigo Marcelo.

Pero mi nuevo compañero me dio unas palmadas en la espalda, riendo muy satisfecho, y me dijo que yo era un hombre, y que eso era tener agallas. Y añadió que, siendo yo, como era, tan valiente y tan simpático, seguramente que llegaría ante su majestad antes que él.

—Y aunque lograses llegar ante su majestad, ¿qué rayos pintarías tú allí? —preguntó Marcelo Kinses a Pedro Negro.

Mi nuevo compañero, el de los colmillos, estaba cada vez más animado:

—Si pudiera llegar hasta allí, lo

primero que haría sería enamorarme de la hija del emperador. ¡Eso es, sí señor! Y de todas las damas de la corte, y luego armaría un buen jaleo: robaría la corona del emperador, me sentaría en su trono, y después... ¡tararí, tararí...!, declarararía la guerra a los alemanes, a los franchutes, a los italianos... qué sé yo, ¡a todo el mundo!

Nos reímos tan fuerte que el jaleo se oyó fuera de las filas. Justamente entonces pasó junto a nosotros el sargento Herrexum, a caballo, con el ceño fruncido y cara de basilisco. Nos llamamos.

—Bueno, ¿y qué ibas a ganar con

eso? —me dijo Marcelo cuando Herrexum pasó—. ¿Para qué ibas a llegar ante el emperador? ¿No lo entiendes, Háry? Da lo mismo que seas húsar o un desgraciado de infantería. Has dejado tu tierra y a tu pobre Isabel, que más que un pañuelo parecía tener una bayeta, de tanto secar sus lágrimas cuando salimos del pueblo.

—¿Cuando salimos? ¡Cuando salí yo, qué demonios! ¿O es que crees que también lloraba por ti? —dije, interrumpiéndole.

—Cuando *saliste* del pueblo —rectificó el pobre Marcelo con su voz quejumbrosa. Y es que siempre había

sido un tío llorón, un plañidero.

¡Si le daban miedo hasta los patos!,
¿*cómo no iba a asustarle la vida
militar?

—Digas lo que digas —prosiguió—,
la verdad es que, aunque entraras en la
habitación del emperador, él no iba a
hablar contigo, desgraciado, sino con
los señorones. Y es que, aunque
llevemos uniforme y nos cuelguen
muchas cintas del casco y kilos de
medallas en la solapa, nosotros
solamente servimos para dar nuestra
sangre.

—¡Si hace falta, por supuesto que sí!
—grité—. ¡Si hace falta, ofrezco mi

sangre! «Nuestra vida y nuestra sangre», eso fue lo que juramos, ¿recuerdas? Y ya te dije, desgraciado, que me da igual que sea emperador o enterrador.

Si es un hombre honrado, no me importa que sea emperador. ¡Lo defenderé si así lo manda el reglamento de los húsares! ¡Voto a todos los diablos, que por él bajaría hasta los mismísimos infiernos!

—¡Ja, ja! ¡ja! —se reía Pedro Negro.

Aquel día me enfadé mucho con mi amigo Marcelo. Nunca me ha gustado que me digan lo que tengo que hacer.

Pero si yo me enfadé con Marcelo,

mucho más se enfadó con los dos el bribón del sargento Herrexum. Porque, de repente, se plantó ante nosotros montado en su pesado caballo alazán, y empezó a gritar como un energúmeno, con la cara roja como un pavo:

—¡Háry János! ¡Que los buitres te coman la lengua, maldito! ¿Qué demonios estás hablando ahí, en la formación? ¡Y tú también, Kinses! ¡Hijos de perra, húngaros cabezotas, en cuanto llegemos a Viena ya os enseñaré yo lo que es el reglamento de los húsares!

¡Menos mal! Por fin se habían disipado nuestras dudas. Si no llega a

decir eso de «húsares», hubiéramos creído que íbamos a quedarnos de por vida como soldados rasos de infantería.

También nos condenó a «correr la baqueta» al llegar a Viena, por insubordinación. Y como ese castigo se ejecuta con *riendas*, y como sólo hay riendas donde hay *caballos*, pues resulta que estábamos destinados a caballería, con lo que ¡pronto seríamos húsares!

Eso nos alegraba, pero, naturalmente, la condena prometida no nos hacía ninguna gracia. ¡No era ninguna broma! Quien la ha visto o recibido, sabrá que no es cosa divertida. A veces, incluso, puede llegar a causar

la muerte. Cuando a uno le «corren la baqueta» en el regimiento de húsares, en vez de azotar al pobre infeliz con varas de avellano, lo vapulean con las riendas de los caballos. Los soldados forman calle en doble fila, y cada uno sostiene en sus manos sus riendas. El condenado tiene que pasar entre las dos filas, mientras que los otros le zurren. Y allí no hay consideración ni amistad, porque si alguien pega flojo, en seguida le toca el turno a él. No hace falta decir que el condenado corre como una exhalación, y que vuela para salir lo antes posible de aquella maldita calle. Aunque, por lo general, al llegar a la mitad, ya se está

tambaleando. Y si cae, peor para él, porque le siguen pegando hasta que al comandante le da la gana de decir que basta.

¡Pues ése era el castigo que nos esperaba a Marcelo y a mí!

No me explico cómo el sargento Herrexum no había visto las risas de Pedro Negro, a pesar de que iba a nuestro lado, chapoteando en el barro como nosotros y, también como nosotros, hablando por los codos.

Pero eso me daba igual. Lo que sí se nos quitaron fueron las ganas de bromas.

Poco después entramos en la ciudad de Viena, pero no vimos nada de ella,

pensando siempre en el castigo. ¡Pues sí que la habíamos hecho buena! Nos habíamos alistado como húsares, y ¿qué nos aguardaba? No iba a ser un feroz enemigo quien nos matase, sino nuestros mismos camaradas. ¡Y a correazos!

Por eso me limité a encogerme de hombros cuando Pedro Negro dijo, señalando al otro lado del patio del cuartel:

—Ese de allí es el palacio del emperador, ¿lo ves?

—No está mal... —dije al darme cuenta de que el tejado no era de paja, sino de tejas, y de que éstas no eran unas tejas vulgares, sino que debían de ser de

oro, puesto que brillaban al sol.

—¿Y sabes quién es la que está asomada a la ventana? ¡La princesa María Luisa, la hija del emperador!

Sí, realmente era ella, y estaba allí, acodada en la ventana. Había corrido un poco las macetas de geranios para caber mejor, porque estaba un poco llenita la buena moza.

—No está mal —comenté sin entusiasmo.

—¿Por qué estás triste? —preguntó Pedro Negro.

—¡No, si tú, encima, hasta te pondrías a bailar en mi caso! De sobra sabes lo que me pasa. ¡Y para colmo,

esa moza de carnes tan blancas, que se tiene que asomar justo ahora!

—Y tú, en vez de alegrarte...

Hice un ademán:

—¡Prefiero el infierno!

Los ojos de mi amigo se iluminaron y los colmillos se le salían de la boca cuando sonrió. Se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Trato hecho?

—¿Qué trato?

—¿No has dicho que prefieres el infierno?

—¿Y qué?

—¡Choca esa mano y sellemos el trato!

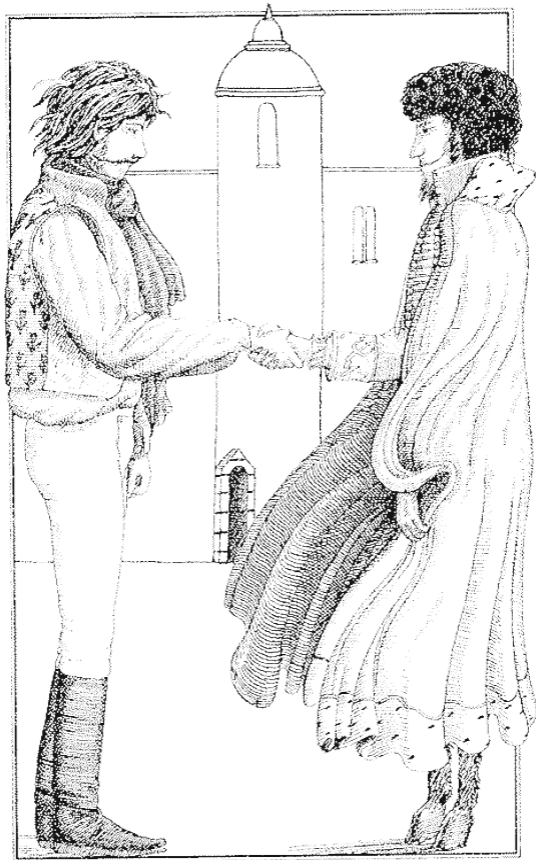
—¿Eres imbécil?

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? ¿Miedo yo? ¡Ni al diablo!

—Eso está mejor. ¿Acaso a los azotes?

—¿Estás loco? ¡A mí no me importa que me saquen el pellejo a tiras! Lo que me espanta es la vergüenza, hacer el ridículo. Ése es el punto flaco de los húngaros. Al húsar húngaro Háry János lo van a castigar hoy, en su primer día, y delante de esa linda princesita, ¡y yo en pantalones y con la espalda desnuda! ¡Qué vergüenza, madre mía! Comprenderás que prefiera...



—¿El infierno?

—¡Así como lo oyes!

Me tendía la mano para que selláramos el trato. Sus ojos saltones chispeaban de alegría.

«Bueno —pensé—, le daré la mano si tanto se empeña. Total...».

En el instante mismo de darnos la mano, cambió su voz. Hablaba despacio, pero con tanta arrogancia como si fuese un general.

—¡Te libraré de esa vergüenza! Escucha, Háy János, pasarás como un señorón entre las dos filas de húsares. Además, te lo prometo, entrarás en palacio y estrecharás la mano del

emperador. ¡Y hasta serás su amigo!

«Éste no está en sus cabales», me dije. Pero él seguía:

—Me has dado la mano, has firmado el trato. Desde este momento tienes que hacer todo lo que yo te diga. ¡Tú no te extrañes, no te asustes de nada!

—No te preocupes, no soy ningún cobarde.

—¡Vale, vale...! —dijo misteriosamente. Y no añadió más hasta que formamos filas en el patio del cuartel.

¡Menudo alboroto salía de los establos! Nuestros caballos se impacientaban, esperando las mantas,

las sillas de montar y los jinetes que los sacasen a galopar. Pero antes tendría lugar la arenga del jefe, y luego vendría el castigo, el «correr la baqueta». Sólo después iría cada uno a buscar su caballo.

El coronel en persona fue quien echó el discurso. Por cierto que lo hizo muy bien. Comenzó con una letanía de: «¡Rayos y truenos! ¡Mil diablos! ¡Maldita sea! ¡Húngaros palurdos!», por lo que pudimos ver que le caíamos muy bien, que esperaba mucho de nosotros, que nos apreciaba una barbaridad y que nos deseaba mucha gloria. Y que lo que lamentaba era tener que empezar el

primer día de nuestra vida de húsares administrando un castigo.

Eché un vistazo a la ventana de palacio. La princesita seguía allí, contemplándonos sonriente. Seguramente estaba intentando descubrir quién era el húsar más guapo. Supongo se daría cuenta de que era yo...

Nuestras miradas se cruzaron. Me retorcí el bigote y ella me guiñó. ¡Qué bien podríamos entendernos si no estuviera aguardándome la humillante afrenta de correr la baqueta!

Para entonces ya hacían calle los soldados. Habían formado en dos filas. En sus manos se agitaban, nerviosas, las

malditas correas. El sargento Herrexum sólo esperaba la señal del comandante Krúcifix.

—¡Adelante! —y el comandante dio la señal.

Herrexum empezó leyendo no sé qué cosas de las ordenanzas:

—El recluta Háry János... por haber hecho esto y aquello... condenado a...

—Tú tranquilo —me susurró Pedro Negro—. Ya verás como no te pasa nada.

—¡No seas gracioso, no tengo ganas de bromas! —contesté gruñendo.

Como comprenderéis, no le había creído ni una sola palabra.

—¡Corre, no pierdas tiempo! Sujeta mi mano izquierda con tu derecha y crucemos rápidamente nuestros meñiques. Cierra los ojos y di: «¡Omo!».

—¿Cómo?

—¡Omo, so burro!

En aquel instante dieron la señal. Supongo que me adelanté del grupo, que me puse frente a las dos filas de soldados y emprendí la carrera. Entonces, rápidamente pronuncié la palabra «Omo», a pesar de que me parecía una estupidez enorme bromear así cuando estaba, como quien dice, a punto de ser ejecutado.

Pues bien, en aquel mismo instante me vi a mí mismo saliendo tranquilo de la fila y pasando delante del regimiento, levantando orgullosamente la cabeza. Más aún, lancé una mirada llena de desprecio al sargento Herrexum. Al principio no me sorprendió la cosa, puesto que estaba muy nervioso, y en tales casos dicen que suele ocurrir que uno se vea a sí mismo como si realmente se hallase fuera de su cuerpo. Lo que yo veía era que me encontraba delante de la doble fila de soldados, pero que en vez de correr bajo la lluvia de los tremendos azotes, iba caminando lentamente entre ellos. Sí, verdaderamente, como había

dicho Pedro Negro: «igual que un señorón».

Pude oír los primeros golpes de las correas, pero, inexplicablemente, yo no los sentía. Como yo sabía que tenía al pesado de Pedro Negro a mi derecha, me volví hacia él para comentarle lo que pasaba, pero... ¡casi me caigo del susto! Allí no estaba Pedro Negro, sino Marcelo Kinses. Cuando miré hacia la izquierda, vi un puesto vacante. Era natural, puesto que ése era *mi sitio* y de allí había salido yo hacia el castigo.

Aunque..., ¿cómo podía haber *salido yo* si yo estaba aquí en la formación?

¡Que no, que yo estaba allí, pasando lentamente entre las filas! Y los soldados golpeaban mis espaldas desnudas con tanta fuerza que los trallazos resonaban en todo el patio del cuartel. Sin embargo, a pesar de los tremendos azotes, yo no sentía nada, absolutamente nada.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Yo estaba *aquí*, en la formación, o *allí*, «corriendo la baqueta»?

Totalmente desconcertado, me mordí los labios como se suele hacer en tales ocasiones, para ver si estás soñando o despierto. Pero el mordisco fue tan fuerte que me dolió mucho y hasta se me

saltaron las lágrimas. Y, al tocar mi boca, noté que tenía en ella ¡unos colmillos enormes!

Entonces comprendí lo que había sucedido.

«¡Ay de mí, Háry János! —me dije —, ¿qué es lo que has hecho? ¡Has firmado un pacto con el diablo! ¡Ahora sí que estás aviado! Habéis cambiado de cuerpo. Él está en el tuyo y tú en el suyo. Lo que ahora se pasea tan campante entre los soldados es sólo el cuerpo de Háry János, con el diablo metido en él. Y lo que está aquí, en la formación, es el cuerpo de Pedro Negro ocupado por mí».

De miedo, empecé a sudar. Quise secar mi frente, pero retiré la mano rápidamente: debajo de mi frondoso pelo rizado había notado en la frente ¡dos pequeños cuernecillos!

Mientras, seguía el castigo. Háy János soportaba los azotes como jamás lo había hecho nadie. Paseaba con calma entre las filas la mar de chulo. Y mientras a sus compañeros les dolían ya los brazos de tanto golpear, él bromeaba sonriendo:

—¿Qué tal? ¿Saldrá hoy el sol? ¿Lloverá? ¿Hará viento?

Pero lo mejor es que los azotes que a mí me sacudían, ¡otros los sentían!

Cada vez que restallaba un correazo sobre las espaldas de Háry János, el comandante Krúcifix pegaba un brinco:

—¡Ay! ¡Rayos y truenos!

Otras veces era el sargento Herrexum:

—¡Auu! —gritaba, llevándose las manos a sus posaderas.

Es decir, que ellos eran los que sentían los golpes y no el endemoniado Háry János. No puedo negar que empezó a gustarme el juego. ¡Hombre, si estar endemoniado significaba sólo eso, no estaba mal la cosa!

El espectáculo era divertido. Gemía el comandante, aullaba el sargento, y los

oficiales miraban estupefactos. ¿Por qué no se oía ni una queja del húsar Háry, mientras que aquellos dos desgraciados daban unos aullidos que llegaban a los cielos? Vigilaban con toda la atención del mundo, para que los golpes de los soldados fueran fuertes: pero cuanto más fuertes eran los correazos, tanto más feroces eran los gritos que lanzaban Krúcifix y Herrexum.

Me volví hacia mi amigo Marcelo Kinses, que estaba a mi lado más pálido que una pared, y me sonreí.

Marcelo gruñó:

—¡Maldito seas, condenado! ¡Ojalá se te caigan los colmillos! ¡Mi amigo

Háry está sufriendo, y tú aún te atreves a reír...!

—¡A Háry no le pasa nada! —dije.

Pero casi me dio un patatús de lo extraño que sonó mi propia voz.

—¡Calla, estúpido, que en seguida me toca a mí! —se quejó Marcelo.

Pero no señor, no le tocó. Se libró, el muy suertudo, del castigo.

Ocurrió algo de lo más singular.

Justamente cuando empezaba el sargento a decir a gritos que el recluta Háry János volviese al principio de la fila para ser azotado de nuevo, el comandante lanzó un enorme rebuzno. Se volvió luego y le pegó un tremendo

bofetón al capitán, que se encontraba tras él, pensando que era él quien le había estado zurrando las costillas disimuladamente. ¡Y se armó la marimorena! El regimiento se retorció de risa. El jaleo era descomunal, porque cada vez que la correa restallaba sobre las espaldas de Háry, el comandante o el sargento lanzaban un aullido de dolor.

De repente, se produjo un gran silencio. El patio enmudeció y todos los ojos se quedaron fijos en la puerta principal del cuartel.

Porque en aquel momento apareció allí mi novia, Isabel.

Guiada por el amor que me tenía,

había venido siguiéndome desde Nagyabony. Llevaba los zapatos en las manos, porque, ¿para qué iba a mancharlos en un camino tan lleno de polvo y de barro?

Venía cansada, despeinada y con la cara cubierta de polvo y de lágrimas.

¡Ay, qué vuelco me dio el corazón cuando la vi!

Quise salir a su encuentro a todo correr, pero entonces ella me vio... Mejor dicho, vio a Pedro Negro en el cuerpo de Háry János, entre las dos filas de soldados que enarbolaban las correas. Abrió sus brazos asustada y se lanzó a abrazarme, dando un grito

tremendo.

Bueno, en realidad, corrió hacia Pedro Negro, que se pavoneaba dentro de mi cuerpo. ¡Canalla! ¿Serás capaz de abrazar a mi novia? ¡A lo mejor hasta la besas! Seguro que el beso del demonio quemaría la boca de mi Isabel como una guindilla.

¡Eso sí que no lo podía consentir yo! Me puse tan furioso que exclamé, mirando al cielo:

—¡Dios mío, ayúdame!

En el mismo instante gritaba Isabel:

—¡Virgen María! ¿Qué hacen contigo estos desalmados?

Y, ¿sabéis lo que sucedió entonces?

¡Pues que me encontré entre los brazos de mi novia!

Detrás de nosotros se oyó una explosión enorme. De entre los soldados que estaban en formación, y justamente al lado de mi amigo Marcelo, subía un remolino de humo amarillo, mientras se extendía por el patio un fuerte olor a azufre.

—¿Eh? ¡Rayos y truenos! ¿Y ahora, quién demonios hace ruido por ahí? —gritó el comandante.

—¡Maldito Háry János! ¡Corriendo a la fila! ¡Ahora no es momento de arrumacos! —dijo el sargento, y dio de nuevo la orden de que volviese a

comenzar el castigo.

¡Hay que reconocer que el condenado tenía temple! ¡Ni se había inmutado con el estampido!

—¡No permitiré que te maten! — dijo Isabel, abrazándome entre lágrimas.

Que ella lo permitiese o no... la orden estaba muy clara. ¡Ay! ¿Por qué habría invocado a Dios? El diablo teme tanto el nombre de Dios, la señal de la cruz y el agua bendita, que, a su invocación, huye en seguida. Por eso se había esfumado Pedro Negro. Y ahora, ¿quién me iba a librar del sufrimiento?

Pues, mire usted por dónde, me iba a librar otra persona, una persona muy

importante...

De repente apareció en la entrada del cuartel un hombre rechoncho, con un manto de armiño blanco.

¡Era el mismísimo emperador! ¡Su majestad!

Se dignó graciosamente hacer una señal para que todo el mundo se callase, y después dijo, señalándome a mí:

—Ese húsar es un tío macho con agallas. ¡Traédmelo aquí!

Hizo una seña al comandante, éste se la hizo al sargento y éste me la hizo a mí. Mi deber hubiera sido cumplir con el reglamento y cuadrarme, primero delante de Herrexum, después delante de

Krúcifix, y, por último, delante del emperador. Pero yo pensé que, tal como estaban las cosas, era mejor no hacer esperar tanto a su majestad, así que me dirigí directamente a él.

A la princesita María Luisa le gustó tanto mi falta de protocolo, que empezó a aplaudir. Por poco tira los geranios de la ventana. Su majestad, el emperador, sonrió con benevolencia.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! Siempre había deseado tener un guardia personal como éste. ¡Madre, qué mozo más valiente!

—Como todos los húngaros —dije con modestia.

—¡Qué bárbaro! ¡Y ni siquiera dijiste ni pío, hijo mío! No se te nota ni un rasguño.

Entonces ya supe por dónde iba y declaré:

—¡Es que, quien a mí me hiera, ha de ser alguien muy singular!

Pues sí... tuve mucho éxito, para qué negarlo. Su majestad, el emperador, me invitó a entrar en su palacio. La señora *emperadora* se acercó también para saludar afectuosamente a mi Isabel. Nos ofrecieron asiento e incluso limpiaron las sillas antes de que nos sentásemos. ¡No faltó ningún detalle!

Si acaso, únicamente, el que la

princesa María Luisa se quedó en un rincón, deshilachando, muy enfurruñada, el extremo de su delantal. A la pobre no le había sentado nada bien el que su majestad la *emperadora* tomase a su servicio, como doncella, a mi Isabel. Su señor padre se dio cuenta y, queriendo consolarla, me preguntó:

—Óyeme, hijo, ¿no te gustaría ser mi centinela, el guardián personal de mi habitación?

—¡Claro que me gustaría, señor rey! ¡Haré todo lo que usted me ordene!

En seguida se iluminó la cara de María Luisa. Pero tan sólo hasta que su mirada se cruzó con la de mi Isabel.

A continuación empezaron a ajustar el sueldo de mi novia. Mientras, yo contemplaba tranquilamente cómo hacían instrucción los pobres reclutas, entre los que, hacía tan sólo unos minutos, me encontraba yo también.

—Majestad, si no le es molestia, yo también podría procurarle un excelente cochero.

—¿Quién es?

—Mi buen amigo Marcelo Kinses.

—Pues si ese Marcelo es como tú, por mí que venga.

—¡Claro que es como yo! Y si es ésa la única condición que pone su majestad, le recomiendo a todos los

húngaros del regimiento.

La familia real se echó a reír. María Luisa aplaudió de nuevo, mientras me miraba con tiernos ojos.

Me trajeron mi uniforme: la brillante casaca de húsar, el casco con pompón, el sable dorado, las botas... ¡Qué sé yo!

Todavía me estaba vistiendo, cuando llegaron Krúcifix y Herrexum a la entrada de palacio para comunicar que la explosión de antes no había herido a nadie.

—¿Ni siquiera a Pedro Negro? — pregunté mirándolos por encima del hombro.

—¿Qué Pedro Negro? ¿Quién es

Pedro Negro?

—Ese tipo que estaba en la fila junto a mí.

Hicieron traer la lista de los reclutas, pero allí no figuraba ningún Pedro Negro. Y si no estaba en la lista, es que no estaba en ningún sitio.

El comandante y el sargento me miraban como diciendo: «¿Qué tonterías dice éste? ¡Está chiflado!».

Les lancé una fría mirada. Presentía que pronto íbamos a tener disgustos, ¡mil rayos me partan!

4 *En el que Háry
János comprueba
que el sencillo
oficio de centinela
puede, a veces,
tener sus
complicaciones*

TODO EMPEZÓ porque el servicio de guardia me obligaba a estar todo el santo día inmóvil junto a la puerta de su majestad. La orden era que no podía mover ni el bigote, y yo procuraba cumplirla al pie de la letra.

Quien nunca lo haya ejercido, no puede saber cuán miserable puede llegar a ser el oficio de centinela. En vano me decían mis compañeros:

—Lo tuyo, Háry, sí que ha sido llegar y besar el santo. Mientras nosotros nos reventamos haciendo la instrucción y montando a caballo, tú ahí, quietecito, calentito, en un lujoso pasillo

de mármol, sin más preocupación que comerte con los ojos a las damas de palacio. Además, tu Isabel también tiene un buen puesto. Los dos tenéis comida y bebida hasta hartaros, alojamiento, vestidos... ¡Tú sí que tienes suerte!

«¡Así os parta un rayo!», pensaba yo para mis adentros, encolerizado.

Ya no me apetecía lo más mínimo montar guardia en la puerta del emperador. ¡Me había enrolado para ser húsar, ¡mil rayos!, no para ser una estatua! Cada vez que sonaba la corneta en el patio, se me partía el corazón por no poder alinearme junto a mis compañeros. Mi buen caballo, *Rayo*,

estaría engordando como un cerdo porque nadie lo sacaba a galopar. ¡Ay!, cómo me apetecía cabalgar, orgulloso en mi caballo, en lugar de estar allí, tieso, delante de aquella puerta dorada.

Y eso no era todo...

Como ya os dije, cuando uno está de guardia no puede moverse. ¡Siempre en posición de firmes! ¡El sable, desenvainado, levantado a la altura del hombro derecho! ¡La cabeza, erguida! ¡El pecho, hacia fuera! ¡El estómago, hacia dentro! ¡Y de mirar a las bellas damas... nada de nada! Uno tiene que mantener la mirada clavada fijamente en un punto, justo allá enfrente, en la pared.

En medio de todo, eso no habría sido tan malo si en aquel punto de la pared no hubieran colocado aquel maldito reloj de cuco con su impertinente pajarillo, que sacaba su chillona cabeza cada hora. A cada lado del reloj había una figurita: una era una muchacha de mirada atractiva y ligerita de ropa: la otra, una vieja con cara de boba. Para mí que habían querido representar el paso del tiempo: que primero se es mocita joven, y después, una vieja cascada...

«¡Caray! —pensé—, por eso no me gustan los pintores, porque si estás enamorado de una chica joven, ¿cómo te

puede gustar que te digan que pronto será una vieja fea...?».

Aparte de eso, para cuando sonaban las campanadas de mediodía en la iglesia cercana, ya sentía como si tuviese un desfile de hormigas en mis brazos y piernas, de tan entumecido como estaba.

Los ojos me hacían chiribitas. A veces me parecía que el granuja del viejo aquel le guiñaba el ojo a la moza ligera de ropa, y de repente saltaba el maldito cuco del reloj, dando un chillido tan estridente que casi me moría del susto.

Lancé un profundo suspiro y volví a

estirarme para no perder mi gallardo porte.

—¡TENGA CUIDADO, señor comandante, que se lo contaré a mi Háry!

¡Cielo santo! ¿Qué oía? ¿Era la voz de mi Isabel! Y si no había oído mal, era precisamente el maldito comandante Krúcifix quien la estaba fastidiando, con ánimos de cortejarla.

—¡Ay, que me comer yo a esta mona! —porque Krúcifix no hablaba bien húngaro.

—¿Qué dice? ¿Que me va a comer?

—¡Eso, eso!

¡Plaff!

Se oyó un fuerte chasquido. Mi Isabel le había dado a Krúcifix una bofetada de padre y muy señor mío.

—¡Ohó! ¡Encantadorra! ¡Qué moza más bien simpático!

—¡Ande ya, váyase a hacer gárgaras, so vejestorio!

Otro chasquido. Es decir, otra bofetada. Luego, oí pasos por el pasillo de mármol. Era mi Isabel que se acercaba, trayendo bajo el brazo una cesta llena de granos de maíz de oro. Iba a dar de comer al águila bicéfala que anida en la torre del palacio del

emperador de Viena, y que, si no la alimentan bien, es capaz de tragarse dos vacas enteras si se enfada.

Mi Isabel se quedó parada ante mí y me miró. Sus mejillas estaban arreboladas.

—¡Ay, mi pobre Háry! —dijo.

Se levantó de puntillas y me plantó un beso en la punta del bigote. Con tanta delicadeza y ternura como sólo puede hacerlo quien siente un amor inmenso. Y me susurró:

—¿Sabes, hombre-estatua? ¡Te quiero únicamente a ti! ¡No lo olvides nunca!

Primero fue su beso lo que me hizo

cosquillas en la boca, pero, en cuanto se marchó, fue una mosca la que me estuvo rondando hasta que se posó en mi nariz. ¡Ése sí que es un auténtico martirio! Porque el centinela no puede moverse ni aun en casos como ése. A lo más, y cuando no lo ve nadie, puede soplar un poco para que se la lleve el diablo. También puede pensar cosas feas, y eso fue lo que yo hice. Pero no era con la mosca con quien estaba enfadado, sino con el maldito y desvergonzado comandante Krúcifix. ¿Por qué rondaría semejante tipo a la novia de un pobre pelagatos como yo?

Para que mi calvario no llegase

todavía a su fin, regresó entonces mi Isabel, con la cesta vacía. Ya había dado de comer a una de las cabezas del águila, e iba por maíz para la otra cabeza. Porque un águila de dos cabezas tiene que comer dos veces.

Detrás de mi Isabel venía Herrexum. ¡Antes el comandante, ahora el sargento!

—¡Dame un beso, pichoncito! —decía el miserable.

—¡Déjeme en paz! —le replicaba enfadada Isabel—. ¡Que le bese su caballo!

—¿Acaso no te gusto?

—¡Sabe usted muy bien quién me gusta a mí!

Se quedaron parados justo delante de mis narices. Herrexum, con su cara de zopenco, abrió los brazos para abrazar a mi Isabel. Pero yo estaba seguro de mi novia. Le arreó un bofetón tan grande que casi se le saltan los ojos.

—¡Oiga usted, Herrexum, no mosconeé a mi alrededor, porque se arrepentirá! ¡Desvergonzado! ¡Tiene el atrevimiento de molestarme aquí, justo delante de mi novio!

—¿Tu novio? —dijo Herrexum entre hipos—. ¡Bah!, ése no puede hacer nada ni aunque te dé un beso aquí mismo, delante de él. El centinela de la cámara real sólo puede moverse cuando le

amenaza algún peligro a su majestad. Fuera de eso no se mueve ni aunque le chamusquen los bigotes.

—¿Oyes esto, Háry? —me preguntó Isabel.

Lo oía, claro que lo oía; aunque, según el reglamento, yo no podía oír nada...

El maldito Herrexum alargó sus brazos hacia mi Isabel, pero ella logró esquivarlo y le tiró, con gran puntería, el cesto a la cabeza.

—¡Oiga usted, viejo verde, si no desaparece de mi vista, se lo diré a la *emperadora*! Y empezaré a gritar para que se despierte su majestad el

emperador.

Eso ya produjo efecto. Herrexum se retiró como perro apaleado. Mientras se alejaba, me lanzó una mirada como una cornada, capaz de atravesarme. Yo comprendí que el sargento rondaba a mi Isabel para sacarme de mis casillas. Si, como era mi deseo, le pinchaba con mi sable en el trasero o le hacía cualquiera otra cosa, ¡adiós mundo!, aquella misma noche me hubiesen colgado por faltar a mi deber.

Con todo esto, ya podéis haceros una idea de la vida tan corrompida que llevan allí arriba, en la corte. No tienen nada que hacer y no caben en su pellejo

de la buena vida que se pegan.

Si por mí fuese, daría la orden de que la gente de la corte imperial trabajase al menos dos días por semana. Hasta la mismísima *emperadora* tendría que cavar en la huerta, y así sabría qué cosa es el dolor de riñones. Y esos arrogantes petimetres, ¡que fuesen a sacar el estiércol de los establos...! ¡Ay, Dios, vaya si arreglaba yo aquello!

Bueno, a lo que íbamos: que yo allí me estaba consumiendo porque, a pesar de que estaba muy orgulloso de ser el centinela personal del emperador, me afectaba mucho lo de mi Isabel. ¡A ver, a mi novia no la tratan así unos

comandantillos y sargentuchos cualesquiera! Porque, cuando me pongo furioso, yo soy una cosa mala..., ¡algo terrible!

Digo que me estaba recomiendo allí, tieso e inmóvil, plantado delante de la puerta de oro de la cámara del rey, cuando de nuevo oí pasos. Los reconocí de lejos y casi me dio un patatús. Porque era nada más ni nada menos que la gordezuela princesa María Luisa, quien, arrastrada por el irresistible amor que me tenía, venía para admirarme.

Ocurrió tal como lo digo, ya sabéis que yo no suelo farolear. Aquella chiquilla se había enamorado de mí

desde el primer instante. Y no de cualquier manera, sino loca perdida, apasionadamente. Os juro que, a la menor insinuación mía, me hubiera seguido hasta el fin del mundo.

Yo ya me había dado cuenta de sus pequeñas artimañas: me espiaba detrás de la puerta y me comía con la mirada. Durante la primera noche asomó su rizada cabeza por la puerta y cruzó ante mí puede que más de cien veces, paseando descalza por el corredor de mármol. Fingía buscar la cesta de la costura, o su pañuelo, o su peine: unas veces en el vestíbulo y otras en el salón del trono, porque era bastante

desordenada la niña. Venía de puntillas y me lanzaba miradas furtivas... Pero como pasaba el tiempo y yo seguía allí, tieso como una estatua, la princesita se fue atreviendo cada vez más...; al final ya no disimulaba su arrebatado amor.

Por fin se sentó frente a mí, debajo del reloj de cuco, y se dedicó a mordisquear la punta de su pañuelo, mientras secaba sus ojos llenos de lágrimas y me miraba...

Y yo... yo miraba al reloj de cuco, según las ordenanzas.

De repente dijo:

—¡Ay, qué desgraciada soy! ¡A mí no me quiere nadie! ¡Con lo que yo te

quiero a ti, húsar mío de mi alma!

Pasó un cuarto de hora. Y yo, atento, pendiente de que gritara aquel maldito cuco.

—¡Querido Háry, mírame un poquito, por favor! Te prometo que, a cambio de una sonrisa tuya, te hago capitán. Sólo tengo que decírselo a papá. Él puede hacerte hasta general.

Tragué saliva al oír aquello. Eran palabras muy tentadoras, pero me dije a mí mismo: «¡Cuidado, Háry, tu sable y tu valor son los que tienen que hacerte general, no las zalamerías de una niña bonita!».

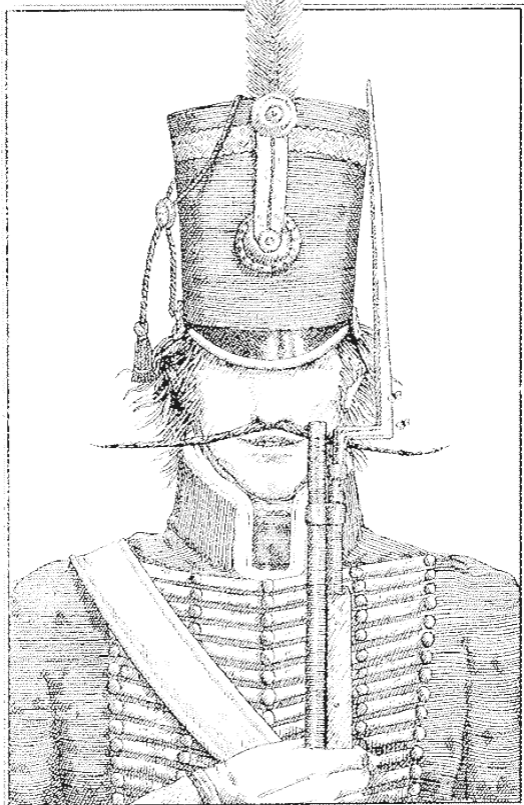
Así que, firme y decidido, seguí

contemplando el reloj.

Pero María Luisa no desistió. Ya ni le importaba que por el pasillo de mármol cruzasen continuamente ministros, embajadores y otros grandes señores. De pronto le vino una idea: corrió hacia mí, se colgó de mi cuello y, con sus labios perfumados como las cerezas, me plantó un sonoro beso en la mismísima boca.

¿Yo qué iba a hacer? Porque ocurre que el reglamento de los húsares nos ordena la inmovilidad, pero nada nos dice acerca de los besos. Además, que hay que ser de piedra para quedarse inmóvil cuando una criatura así se le

cuelga a uno al cuello. Por poco me caigo, abatido como un árbol talado. Así, pues, que nadie tome a mal el que, sin dudarlo y con toda el alma, le devolviese el beso a María Luisa.



Pero ¡ay!, aquello fue mi perdición...

Porque justamente entonces asomaba por el extremo del pasillo mi Isabel, con la cesta vacía. Ya le había dado de comer a la otra cabeza del águila bicéfala, y mi mala suerte quiso que justo entonces pasase por allí.

Vio a la princesa colgada de mi cuello y montó en cólera:

—¡Alto ahí, niña boba! ¡Apártate de mi novio, mocosa! ¡Se lo diré a tu madre y ya verás cómo te ajusta las cuentas!

¡Uf, cómo se puso María Luisa! Como una gata montés.

—¡Te las ajustará a ti, criada, so

criada, que no eres más que una criada!
¡Sólo faltaba esto, que una sirvienta me indicase lo que debo hacer! Por si no lo sabes, ¡este palacio es mi casa!

—¡Y este húsar es mi novio!

—¡Qué va a ser tu novio, si acaba de darme un beso!

Y siguieron discutiendo como dos verduleras del mercado de Nagyabony.

En cuanto a mí..., ¿qué podía hacer yo? Avergonzarme, nada más.

Seguía en posición de firme, como un monolito, mirando al reloj de cuco con tanta furia como si lo quisiera hipnotizar. Y, mira por dónde, tuve éxito, porque al cabo de unos instantes se

abrió la portezuela y salió aquel maldito pajarraco. También alborotó lo suyo, y sus chillidos se unieron a los gritos de las dos mujeres. Y para que el zafarrancho fuese completo del todo, se abrió entonces a mis espaldas la puerta de oro y salió el emperador en persona, hecho un basilisco.

—¡Ya está bien, caracoles! ¿Qué gallinero es éste? ¡Ni siquiera el emperador puede estar tranquilo! ¿Qué estás haciendo tú aquí, María Luisa? ¡Vete a la cocina con tu madre! Dentro de poco te vas a casar y no sabes ni freír un huevo. Y tú, Isabel, ¿qué haces aquí? Tendrías que estar trabajando.

Isabel contestó descargando su furia: que si ya estaba más que arrepentida de haber entrado como criada del emperador; que si hubiese sabido en qué casa se metía, jamás hubiese aceptado; que si continuaba allí era únicamente por mí, y que buena le había caído — además de la pila de trabajo que tenía— teniendo que estar pendiente de que no le quitaran el novio. Dicho eso irguió su cabeza y, sin esperar a que su majestad se dignase permitir que se retirase, se marchó con arrogancia.

El emperador se plantó delante de mí y me dijo, meneando la cabeza:

—Háry, amigo mío, desde que eres

mi centinela, hay aquí más jaleo que en la feria de ganado de los jueves.

Entonces se dio cuenta de que dirigirme la palabra era inútil, lo mismo que querer tomar agua con un cesto, porque durante el servicio no se puede hablar. Rugiendo de furia abrió la ventana y gritó hacia el patio:

—¡Relevo! ¡Relevo de guardia!

En seguida vino un compañero que, presentando armas y haciendo mil saludos, me relevó del servicio antes de la hora. Y es que las órdenes del emperador han de cumplirse.

El emperador me agarró campechanamente del brazo y entramos

en su cámara cruzando la puerta de oro. Su majestad me invitó cordialmente:

—Ven, hijo mío, quisiera hablar contigo.

Me hizo sentar. Sacó del armario una botella de aguardiente que tenía escondida y llenó dos vasos.

«Salud, salud», brindamos chocando los vasos.

Era un aguardiente malísimo. Quemaba más que un rayo y era tan apestoso como jamás he probado otro. ¡Vaya aguardiente de emperador!

Después de beber, nos quedamos en el más completo silencio. Yo no decía nada por respeto, y él se comía las uñas

y ponía cara de vinagre, como quien no sabe por dónde empezar.

«¡Pues si no lo sabe, que no lo sepa. Ya saldrá por algún sitio!», pensaba yo y esperaba.

—Dime, hijo, ¿me puedo fiar de ti?
—se arrancó por fin.

Me puse de pie y di un taconazo.

—¡Mi rey, la vida y la muerte por...!
—comencé, pero él me detuvo y, con un ademán, me sentó de nuevo.

—Te quiero pedir algo importante, hijo mío.

De nuevo me puse en pie y repetí lo del taconazo. Aunque tengo que decir que también lo hacía para quitarme las

agujetas que tenía continuamente desde que estaba con el cargo de centinela.

—¡Mi rey, si su majestad me lo ordena, me batiré hasta con el Dragón de las Siete Cabezas!

—¡Dragón... Dragón de las Siete Cabezas...! ¡Ése es un piojo comparado con mi preocupación! —dijo su majestad, haciendo una mueca—. Debes saber, hijo mío, que Napoleón, el famoso general ese de los franceses, me ha pedido la mano de mi María Luisa. Y me ha advertido que, si no se la concedo, invadirá mi reino.

—¡No se preocupe, majestad! —exclamé con ardor. Tanto más cuanto que

ya me había obligado a tomar media docena de vasitos de aguardiente—. Ese Napoleón puede que sea un gallo en su corral francés... Posiblemente, puede que hasta sea un buen militar. Pero comparado con un húsar húngaro..., ¿qué le voy a decir yo que usted no sepa?

—No digas nada, hijo mío.

—Confíe en nosotros, mi rey. ¡Pondremos en fuga a esos desgraciados franchutes aunque fuesen cien veces más numerosos de lo que son!

Al oír esto, su majestad el emperador tiró sobre la mesa su gorro de dormir. Porque habéis de saber que, a

pesar de ser ya casi mediodía, aún llevaba puesto el camisón y el gorro de dormir. Llenó de nuevo los vasos y gritó espantado:

—¡Quita de ahí, desgraciado! ¿Alejar al franchute? ¡Ay, vosotros, húngaros fogosos! ¿No comprendes, hijo mío, que lo que más temo en el mundo es que mi hija se quede soltera? Me alegro de que alguien, sea quien sea, cargue con ella. Además, ese tal Napoleón no parece mal chico. Puede que hasta llegue a emperador si obra con astucia. En fin, a lo que vamos, que ya le he dado el sí, y, a Dios gracias, habrá boda.

Me recosté en la silla.

—Pues que Dios bendiga a la pareja
—fue lo único que me vino a la cabeza.

—Sí, pero la cosa no es tan fácil, hijo mío. El pacto estipula que tenemos que entregar la novia, sana y salva, a su futuro marido, en París, donde los casará el obispo de los franceses. Ahora bien, lo que sucede es que nosotros, mi esposa y yo, no podemos acompañarla. A mí me mata la gota y mi esposa tiene varices. Por otra parte, no me fío de Krúcifix ni de Herrexum. Además, mi María Luisa ha declarado que sólo se casará con Napoleón si...

¡Ay, Dios, la que me veía venir!
¡Voto a todos los diablos que si hubiera

tenido mi pipa, me la habría tragado del susto! Faltando al debido respeto, yo mismo me llené de nuevo el vaso. Me venían unos presentimientos muy negros y no andaba yo descaminado. Presentimientos que se confirmaron al momento, cuando su majestad anunció:

—He decidido, hijo mío, que seas tú quien conduzca a María Luisa ante Napoleón.

¡Eso es lo que le pasa a uno cuando es débil y toma unas copillas con un emperador! Primero vienen los ruegos, después las órdenes, y al final... vaya usted a saber. ¡Pues sí que me la había hecho buena!

Pero no pude por menos que hacerle una observación, ayudado por el aguardiente:

—¿Sabe que le digo, majestad? Preferiría batirme con el Dragón, ¡mil rayos me partan!

EN CUANTO terminamos la conversación, me puse a preparar el viaje. Ellos lo tenían todo arreglado desde hacía tiempo. Los grandes proceden siempre así cuando necesitan los servicios de un humilde. Previamente lo traman todo, y se presentan luego como unos pobres

cuitadillos, aparentando que necesitan del otro. Pero ya lo tienen todo dispuesto y ordenado a su capricho.

«Quien manda, manda», pensé y, sin darle más vueltas, lo tomé como una orden. Que eso es lo que era y no otra cosa.

Ya sólo quedaba la despedida. ¿Qué diría de todo esto Isabel?

Encontré a mi pobre novia llorando a lágrima viva. Estaba sentada en el brocal del pozo, en el centro del patio. Tenía el pañuelo hecho una esponja, y lloriqueaba sin cesar, mientras canturreaba aquella cancioncilla que dice:

*Al verme pasar,
hasta los árboles lloran.
De sus lánguidas ramas,
como lágrimas tristes,
caen las hojas.*

*Caed, hojas, caed,
escondedme, tapadme,
ocultadme, ahogadme,
porque ya no es a mí
a quien quiere mi amante.*

*Las flores, sin raíces,
se marchitan en silencio.*

Yo también me marchito

*Yo también me marcho
y de pena me muero,
porque no tengo novio.*

La abracé tiernamente y la besé con amor.

—¿Que no tienes novio? ¿Y yo qué soy entonces? —murmuré en sus oídos con voz cariñosa.

—¡No, Hary, no me engañas, he visto lo que he visto...! —dijo, moviendo la cabeza. Y siguió llorando.

No le pregunté qué había visto, porque estaba claro que se refería al beso de María Luisa. Y era evidente que le había sentado fatal. Yo también sufría

mucho porque, aunque no lo parezca, tengo un carácter muy fiel. Pero, claro, yo no sería hombre, ni húngaro, ni húsar, ni mucho menos Háry János, si me fuese a negar a un besito chiquitín sin importancia.

—Pero mi corazón es sólo tuyo, paloma mía —le aclaré.

Ya podía decirle lo que quisiera, que ella no se consolaba. Dijo que ya no le importaba nada, que estaba arrepentida de haberme seguido desde Nagyabony, y que no quería ser una carga para mí. Tan sólo esperaba que me alejase un poco para tirarse al pozo, porque estaba claro que yo me entendía con María Luisa. Y

en cuanto a la princesa... la princesa era una verdadera bruja. ¡A ver si no! Se iba a casar con don Napoleón y la muy desvergonzada se llevaba consigo a su amante.

—¿Quién es su amante? —pregunté atontado. Porque cuando estoy hablando con mi Isabel no me funciona muy bien la mollera.

—¡Ay, qué bobo eres! ¡Tú, tú, quién va a ser!

—¿Yo? ¡Bueno, Isabel, esto ya es demasiado!

—¿Acaso vas a negarlo?

—¡Claro que lo niego! ¡No hay nada de nada entre ella y yo!

—¿De verdad que no?

—¡Pues claro que no! Pero ¿cómo se te ocurre ni pensarlo? ¡Un húsar húngaro no se rebaja ante una mocosa, ni aunque sea una princesa!

Me creyó a medias. Más bien no.

Para entonces ya todo el palacio era desorden y barullo. Mientras yo estaba tomando las copas con su majestad, la señora *emperadora* había dispuesto todo. Empezaríamos el viaje al amanecer. Los carros ya estaban delante de la puerta de palacio.

¡Madre mía, qué carros, qué herrajes de plata y oro! ¿Y qué decir de los caballos, de sus tiros y sus arreos? ¡Y

cómo los cargaron! Había de todo: manjares, zapatos, ropas y todos los potingues y perfumes de María Luisa... En un carro especial, de oro, la dote: colchones, edredones, almohadas de seda, piezas enteras de tela para cuando las necesitasen. ¿Y los trajes? ¿Y las blusas bordadas? ¿Y los zapatitos de oro y plata?

Allí estaba también la carroza que llevaría a María Luisa, y el cochero no era otro que Marcelo Kinses, mi buen amigo del alma.

—Hola, Marcelo, ¿cómo te va la vida? —le dije.

—¡Esto no acabará bien, Háry! Tanta

buena suerte me espanta —contestó.

—Si quieres que te diga la verdad, yo pienso lo mismo que tú —añadí, dándole la razón.

—También vienen Krúcifix y Herrexum.

—¿Ésos? ¡Si el viejo emperador me dijo que no se fiaba de ellos!

—Pues ya ves, ¡vaya si vienen! Tú cuidas de María Luisa..., y ellos de María Luisa y de ti. Ten cuidado con la princesa, no pierdas la cabeza, porque ese Napoleón es un matón. Además, dicen que es más celoso que Otelo.

A mí eso ya no me gustó nada. Si de lo que se trataba era de cuidar de la

princesita, ¡pues que llevasen todo un regimiento! ¡Que fuesen con ella un capitán general y un obispo! Pero ¿por qué tenía que ir precisamente yo?

También Isabel estaba disgustada. Por fin me dijo el motivo de su disgusto:

—Estoy segura de que me abandonarás para irte con esa pelada de María Luisa.

¿Otra vez con eso?

—Escúchame, Isabel —empecé despacio—, yo te quiero a ti con todo mi corazón, pero tienes que comprender que una orden es una orden. He jurado fidelidad al emperador y debo hacer lo que me ordene. Si él dice que debo ir,

debo ir. Ya sabes lo de aquella canción:

*A pesar de los pesares
me tengo que marchar...
Me cuesta mucho partir
y despedirme de ti.*

*Yo me voy, tú te quedas.
Sé, cariño, que me lloras.
Llora por mí, palomita,
dame un consuelo, mi bien.*

¡Tonto de mí! ¡Mira que ir a cantarle precisamente esa triste canción!

—Y ese «consuelo» se llama María

Luisa, ¿verdad? —gritó indignada.

¡Nada, que me tuve que enfadar! No rae había dado ni un solo beso, pero de quejas y de lloros ¡vaya si iba bien servido!

—¡Mil rayos y truenos! ¡Maldita vida militar! ¡Malditos Krúcifix y Herrexum! ¡Ay, si ya tuviera la licencia y pudiese llevarte ante el altar y hacerte mi mujer, voto a los diablos que no me dirías estas cosas! Pero, para que te enteres, mientras esté al servicio de su majestad, él será quien me dé las órdenes, no tú. Así que te lo repito: llevarla María Luisa hasta ese condenado de Napoleón, ¡y que Dios lo

pille confesado! Y en cuanto a ti, te lo digo una vez más: te he sido, te soy y te seré siempre fiel. ¡Que se convierta mi sable de húsar en un atizador de cocina si faltó a mi palabra!

Eso pareció tranquilizar a mi novia. Me abrazó, me llenó de besos e hicimos las paces.

El gallo cantaba por tercera vez cuando me desperté. Durante la noche, cuando vienen los malos pensamientos, ¿sabéis lo que había hecho Isabel? Había asido sigilosamente mi sable y se lo había llevado sin que yo me percatara de ello. Al despertarme encontré mi sable colgado de la cama, tal como yo lo

había dejado por la noche.

Más adelante comprendí qué había hecho la condenada con mi gloriosa arma...

5 *En el que Háry
János tiene que
vérselas con una
rueda de carro
muy especial, y se
lleva una gran
sorpresa en el país
de las amazonas*

PARA NO ALARGARME demasiado os diré que salimos de Viena, corte del emperador, y que tras algunas aventuras llegamos bien a París, donde nos esperaba el señor don Napoleón. Al vernos llegar quiso salir a nuestro encuentro, y atravesó corriendo el patio para abrirnos el portal en persona. Pero los dedos se le engancharon en los botones de la camisa, debajo de su casaca, donde siempre los llevaba prendidos. La gente decía que cuando era niño, su madre lo castigaba a llevar la mano así, dentro de la casaca, porque se chupaba mucho el dedo gordo. De esa

forma logró quitarle tan feo vicio.

Lo acompañaba un extraño personaje, el barón de Ebelastin. Era su maestro de ceremonias y su hombre de confianza. Parecía como si continuamente estuviese masticando limones, porque siempre andaba con los labios arrugados, como haciendo pucheros. Su cara me sonaba mucho. Me parecía que lo había visto antes, que lo conocía de algo, por lo que buscaba su mirada con insistencia; pero él volvía siempre la cabeza hacia otro lado, como huyéndome.

Pero, en fin, no anticipemos acontecimientos. Volviendo al tema os

diré que eso de acompañar a la princesita no fue cosa fácil, cosa de coser y cantar. Ya, para empezar, nada más dejar Viena, llegamos con nuestros carros y caballos a unas enormes y tenebrosas cumbres. Subíamos cada vez más y más por unos caminos llenos de vericuetos y cortados a pico, que daban vértigo. Mi corcel caminaba ya entre las nubes, que le lamían el pecho como si estuviésemos andando entre nieve.

Y entonces sucedió la calamidad.

La carroza de la princesita hizo «¡crac!», y luego «¡plaf!», y se inclinó, y estuvo a punto de volcar. ¡Se le había caído una rueda!

María Luisa empezó a chillar, Herrexum a gritar, y Krúcifix a soltar palabrotas. Mi amigo Marcelo se rascaba la cabeza como quien no comprende la cosa.

Yo tampoco lo comprendía, y menos aún el modo en que se había comportado la rueda. No se había salido así como así, por las buenas, como se salen las ruedas de una carroza cualquiera. Claro que, a decir verdad, tampoco era ella una rueda cualquiera. Su cubo era de diamantes y sus radios de oro. Posiblemente por eso, porque no tenía ganas de marchar por el polvo de aquel camino, decidió salirse. En cuanto se

salió del eje, se quedó un instante balanceándose, como si dudara dónde echarse, pero lo pensó mejor y empezó a rodar despacito, cuesta abajo, hacia atrás.

—¡Eh, tú, para! —grité a la rueda fugitiva.

Pero ella siguió su camino, rodando hacia abajo desde lo alto de aquella montaña elevada. Y no rodaba de cualquier forma, no señor, sino que lo hacía con mucha habilidad. Según torcía el camino, también ella tomaba las curvas sin fallar ni una.

—¡Detenedla de una maldita vez! —gritábamos Marcelo y yo a los

carreteros que venían atrás. Ellos se pusieron delante de la rueda; pero, aunque parezca imposible, la rueda los esquivó a todos. Si la querían detener por acá, se escapaba por allá; si querían atraparla por allá, se venía para acá. Un joven carretero se colocó delante de ella, justo en un punto en que el camino se estrechaba mucho; y ya parecía que la iba a parar, cuando a la condenada se le ocurrió la idea de chocar contra una piedra, dar un salto colosal y pasar tan campante por encima del joven.

¡Maldita sea mi suerte! Porque resulta que si no había rueda, no había viaje; y si no había viaje, se enfurecería

don Napoleón y declararía la guerra a mi patria. Y correría sangre en vez de vino...

¡Pues nada, hijo, a correr detrás de la rueda! No necesité picar espuelas. Mi buen caballo Rayo comprendió al momento lo que quería de él. Las piedras echaban chispas bajo sus cascos al galopar tras la rueda. Era un camino peligroso y fue puro milagro que no se rompiera una pata. Por fin, el camino se hizo más suave al entrar en un gran claro del bosque.

—Bueno, aquí te pillaré, rueda maldita —exclamé; porque su impulso no podía durar ya mucho tiempo.

Piqué espuelas a fondo. Mi pobre caballo volaba más veloz que el viento..., ¡pero la rueda iba siempre delante de mí! Iba tan rápida que ni se le veían los radios.

—¡Resopla, esto no es posible!

Frené a mi Rayo... y al instante la rueda se paró también. Pero fue por breve tiempo. De pronto empezó a hacer piruetas, girando tan lindamente en medio del camino, justo delante de mí.

Nos quedamos mirándonos la rueda y yo. Mi caballo relinchaba cabeceando hacia los lados. También a él lo asombraba la cosa.

Dábamos un paso adelante, y la

rueda lo daba también.

Dábamos otro, y la rueda lo mismo.

¡A atraparla ahora!

Pero nada, me esquivó de un salto y seguro que hasta se rió para sus adentros.

—Maldita rueda del diablo, ¿vas a pararte de una condenada vez? —grité.

Pero ella se balanceaba a un lado y a otro, como diciéndome que no.

—¡Vuelve a tu puesto!... ¡Arrr!

Pero, claro, como no era la rueda de un carro militar, sino de una elegante carroza, no hizo ni pizca de caso a mi voz de mando. Cuando me acerqué de nuevo a ella, volvió a alejarse. Os juro

que ya hasta me salía humo por las orejas de tanto pensar qué haría con aquella rueda tan obstinada.

Incluso hasta me bajé del caballo y empecé a llamarla con mimo y palabras cariñosas, como suele hacerse con los perros. Acaso por tratarse de una rueda aristocrática, no de una corriente, se rendiría ante las palabras finas.

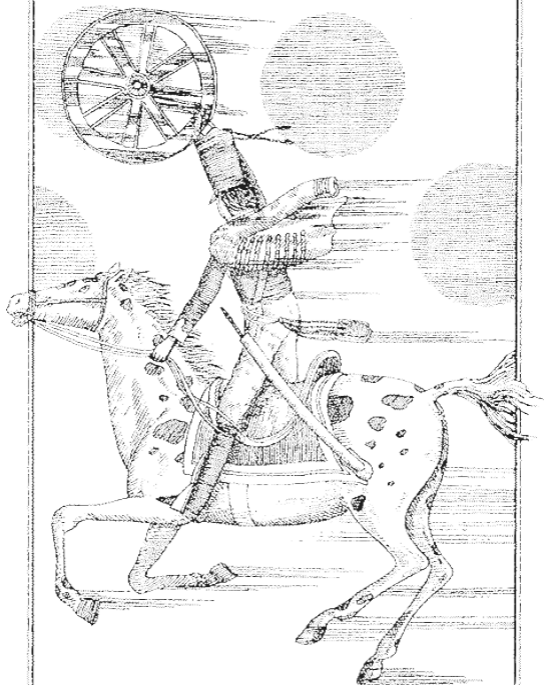
De repente empezó a trazar lentos círculos y vertiginosos ochos delante de mí, y luego empezó a dar cabriolas con la agilidad de una bailarina.

—¡No juegues más conmigo, por favor! —le dije.

Pero ella seguía, cada vez con mayor

entusiasmo.

—Deja ya de comportarte así y vuelve a tu sitio.



Entonces se enfadó, se retiró un poco y reanudó su baile algo más lejos.

Fui tras ella y se alejó aún más. Estaba clara su intención: quería hacerme retroceder, que regresase a Viena y me riñese el emperador por haberle desobedecido.

—Bueno —le dije—, eso sí que no lo vas a conseguir. La orden es llevar a María Luisa a París, y a París la llevaré aunque sea a costas. ¡No va a burlarse de mí una rueda boba!

Para que viese mis habilidades y que yo estaba dispuesto a todo, saqué mi pistola y, lanzando al aire una moneda, disparé. El disparo sonó con tanta fuerza

que las montañas se echaron a temblar de miedo, y no era para menos, ya que la bala dio justamente en el centro de la moneda. Cuando cayó al suelo lucía, justo en medio, un agujero perfecto.

Vi que la rueda se agitaba de un lado a otro, rápida, nerviosa, como si estuviese muy asombrada.

—Asómbrate si quieres —le dije—. Pero te lo advierto: ¡si no vuelves en seguida a tu sitio, dispararé contra tus radios y no te dejaré ni uno!

Tras lo cual eché a andar a caballo, sin añadir una palabra más, y dejando plantada a la excelentísima rueda.

Me di prisa. Quería llegar pronto a

lo alto de la montaña y reunirme con el resto de la comitiva, para continuar en seguida hacia París, según las órdenes recibidas.

La subida era dura. Miré hacia atrás. ¿Quién lo hubiera dicho? La rueda me seguía obediente, rodando humilde tras de mí, hacia arriba. Como se acercaba una nube negra, ordené a la rueda:

—Ve por delante y muéstrame el camino.

Al oír esto, empezó a contornearse como indicándome que eso sí que no, que ella no era una sirvienta, que eso no lo haría.

En aquel mismo instante nos

envolvió la gigantesca nube negra y ya no pude ver más la rueda. Las altas montañas son un mundo de perros. Quien no ha experimentado lo que es estar allí, no tiene ni idea de lo que es aquello. Las patas de mi caballo arrastraban jirones de nubes, por lo que ni se oían sus pasos.

Seguimos ascendiendo. Llegamos tan alto que, al final, salían nuestras cabezas por encima de las nubes. Allá arriba brillaba el sol y, entre las montañas rocosas, las nubes parecían un mullido edredón.

—¡Háry, Háry! ¿Dónde estás, mi valiente húsar? —oía, lejana, la voz de

María Luisa.

Al momento la distinguí allá lejos: sus pendientes de diamantes resplandecían como dos luces. Aún seguían todos parados allí, a mitad de la falda de la montaña de enfrente, al borde de un precipicio.

¡Atiza! ¡Cuánto me había alejado de ellos! Pero no me arredré.

—¡Ánimo, Rayo, todo recto! —y obligué a mi caballo a correr por encima de las nubes para llegar, así, antes hasta los carros. Estas cosas son naderías para mi corcel, que no tenía nada de apocado ni de asustadizo. Alzando sus patas con exquisita finura, casi con

pasos de baile, galopó veloz por aquella sábana blanca de nubes. Teníamos que darnos prisa, porque por la parte inferior de la nube estaba cayendo entonces una inmensa lluvia, y yo temía que la nube se vaciase antes de llegar nosotros hasta los carros.

Pero tuvimos suerte y llegamos sin novedad al otro lado. María Luisa quería abrazarme, de tanto como se alegró al verme de nuevo. Herrexum y Krúcifix, por el contrario, ni se dieron cuenta de mi llegada. Sentados a la sombra de una roca, se daban palmadas alegremente en la espalda, contentísimos:

—¡Qué bien, qué suerte! ¡Ese condenado de Háry habrá muerto! ¡Ja, ja, ja! —decía el bruto de Krúcifix, riéndose.

—¡Y si no hay Háry, habrá guerra! ¡Ja, ja, ja! —resonaba la risa de Herrexum.

De un salto de mi caballo me planté ante ellos, saludando debidamente.

—¡Se presenta el húsar Háry János! ¡A sus órdenes!

El buen humor se les fue en un santiamén. Me lanzaron miradas asesinas y mencionaron algo de no sé qué arresto que recibiría a su debido tiempo.

«¡Así reventéis!», pensaba yo mientras daba a la comitiva la señal de seguir adelante.

—¡Ay, Hóry, mi buen amigo! —se quejó de nuevo mi compañero Marcelo Kinses—. Esto no acabará bien.

—¡Deja ya de llorar! ¡Ya ves cómo ha vuelto la rueda...!

—Es cierto: de repente llegó hasta aquí y de un salto se encajó en su sitio. Esto parece cosa de brujas.

—Ya me ocuparé yo de todo, no te preocupes —dije para tranquilizarlo.

Porque cuando el pobre abre el grifo de las lamentaciones, es imposible pararlo. Marcelo es el mejor carretero

del mundo, pero no sirve para húsar. Como dice el refrán, «zapatero a tus zapatos». Y «cada cuba huele al vino que tiene». Con esto quiero decir que quien nació para ser cochero, pues no puede ser más que cochero; y quien nació para emperador, sólo puede ser emperador. Pero quien nació para húsar... ése puede hacer cualquier oficio. Puede ser cochero, puede ser emperador. Los húsares somos así; por lo menos los húsares húngaros, qué le vamos a hacer...

Continuamos, pues, nuestro camino, atravesando montes y montañas, llanos y llanuras.

De repente apareció a mi lado el comandante Krúcifix en su caballo y me gritó:

—¡Alto! ¡Alto!

Se paró todo el grupo, la carroza, los carros del equipaje, para ver de qué se trataba.

—¡Háry, desgraciado!... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Continuar el camino. ¡A sus órdenes!

—¡Campesino húngaro, ignorante!, ¿no sabes que éste es el país de las amazonas? ¡Como sigamos, acabaremos mal!

Yo aún no sabía qué era eso de las

amazonas. Pronto me informaron de que son unas mujeres muy belicosas que fundaron un reino en el que no hay ni un solo varón. Viven ellas solas, y las gobierna una superamazona: una mujer grandona, con una voz muy ronca, muy ronca, como la de la señora Sara, la de la feria del pueblo.

—Bueno, ¿y qué pasa con las Amazonas? —pregunté.

Entonces se acercó Herrexum para meterme miedo.

—Oye, Hary, si entramos en su país, ese será nuestro final. Las Amazonas son mitad hechiceras, mitad brujas, y atraen a los hombres con toda clase de engaños

para perderlos.

Los dos clavaron sus miradas en mi rostro, esperando ver mi reacción.

—Pues yo pienso que no son ni más ni menos que cualquier otra mujer — dije.

Y me adelanté para explorar el terreno.

Cabalgué encomendándome a mi caballo, que mejor guía no lo había. En cuanto atravesé la frontera, que no era otra cosa sino un seto de rosas que exhalaban una fragancia divina, en seguida oí multitud de risitas. Por las colinas y arboledas bajaban corriendo cientos y cientos de muchachas, que me

rodearon aplaudiendo, saltando y riendo.

—¡Atiza! —exclamé.

Y añadí:

—¡Cáspita!

Y concluí:

—¡Mil rayos me partan!

No se puede negar que eran unas muchachas hermosísimas. Llevaban unos corpiños de seda y bombachos a la turca.

Sus voces cariñosas me rodeaban como las olas del mar.

—¡Háry, cariño!

—¡Ven conmigo, Háry de mi alma!

—¡Qué tío más guapo!

—¡Qué húsar más gallardo!

—¡Dame un beso, hermosura!

¡Ay!, ¿qué clase de húsar sería el que no cayese en sus lazos amorosos?

Me rodearon con gran alboroto. Yo me hallaba en la silla de mi caballo y no sabía qué hacer. ¡Qué razón llevaban Herrexum y Krúcifix cuando me pusieron en guardia contra las amazonas! El mujerío es, ya de por sí, bullicioso, pero cuánto más cuando son mayoría. Las había allí de todas las edades, pero la mayoría rondaría los dieciocho años. ¡Qué bellezas! ¡Qué maravillas! Unas tenían los cabellos de azabache, otras de oro, otras como el

junco, otras como las plumas de los cisnes.

—¡Háry mío, Háry del alma! — gritaban por la derecha.

Miré para allá y noté, asombrado, que todas aquellas muchachas tenían la cara idéntica a la de mi Isabel.

Después vino el clamor por la izquierda:

—¡Mírame, Háry! ¡Ven conmigo, apuesto húsar!

Cuando las examiné mejor, vi que sus caras eran como la de María Luisa. Tendían hacia mí sus brazos, blancos como la nieve.

Estaba claro que eran unas brujas.

En seguida comprendí lo que pasaba: ¡todas estaban enamoradas de mí! Es cierto que aquella adoración me halagaba mucho, ¿para qué voy a negarlo? Sucede que, al principio, el hombre se ríe de estas cosas: pero, de repente, empiezan a interesarle, y después las toma en serio. Al final, está deseoso de corresponder. Bueno, pues yo ya estaba en esta fase. «No tenemos más que una sola vida —me dijo— y hay que vivirla. ¡Sí, señor, bajaré del caballo y me enamoraré de la primera que se me ponga por delante!».

Pero, de repente, me acordé de las órdenes de mi emperador. De sus

órdenes y de Napoleón... Y también, cómo no, de mi amada Isabel, que aún estaría lloriqueando, allá en palacio, junto al pozo.

De un tirón saqué mi sable y, levantándolo en alto, grité:

—¡A la que se acerque, la mato!

Os juro que nadie ha escuchado jamás una cuchufleta como la que oí yo entonces. Las chicas aplaudían y se tapaban la boca para sofocar sus risas. Yo no salía de mi asombro, e intentaba comprender qué habría pasado para que se riesen tanto.

Miré a mi sable.

¡Ay, demonios!

¡Qué vergüenza, madre, qué vergüenza! Tenía sable y no lo tenía. Al punto comprendí quién me había hecho esta faena. ¡Claro, mi Isabel, mi novia celosa! Estaba tan segura de que, tarde o temprano, la abandonaría para irme con María Luisa, que pensó vengarse preparándome una sorpresa para cuando sacara mi sable...

¡Y ahí estaba la sorpresa! ¡Y menuda sorpresa!

En la noche de mi despedida, Isabel había arrancado la hoja de la espada de su empuñadura de nácar, y había colocado en su lugar un atizador de chimenea.

Pero un húsar no sólo debe tener en su sitio el corazón, sino también la cabeza.

¿Qué debe hacer cuando se ve enarbolando un atizador en lugar del sable? Esbozar una sonrisa y añadir con naturalidad:

—¡Hola! ¿Qué tal?

E incluso, guiñará con picardía como quien acaba de gastar una broma. Y volverá a meter el humillante hierro en su vaina, procurando sonreír con tranquilidad.

Y eso fue, justamente, lo que hice.

Aquellas mozas se morían de risa. Hasta que, cuando ya estaban a punto de

reventar de tanto reírse, giré mi caballo hacia ellas y guiñé a aquella multitud.

No había transcurrido un segundo cuando estalló la tempestad, porque cada una pretendía que el guiño había sido para ella. Y, sin más, se agarraron de los pelos y se enzarzaron en una gigantesca batalla. Se desgarraban la ropa, se pegaban y se arrancaban los pelos, mientras yo sonreía feliz.

Por fin ya no se ocupaban de mí. Sólo se preocupaban de buscar a quién arañar.

El campamento estaba revuelto. Las generalas y las comandantas no podían con sus gentes, que seguían zurrándose

como unas verduleras. La misma reina de las amazonas ordenaba, en vano, que llevasen al húsar a su lado, mientras las amazonas rasas se reían, sin obedecer, porque cada una me quería para sí.

Recuerdo que cuando nuestro buen maestro nos enseñaba historia en el colegio, nos hablaba mucho de los emperadores romanos. Aquéllos sí que eran unos tíos astutos. Su lema era: *Divide et impera*, es decir, «Divide y vencerás». Pues eso mismo fue lo que yo hice, porque dividí aquella tropa de mozas y vencí.

Poco a poco regresé hacia la frontera.

Lancé un silbido a los carros y mi compañero Marcelo adivinó en seguida mi intención.

—¡Adelante, volando como el rayo!
—grité—. ¡Rápido, sin deteneros!
¡Tenemos que darnos prisa mientras estas chicas se pelean!

Cruzamos corriendo el país de las amazonas. ¡Pobres chicas! ¡Seguro que todavía siguen allí, peleándose y sin saber para quién fue mi guiño!

En cuanto hubimos atravesado el país de aquellas bravas mozas, encendimos unas hogueras e instalamos el campamento. Desde allí ya sólo había dos pasos hasta el país de los franceses

y su capital, la villa de París.

Desensillé a mi Rayo. Coloqué después la silla como almohada bajo mi cabeza y me tapé con una manta. Hubiera dormido de un tirón si, allá por la medianoche, no me hubiesen despertado.

—¡Háry, Háry! ¡Mi gallardo húsar! —susurraba la princesa María Luisa en mis oídos—. Aunque ya soy la novia formal de don Napoleón, a ti es a quien realmente quiero. ¡Huyamos juntos! ¡Yo tuya y tú mío! Correremos mundo, y en algún lejano lugar del país de los negros encontraremos, seguramente, un pequeño rincón donde poder vivir felices.

Así murmuraba la pobre. Su cara, blanca como la nieve, resplandecía en la oscuridad. Sus ojos azules eran como brillo de estrellas. Y su voz, como arpa plateada.

Me parecía estar soñando.

¿Para qué negarlo? Me emocionó ver lo loquita que estaba por mí.

—¡Ay, chiquilla, chiquilla! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué dirían tu papá y tu mamá si supieran tu atrevimiento?

—¡Anda ya, no pierdas tiempo! ¡Venga, vámonos!

Sí que me hubiera ido gustoso con ella, lo juro, y que me perdone la buena de mi Isabel.

Pero entonces me cruzó de nuevo por la cabeza aquel maldito Napoleón. Si yo me escapaba con María Luisa, estallaría la guerra. Y si estallaba la guerra, correría sangre en vez de vino, como ya dije antes.

Y eso sin hablar de mi Isabel, que esperaba junto al brocal del pozo, dispuesta a arrojarse a él.

—¡Ay, María Luisa, pobre María Luisa! —dije, lleno de pena por la pobrecilla.

Se quedó un rato callada mientras acariciaba mi cara con la punta de sus dedos.

Le di un besito en su perfumada

mejilla y, tomándola del brazo, cariñosamente, la conduje a su carroza.

—¡Hale, dentro, a dormir!

Era igual de mansa que una corderilla. No opuso resistencia. Nada más cerrar los ojos, ya estaba dormida.

Miré a mi alrededor y vi ante mis ojos al sargento Herrexum y al comandante Krúcifix.

—¿Y bien, Háry? —dijeron—. ¿Qué dirá de todo esto el señor Napoleón?

—Solamente lo que ustedes le chismorreen. Y de eso ya me cuidaré yo —contesté ni corto ni perezoso, porque de noche, sin visibilidad, se le puede contestar a un superior como a cualquier

otro hombre.

Se largaron. Yo me quedé mirando a los cielos, pensando que me gustaría tener tantas venturas como estrellas brillantes allá arriba.

Pero ésos eran unos deseos simples, deseos de campesino. Bien sabía yo que me debía al deber, que trae muchos sacrificios, y que mis dos grandes cruces eran la fidelidad y la obediencia a las órdenes.

A medianoche saqué mi sable sigilosamente. El atizador seguía en la empuñadura. «Isabel, hija mía, buena me la has hecho. Mereces que te pague con la misma moneda. Pero no lo haré».

No pude por menos que sonreír. Me dormí con la conciencia tranquila, por lo que no tuve ni pizca de frío en toda la noche.

6 *En el que Háry
está a punto de
batirse con
Napoleón, pero
éste se echa atrás.
¿Qué otra cosa
podía hacer?*

ANTES me interrumpí cuando empecé a deciros que, por fin, llegamos a la villa de París. Los franceses son una gente muy rara. Hablan en una lengua que parece que están piando. Dicen *mayesté, liberté, bonyú...*

Llegamos a golpe de rueda ante la residencia de Napoleón, quien, como ya conté, hubiera corrido gustoso a nuestro encuentro, a no ser porque sus dedos se le habían quedado atrapados entre los botones del chaleco, y allí se quedó, sacudiéndolos furiosamente, en su intento de sacárselos. Soltaba muchas palabrotas en su lengua, pero, al no

entenderlas, pues no nos escandalizamos.

Apareció entonces el barón de Ebelastin, diciendo:

—¡Oh! ¡Aquí llegan la joven novia y su séquito! Muy bien, la coronación se celebrará a mediodía y la boda por la tarde. Hasta entonces, sírvanse acomodarse. Los cocheros recibirán aguardiente y ración doble de comida. La distinguida comitiva comerá ganso con patatas y ensalada. La señorita princesa, cochinillo asado con arándanos y limón. Este húsar —y me señaló a mí el muy sinvergüenza—, que no sé quién es, se contentará con las

sobras.

¡Menudo recibimiento! «Ya vendrás tú a suplicarme a mí, franchute, y tu amo, el gran Napoleón», pensé. Si no llega a estar allí mi buen amigo Marcelo Kinses, me hubiera quedado en ayunas. Tampoco me dejaron entrar en el salón. Sólo pude llegar hasta el porche y allí nos dieron la comida.

REPICABAN las campanas, anunciando la coronación, y nos dirigimos a la catedral. «Voy a ver —me dije— cómo se convierte un general en emperador».

En seguida comprobé que su

majestad el emperador de Austria, el mío, había acertado plenamente al describir al francés. El tal Napoleón era un hombrecillo rechoncho y medio calvo. Harían falta diez como él para hacer el corpachón de un sargento de húsares. ¡Palabra de honor que no sé qué admiraban en él las gentes! Quizá el que sólo pensaba en el ¡pam! ¡pam! ¡pam! de las guerras. Aunque, claro, la vida militar es muy bonita, pero un general, y más aún si es emperador, ni la huele: todo el tiempo está en retaguardia, ocupado en mandar.

Aunque, claro, puede que eso de mandar también sea agotador...

Bueno, pues como os decía, fuimos a la catedral.

Era una iglesia con dos altas torres. Teníamos que atravesar el Puente Nuevo para llegar hasta ella. La gente la llamaba la iglesia de Nuestra Señora. Justamente, igual que a tantísimas iglesias húngaras.

¡Válgame Dios! ¡Qué inundación de sacerdotes! ¡Qué lío de monjas y de monaguillos! ¡Qué repiqueteo de campanas! ¡Qué música de órgano! Os aseguro que se me partía el alma. Aquello era formidable, hay que reconocerlo.

Además, yo me encontraba muy

cerca del gran Napoleón. Tanto que hubiéramos podido estrechar nuestras manos.

Bueno, para no alargar más, os diré que por fin tuvo lugar la coronación. Un anciano obispo sujetaba la corona, repleta de diamantes y perlas. Hombre, por esto sí que vale la pena ser emperador...

Mientras las campanas sonaban y los monaguillos cantaban, el anciano obispo no sabía qué hacer con tantos trastos. Que si la corona así, que si el manto asá... La misa seguía celebrándose y colocaban las cosas una vez aquí y otra vez allá, sin acabar de ponerlas de una

vez en su sitio.

Las manos del viejo temblaban cuando alzó la corona.

Entonces le susurró a Napoleón:

—Camarada, pónitela tú mismo. Yo, en tu lugar, así lo haría.

Napoleón me hizo caso. Tomó la corona de las manos del obispo y, ¡zas!, se la colocó en la cabeza.

A María Luisa le gustó tanto aquello que comenzó a palmotear de alegría.

Aplaudieron también los condes y los marqueses y todas las celebridades allí presentes. Jamás se había visto una coronación tan bullanguera.

Pero todavía faltaba la boda.

Aquello sí que fue Troya.

Antes que nada debo recordaros que yo tenía dos acompañantes: Krúcifix y Herrexum, que no me podían ver ni en pintura desde que había arreglado lo de la rueda de la carroza de María Luisa. Y no es que antes me tuviesen tampoco demasiado afecto. Ya, de entrada, los había disgustado el que me hubiese librado tan fácilmente de «correr la baqueta», y luego, encima, el que su majestad el emperador se hubiese dignado concederme su amistad.

De momento se limitaban a cuchichear y a conspirar con el barón de Ebelastin por los rincones. Yo ya me

había dado cuenta, pero fingía no haberlos visto. Aunque hubiera sido mejor hacerlos picadillo sin más, porque luego me hicieron una que, sólo de recordarla, se me ponen los pelos de punta.

Veréis: la boda quedó dispuesta para la tarde. En el salón estaban acicalando y hermosteando ya a la novia, que lanzaba grititos de alegría como un cochinito destetado. Comprendo su emoción porque, claro, su novio no era un generalillo cualquiera, sino un verdadero emperador. Cuando me vio pasar por el salón, hizo como si no me conociese. Su gran amor por mí se había

esfumado de repente. «¡Bah, qué más da! —pensé—. Es natural. Aunque ya podrían ofrecerle a mi Isabel un príncipe maravilloso, que ella me elegiría siempre a mí».

Yo no me afligía porque María Luisa estuviese chiflada por Napoleón. Lo que rondaba por la cabeza del emperador, eso sí que me iba a dar jaleos...

Precisamente cuando iba al pozo a darle de beber a mi caballo, sentí de repente que me pinchaban con la punta de un sable en el trasero.

—*¡Allez, húsar! ¡Défendez-vous!*

En seguida cacé el significado de las palabras: que sacase mi sable antes de

que fuese demasiado tarde.

Así lo hice y llevé mi mano a la empañadura. Pero en el mismo instante me acordé de que, por obra y gracia de Isabel, lo que tenía era un atizador en lugar de un sable. Se apoderó de mí una cólera furiosa, lo que no me impidió medir antes con la mirada, de arriba abajo, al tipo que me desafiaba.

¿Quién iba a ser sino su majestad, el mismísimo Napoleón en persona?

Con la cara roja y descompuesta por la rabia, me pinchaba el trasero con su sable, cada vez con mayor insolencia. Pero ni aun en esa circunstancia sacaba su otra mano, trabada entre los botones

del chaleco.

—*¡Duel! ¡Duel!* —gritaba, lo que en francés significa «¡Duelo! ¡Duelo!».

La verdad, yo no tenía ganas de bromas.

—Deja ya de jugar con la espadita, ¿vale? Si no, ¡voto a todos los demonios!, te voy a dar una bofetada que van a retumbar las paredes. ¿Qué clase de hospitalidad es ésta? ¡Mil rayos!

Y me crucé de brazos en actitud orgullosa, para que viese que no tenía ganas de duelos.

Pero el Napoleón aquel continuaba chillando, gesticulando y retándome con su *¡Duel! ¡Duel!*

Nos rodeaban ya los señores de palacio, en el patio. Acudieron el obispo y los cocheros, y hasta María Luisa se atrevió a salir, parpadeando sus enormes ojos. Muy precavida, se hizo traer un gran sillón de oro para desmayarse sobre él si llegaba el caso.

—Oye, tú, Háry —dijo Napoleón—, defiéndete porque, si no, ordenaré al verdugo que te decapite con casco y todo. Ha llegado a mis oídos que no cuidaste bien de su alteza, mi novia. La abandonaste en las montañas, con el pretexto de no sé qué rueda de carro, y la pobre pasó tanto miedo que casi se muere. ¡Pudieron atacarla los

salteadores de caminos o secuestrarla los bandoleros!

El comandante Krúcifix asentía con la cabeza, y dijo en su mal francés:

—No bien cuidar, no mesié. Hemos traidé a la novia sana y salvé, y no le pasar nada; pero malos los intenciones tuyés, Háry János. Así que, si mayesté Napoleón querer duelér, necesariamente tú dueler. Si no, haber guerré. ¡Viva la guerré!

«¡Ay de mí! —me dije—. ¡En qué lío estoy metido sin mi sable! Mi querida Isabel no pudo ni sospechar que su broma me haría semejante jugarreta. Mucho será que vuelva a verme vivo».

Pero si Dios me había dado la gracia de ser húsar, también me había dado un gran talento. ¡Mil rayos!

—¡No habrá ni guerré ni duelé! — grité. Y seguí hablando y razonando un buen rato.

Pero fue en vano, mis razones caían en saco roto. Ellos seguían en sus trece. Incluso, el barón de Ebelastin hasta le empujaba un poquito a su señor emperador, animándole a que se dejase ya de titubeos y me pinchase de una vez.

—¡Bravo! ¡Habrà guerra! ¡Pam, pam, pam! — gritaba Krúcifix, frotándose las manos—. Pero ¿qué clase de húsar eres tú que no quieres la

guerra? ¿Por qué no te quedaste en tu pueblo ordeñando las vacas y arando?

Así estuvimos discutiendo durante un cuarto de hora, con Napoleón todavía en el centro del patio y la corte en pleno a nuestro alrededor, esperando el duelo. El señor obispo estaba muy indignado por semejante escándalo en un día tan señalado.

Total, que ya no podía retrasar por más tiempo la prueba de honor.

Casualmente, entonces tuve una idea genial: me acordé de que, cuando disparé un tiro con mi pistola, allá en las montañas, el disparo no había tenido eco. Pues si no lo tuvo entonces, ¡vaya si

lo iba a tener ahora!

No me avergüenza reconocer que actué como un comediante. Poniéndome una mano sobre el corazón, levanté la otra hacia el cielo para hacer un juramento. Mientras tanto me dirigí hacia el obispo, que era un santo varón.

—¡Juro por todos los santos que cumpliré, aunque me cueste la vida, con la orden de mi emperador: no sembraré la discordia, no fomentaré la guerra, no me batiré en duelo contra su yerno! ¡Ruego a Dios que convierta mi sable en un atizador de chimenea antes de alzarlo contra *mesié* Napoleón! ¡Que este milagro sea la prueba de que Dios

quiere lo mismo que yo!

El obispo alzó su temblona mano para darme su bendición antes del duelo. La gente se impacientaba. Napoleón blandía el sable con ganas de comenzar.

—¡Defiéndete, Háry János! ¡No espero más!

—¡Que sea lo que Dios quiera! — grité dando una entonación lúgubre a mi voz, para que todos se enterasen de que iba a pasar algo gordo.

Y saqué de la vaina, con gesto dramático, el atizador, y me coloqué en posición de ataque:

—*¡En garde, mesié!*

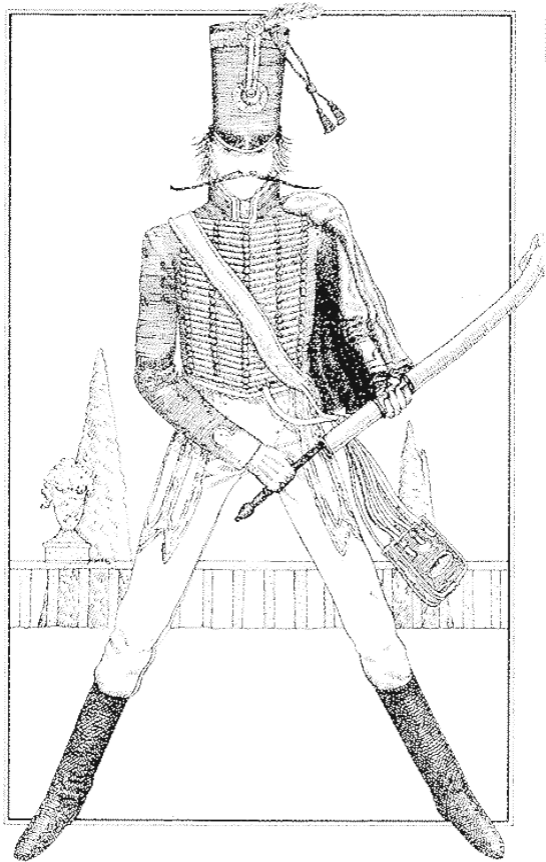
¡Madre mía, la que se armó!

¡Aquella sí que fue buena! Todos los ojos quedaron fijos en el atizador. Los cortesanos abrieron una boca más grande que la Puerta de Viena, y alzaron luego un griterío enorme, como cuando, en mi pueblo, los mozos echan agua a las mozas, al pasar junto al pilón de la plaza. Las mujeres corrían por todas partes como gallinas asustadas, y los hombres se caían por el suelo, presos del pánico.

 Mi caballo, Rayo, relinchaba, riéndose.

 Para que la algarabía fuese completa, sonó de repente un descomunal trueno, acompañado de un

fuerte temblor de tierra. Era el eco del disparo de mi pistola que, rodando de montaña en montaña, llegó justamente entonces a la villa de París.



El mismo Napoleón se quedó boquiabierto y se retractó públicamente, reconociendo humildemente su error. Envainó su sable y me tendió la mano ante los ojos asombrados de mi compadre Marcelo Kinses. Su majestad declaró que retiraba lo dicho y que no había querido ofenderme. Todo había sido culpa de su impetuoso temperamento, que no sabía cómo controlar. Le di una receta: cada vez que empezase a montar en cólera, que se diese una ducha de agua fría y contase hasta quinientos veinte. Lo apuntó meticulosamente en su agenda y me prometió que así lo haría.

RECOGÍ, pues, mis cosas y me preparé para regresar. Apretón de manos por aquí, palmaditas por allá, disculpas por acullá. En vano me invitaban todos para que me quedase a la boda y bailase unas *czardas*. Agradecí el honor, pero no podía: tenía que regresar sin falta.

Después de las despedidas subí al vestíbulo, donde, justamente entonces, estaban reanimando con sales a María Luisa, que había sufrido un gran desmayo al ver el enorme peligro que yo había corrido.

Me miró, me estrechó la mano, me la besó y susurró:

—Nos volveremos a ver, gallardo húsar...

Cosa parecida me dijo también Napoleón cuando me colocaba las espuelas:

—¡Nos veremos, amigo Háry!

Por si acaso se le ocurría sacar otra vez el sable, le contesté:

—¡No lo quiera Dios!

El comandante Krúcifix y el sargento Herrexum me obligaron a pedirles permiso para ausentarme. Así lo hice y me lo concedieron. Ellos se quedaban aún allí, pienso que para sacar tajada.

Así, pues, me despedí de la villa de París. No sentí pena alguna.

Me incliné sobre el cuello de mi caballo y cabalgué, campo a través, hacia Viena.

Por prudencia rodeé el país de las amazonas. Pero no tuve más remedio que atravesar las montañas. Las herraduras de mi caballo daban patadas a las estrellas, de tan alto como íbamos. Por cierto, que me guardé una pequeñita en el bolsillo, pensando que por las noches me podría servir de linterna.

Me di mucha prisa; pero, aun así, llegué tarde.

Cuando entré galopando en el patio del palacio imperial de Viena, reinaba en él un gran revuelo.

Doblaban las campanas, el águila bicéfala gritaba hambrienta, su majestad el emperador se mesaba los cabellos y su majestad la *emperadora* salía de un desmayo para caer en otro.

Para que no estéis impacientes, os voy a adelantar lo que había ocurrido durante mi ausencia:

Primero, se había perdido la corona de nuestro emperador. Luego, y a pesar de la boda, había estallado la guerra con Francia. Y en tercer lugar, y para colmo, el Dragón de las Siete Cabezas había raptado a mi amada Isabel.

¡Y me estaban esperando a mí, porque todo aquel desbarajuste tenía que

arreglarlo yo! ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué me has hecho tan listo y tan valiente que todo el mundo tiene que acudir siempre a mí?

7 *En el que a Háry
le suceden unas
extrañas y
peligrosas
aventuras, con
bruja y todo de
por medio*

AHORA comprenderéis el trabajo y la enorme responsabilidad que se echa uno encima al hacerse húsar... Desde que llevaba aquel brillante uniforme, no paraba de preocupaciones. ¡Y que a eso lo llamen buena vida! Juré agradecersele «a mi manera» al maldito Miguel Benák, el que me enroló, en cuanto me lo echase a la cara.

Pero, en fin, en medio de todo, no me arrepiento de ser húsar, qué le va uno a hacer...

¿No dicen que la vida, cuanto más agitada, más bella?

Pues lo que es agitada, ¡vaya si la

tenía yo agitada, mil rayos me partan!

EN PRIMER lugar me dirigí al herrero de palacio. Era un famoso herrero, un artista, no un vulgar herrerillo de pueblo. Además de herrero era alcalde de Viena y solía alternar con el mismísimo emperador. Entré en su oscuro taller, pero no estaba allí. Pregunté al mozo:

—Eh, tú, ¿dónde está el herrero?

No apareció hasta que no solté la larga sarta de tacos e improperios de la «letanía husaresca». Entonces se presentó, secándose las manos en el

delantal.

—¡Malditos sean todos los húsares!
¡No diga tantas palabrotas! ¿Qué mosca
le ha picado?

—¿Que qué me pasa? Ahora verá.

Y saqué de un tirón el odioso
atizador. Al verlo, palideció. Dijo que
él no era responsable, que él no quiso
hacerlo, que alguien se lo había
ordenado sin que él hubiese podido
oponerse, y etcétera, etcétera. Esto sí
que me lo creí, porque cuando mi Isabel
se empeña en una cosa...

—Está bien, no discutamos, pero
arrégleme el sable corriendo.

—Le costará diez ducados.

—¿Cómo?

—Ése es su precio...

—Y la hoja de acero que tenía antes mi sable, ¿no valía nada?

—¡Pura chatarra!

—¡Mil rayos...! ¡Mi sable tenía la hoja de acero de Damasco, y era flexible como un junco! ¿Sabe lo que le digo, herrero de mala muerte? Que se dé prisa, que quiero ver la hoja de mi sable en su sitio antes de un cuarto de hora.

El buen hombre se rascaba la cabeza con cara de borrego, como si no entendiera nada, pero no hacía ademán de empezar.

«Ya verás», me dije, y saqué del

zurrón mi famosa pistola. Levantando el gatillo, apunté al herrero mientras gritaba:

—Pero ¿es que usted no sabe lo que es un húsar?

—Ya he oído hablar de ellos, ¡que los parta un...!

—¡Ahórrese los juramentos, amigo! Y sepa usted que el húsar es el primero de entre todos los hombres.

—Vale, vale, le creo —gemía amargamente.

—Y sepa usted que después del húsar viene en importancia su uniforme: desde el casco bordado hasta las espuelas doradas.

—Sí, sí señor —aceptaba con toda humildad.

Porque, aun siendo herrero de palacio y alcalde de Viena, delante de la pistola se encogía más que una mala tela al lavarla.

—Después viene el caballo del húsar, desde la punta de las orejas hasta el último clavo de la última herradura.

Daba cabezadas, asintiendo: «Que sí, que sí».

—¿Y qué es lo que no he nombrado todavía y, sin embargo, es más importante que el húsar, que su caballo y que todas las cosas del mundo?

Empezó a temblar y a parpadear

como si estuviese viendo al diablo, y no pudo contestar. Tuve que hacerlo yo.

—¡Pues el sable del húsar!

—De acuerdo, señor —asintió, dando cabezadas como un caballo.

—Así que ya lo sabe, herrerrillo del demonio. ¡Mi sable hay que arreglarlo inmediatamente! Y como ya hemos perdido, charlando, cinco minutos, sólo le quedan diez, si no me equivoco. Dentro de diez minutos, o está la hoja de mi sable en su sitio o disparo.

Mi caballo Rayo soltó de nuevo una carcajada. Lo hizo relinchando, por aquello de guardar las formas. Era muy listo, sólo le faltaba hablar.

Al bueno del herrero, diez minutos le fueron demasiados. No había transcurrido ni siquiera la mitad cuando ya tenía en mis manos el sable.

Después me dirigí al salón del emperador, saludando sable en alto, según las ordenanzas.

Encontré a su majestad al final del zaguán, sentado en un taburete, muy compungido. Llevaba liado en la cabeza un paño de cocina mojado con agua fría, y parecía más muerto que vivo.

—¡Se presenta el húsar...! — empecé a decir, pero él me detuvo con un gesto de su mano. Nunca le gustó que nos tratásemos con la frialdad de las

ordenanzas militares.

—¡Qué pena que no seas tú mi yerno! —comenzó—. María Luisa te quería a ti. ¿Por qué diablos la casaría yo con ese pérfido de Napoleón?

No le contesté. Entre otras cosas porque mi corazón tenía ya dueña: Isabel.

—¡Majestad, señor emperador, mi vida y mi muerte por usted! Veo que le preocupa algo. ¡Confíemelo!

El pobre se comía las uñas como un niño. No quería contestarme, pero por fin me dijo, gimoteando, que había ocurrido una gran desgracia. Desde que me fui a París, siempre habían estado

esperándome. Todos me echaban de menos y oteaban continuamente el camino para ver si aparecía. También su majestad estaba a diario al acecho, asomándose constantemente a la ventana, sacando el cuerpo hasta la cintura para ser el primero en verme.

Y ocurrió entonces lo imprevisto, lo insospechado: que un cuervo le echó el ojo al brillo de la corona del emperador y, ¡zas!, se lanzó contra él y se la quitó de la cabeza en un santiamén. ¡Menudo jaleo se armó! Todos gritaban, los guardias disparaban al miserable cuervo, pero todo fue en vano.

Desde entonces, en la corte andaban

como de luto, porque la corona tiene un valor enorme. De todas las cosas que hay en el imperio, la corona es lo que más vale. Montes, valles, ciudades, minas y qué sé yo cuántas cosas más, todo puede perderse, que eso importa poco. ¡Pero que no le ocurra nada a la corona! El emperador dijo que, para él, tan sólo Hungría valía más que la corona. Yo estaba de acuerdo con eso y asentí con la cabeza. «Total —me dije —, que hay que buscar esa corona de oro porque, o hay corona y entonces el emperador es emperador, o no hay corona y entonces el emperador es un don nadie».

—Has llegado a tiempo, hijo mío. Sólo en ti confío.

Me rasqué la coronilla. ¡Qué gran honor me hacía! Pero le dije que, antes de ponerme a buscar la corona, tenía que darle cuenta de mi viaje al país de los franceses, y decirle que María Luisa le mandaba muchos besos, y que yo tenía que cepillarme el traje del viaje, y que mi buen caballo Rayo necesitaba un buen lavado. Dejé para el final, por respeto, decirle que también tenía que saludar a mi Isabel. Le había traído de París agua de colonia para que se perfumase como las distinguidas damitas francesas.

—Eso no corre prisa, hijo —dijo su majestad en tono plañidero—. Lo primero es la corona, no lo olvides. ¡No faltaría, sino que Napoleón se oliese que me he quedado con la cabeza desnuda! A pesar de ser mi yerno, seguro que me ataca. ¿Quién sabe si no llegaría, incluso, a invadir también la bella Hungría?

¡Ah, bueno, eso ya es otra cosa! Monté a caballo de un salto y me lancé a recorrer el mundo, dispuesto a encontrar la corona de mi viejo emperador.

La cosa no era fácil, ¡mil rayos me partan!

En primer lugar, no sabía adonde

encaminarme. Tiré para adelante, preguntando a la gente si habían visto por allí un cuervo con la corona del emperador en el pico. Ellos se tronchaban de risa, porque no podían imaginar que la corona del emperador pudiera ser robada tan fácilmente, así como así, y, encima, ¡por un cuervo!

Así que no pregunté más y me puse a observar atentamente el cielo. Tenía la esperanza de ver alguna bandada de cuervos, porque los animales son como los hombres: en cuanto ven que alguno lleva algo bueno, allá se precipitan todos en seguida, a quitárselo.

Pero no vi ni un solo cuervo.

Era bien entrada la noche y aún no había descubierto nada. Ya pensaba en volverme, corrido y avergonzado. Estaba muy fatigado y Rayo, el pobre, echaba espuma por la boca y tenía la cabeza gacha. Por suerte llegamos a la orilla de un riachuelo, en el extremo de un frondoso bosque. Allí podía beber y pastar a gusto. Desmonté y le quité la silla. No le trabé las patas porque mi Rayo no era de esos que te dejan plantado. Era mucho más fiel que todo eso. ¡Palabra que hubiese puesto mi vida entre sus manos con más confianza que entre las del cirujano del regimiento!

Después coloqué la silla debajo de

mi cabeza para que me sirviera de almohada. No era precisamente una almohada de plumas, pero ya me había acostumbrado a ella. Durante un largo tiempo estuve contemplando el cielo estrellado. Allí estaban el Camino de Santiago, la Osa Mayor, la Osa Menor, las Pléyades...

Vi caer muchas estrellas y pensé: «¡Ay, Dios mío, seguro que habrá guerra!». Porque, como sabéis, las estrellas que caen del firmamento son las almas de los hombres que van a morir pronto, en la guerra.

Me quedé contemplando el cielo hasta que el sueño se apoderó de mí.

Soñé algo muy hermoso: soñé que abrazaba a mi novia y que estábamos en el pueblo, en Nagyabony, no en la condenada Viena.

No sé cuánto dormiría de un tirón. Sólo sé que me desperté sobresaltado al oír unas tenues voces. Ya no se veía ni rastro de las estrellas y me envolvía una noche oscura como boca de lobo. No podía ver ni mis narices.

Cerca de mí oí una vocecilla ronca, extraña:

—¡Eh, amigo Rayo, no me pises, ten cuidado!

—No te preocupes, Hiribí —fue la respuesta—. Los caballos militares

sabemos muy bien dónde pisamos.

¡Rayos y truenos! Casi me da un ataque. Del susto y del asombro me quedé sin poder tragar saliva. ¡Mi caballo Rayo estaba hablando! Me quedé en silencio para no interrumpirle hasta saber de qué se trataba.

Y oí:

—¡Oh, sí, ya sé que no eres un caballo cualquiera! Eres, ni más ni menos, el socio famoso del famosísimo Háry János.

—Somos amigos, nos entendemos muy bien —contestó mi caballo relinchando.

—También sé lo que estáis

buscando: la corona del emperador.

—¡Caray! ¡Tú sabes mucho, Hiribí!

—Tampoco tú eres manco, sabes mi nombre.

—¡Bah!, eso no tiene mérito. En mi pueblo a todas las setas corrientes las llamamos hiribí.

—¡Oye, oye, que yo no soy una seta corriente! ¡Soy el emperador de las setas...!

Mi caballo lanzó un relincho respetuoso. De repente dijo:

—Escucha, Hiribí. Ya que eres una seta imperial, bien podrías echarle una mano a tu imperial compadre.

Eso sí que estuvo bien dicho. Y creo

que le gustó a Hiribí, el emperador de las setas, quien, riendo con aquel extraño hilito de voz, daba la impresión de ser un tipo comprensivo. Mientras él se reía, empezaron a oírse por aquí y por allá minúsculos hilitos de risa que parecían salir de debajo de la tierra.

Mi caballo se quedó callado y yo contuve la respiración. Estábamos a la espera de la decisión de Hiribí, el emperador de las setas.

—Amigo mío, querido Rayo, con mucho gusto te ayudaré. Pero que quede claro: el favor se lo hago no al emperador de Viena, sino a ti. Y te explicaré por qué: porque siendo tú más

grande y más fuerte que yo, sin embargo, me has hablado con respeto.

Bueno, vamos a lo tuyo: como sabes, nosotras vivimos bajo tierra. Rara vez sacamos nuestros sombreros a la superficie de la tierra. Cuando salimos, formamos un corro, y cantamos y bailamos durante toda la noche. Por la mañana, la gente, al verlo, dice: «Ya han hecho las setas el corro de las brujas». Y tienen razón porque, en esas noches, la bruja más vieja de la comarca se coloca dentro del círculo, y durante esa noche pierde todos sus poderes. Y sea lo que sea lo que le preguntemos, debe contestar con sinceridad, sin mentiras ni

artimañas.

—¡Ajajá! —dijo mi buen caballo, meneando la cabeza. No quería interrumpir con preguntas al bueno de Hiribí.

—Así que mi consejo es que tenga el señor Rayo la bondad de despertar a su amo, y le diga al valeroso Háry János que lo monte. Pero tu amo ha de permanecer mudo, sin decir una sola palabra, porque la voz humana rompe en seguida el hechizo. También ha de tener precaución al pisar, para que no le pase nada a mi gente, porque si no hay corro de brujas, no hay hechizo.

—Claro que lo haré, cómo no —dijo

mi caballo, lanzando un relincho. Luego vino lentamente hacia mí y se puso a mi lado. Sentí su aliento cálido antes de que me diese empujoncitos en la cara con su hocico.

Hice como si le entendiera sin necesidad de palabras, cosa que, además, era cierta. Lié los bártulos con la boca cerrada, ensillé a Rayo y, sin pensarlo más, monté sobre él.

En aquel mismo instante comenzó a resonar un imponente guirigay. Jamás había oído una algazara tan maravillosa y delicada. En medio de la noche cantaban y susurraban unas melodiosas vocecitas suaves. Todo el suelo se llenó

de sombreritos chiquitines que se movían y tintineaban con sonido como de plata. Las setas bailaban alegres y reían felices, porque todas habían conseguido sacar de la tierra sus cabezas, e iban a poder formar el corro.

—¡Ji, ji, ji! ¡Ja, ja, ja! —reían con sordina por aquí y por allá.

Yo no podía salir de mi asombro. Y aunque lo hubiese querido, no habría podido decir ni pío, por la sorpresa. La oscuridad se había desvanecido y la orilla del riachuelo estaba iluminada por una misteriosa luz azul verdosa. La producían millares de luciérnagas que alumbraban el baile de las setas.

—¡Viva Hiribí, el emperador de las setas!

—¡Viva, viva! —resonaba el bosque.

Con gusto lo hubiera aclamado con ellos. ¡Realmente, Hiribí se merecía todas las ovaciones!

De pronto se hizo un repentino silencio y se pudo oír la voz de Hiribí:

—¡Declaro inaugurado el corro de las brujas! ¡Ordeno a Hanka, la abuela de las brujas, que se presente al instante!

En el mismo momento oí a mi derecha un ruido seco, como una explosión, que hizo que me zumbaran los oídos. A continuación sentí junto a mí un

aliento apestoso, horrible...

En la débil iluminación pude ver, junto a las patas de mi caballo, a una bruja viejarrona y fea.

—Me llamaste, Hiribí, y aquí estoy —dijo entre gemidos.

—Antes que nada di tu nombre.



—¡Ay, ay, ay! ¿Que diga mi nombre? Sabes que eso es un secreto. ¡Sólo tú conoces aquí mi nombre!

—Aquí no hay secretos. ¡Dilo!

—Soy Hanka, la abuela de las brujas...

—Ahora, dime sin tardar dónde está la corona del emperador de Viena.

—¡No me preguntes eso, maldito Hiribí!

Gemía la vieja, lanzando grandes suspiros. Las lucecitas de las luciérnagas palidecían por el pestilente olor de su aliento.

—¡Contesta!

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Tendré que

decir la verdad? ¿Por qué no podré mentir ahora?

—¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! —rió Hiribí, que estaba disfrutando enormemente. De repente gritó:

—¡No refunfuñes más! ¡Si no nos dices en seguida la verdad, te convertiremos en un hada buena!

Ante esta amenaza se estremeció aquella bruja malísima y viejísima. De sus horripilantes harapos saltaron en todas direcciones unas pulgas tan grandes como mi puño. Una me cayó en la cara y el golpe fue como si me hubiesen dado una bofetada. Al mismo tiempo se extendió un hedor tan terrible

que casi me asfixia.

—Si no hay más remedio, lo diré. ¡Yo robé la corona! Para ello tomé la forma de cuervo. ¡Ay, maldito Hiribí! ¡Si cayeras alguna vez en mis manos! ¡Ya verías, ya! Pero sé que es imposible, ya que por la mañana no queda de ti más que tu sombrero sobre la hierba. ¿Qué más quieres que te diga? Lo que hice, lo hice porque me lo ordenaron. La corona del emperador la guardo en la copa del Gran Árbol. Nadie la podrá encontrar, a menos que se agarre a mi delantal, y no me suelte, cuando me dejes marchar de aquí.

La bruja apestosa quería marcharse

ya. Pero el bueno de Hiribí no se lo autorizó hasta que vio, a la luz de las luciérnagas, que yo me había agarrado ya al sucio delantal de la vieja.

—¡Vete! —ordenó entonces.

En ese mismo instante oí un zumbido espantoso, acompañado de chillidos, estertores y lamentos. Sentí como si saliera volando de la silla de mi caballo, y surcase el aire entre valles y montañas. Daba vueltas y más vueltas, y estaba mareado como si me hubiese bebido un tonel de vino. De verdad os digo que sólo la mitad de aquello bastaba para creerse uno en la antesala del infierno. Pero por nada del mundo

soltaba el delantal.

Seguí aferrado a él hasta que, de repente, me encontré en medio de un gran claro de bosque. Me vi solo. Miré mi mano; la tenía cerrada, apretando... ¡nada! En efecto, no había en ella ni rastro del delantal ni de la bruja. Busqué a mi caballo, pero tampoco estaba allí.

Me encontraba completamente solo en aquel lugar.

Al otro lado del claro, ya en el bosque, se veía un gigantesco árbol que llegaba hasta el cielo. Era enorme, más alto que la torre de la iglesia. Su tronco era tan grueso que hacían falta siete días y siete noches de camino para darle la

vuelta. Y en su lisa corteza no había un solo nudo, ni nada donde agarrarse. Era tan alto que sus primeras ramas sobrepasaban las nubes. Entre sus hojas lucían unas flores hermosísimas...

Me dirigía hacia él cuando, de repente, salió del bosque un enorme toro negro. Su galopar sonaba como si fuesen, por lo menos, veinte toros. Al estrépito de sus pezuñas temblaba el suelo y se caían las hojas de los árboles. El toro vino corriendo y se detuvo a unos pasos de mí. De su boca salían llamas, mientras corneaba el aire con la cabeza y escarbaba, furioso, en la tierra.

Pensé que eran mi uniforme rojo y

mi casco dorado los que lo excitaban tanto, pero no tuve tiempo para quitarme ni una sola de esas prendas: el enorme animal negro mugió y, agachando la testuz, embistió.

Pero yo no me iba a quedar quieto.

—Si tú eres bruto, más lo soy yo — le dije.

Y agarré sus terribles cuernos con mis fuertes manos. No creáis que fue cosa fácil, no. He de confesar que, sólo para detenerlo, sudé de lo lindo. Y más aún cuando empezó a sacudir la cabeza, dándome unos tremendos tirones para librarse de mis manos.

Eso ya me enfadó, sí señor.

—Bueno, ya está bien —le dije.

Y empujé con tanta fuerza que creí que me descoyuntaba. Echándole los cuernos hacia abajo, luchamos hasta que logré clavar sus dos puntiagudos pitones en el suelo. El toro quedó agitando las patas al aire.

—¡Ahora ya puedes bailar, maldito! —le dije furioso—. Con gusto te descuartizaría, con el hambre que tengo, pero creo que tu carne me produciría una indigestión.

No perdí más tiempo con él y me fui directamente hacia el Gran Árbol. Cuando volví la cabeza, ya no había ni rastro del toro. Se había disipado como

si jamás hubiese existido. ¡Ya me imaginaba yo que, con tamaña fuerza, no podía ser un toro real, sino de magia!

Y allí estaba yo, al pie del Gran Árbol, devanándome los sesos para ver cómo me las apañaría con él. Porque es que era tan alto, tan enorme y horrorosamente alto, que no se podía ver su copa. Torcía el cuello intentándolo, pero no me fue posible. Como ya he dicho, sus ramas se perdían entre las nubes. Y su tronco era tan liso como el cristal. Di unos golpes con mi sable, queriendo tallar una escalera en él, pero el acero resbalaba echando chispas.

Mientras me hallaba allí, al pie del

Gran Árbol, sin saber cómo subir, oí de pronto unas vocecitas:

—¡Ji, ji, ji! ¡Je, je, je! —y vi cómo se abría la lisa corteza del Gran Árbol, y por la hendidura salía una multitud de pequeñas setas. Se podía ver a simple vista cómo crecían. Cuando fueron tan grandes como para poder soportar el peso de un hombre, una de ellas se dirigió a mí con voz humana:

—¡No se te ocurra darnos las gracias ni decir palabra alguna, valiente Háry János, porque se rompería el hechizo! Súbete encima de nosotras y asciende hasta donde quieras.

Y eso fue lo que hice. Las setas

formaron a lo largo del Gran Árbol una cómoda escalera, por cuyos peldaños ascendí con pasos tan solemnes y majestuosos que ni un obispo entrando de pontifical en su catedral.

Yo no sabía hasta dónde tenía que subir, ni dónde encontrar a Hanka. Menos mal que la tonta bruja se delató a sí misma.

Ya había alcanzado yo las primeras ramas, cuando me senté en una algo más débil. ¿Y a quién creéis que vi allí, sentada en el extremo de la rama?

¡A la princesa María Luisa!
Increíble, ¿verdad?

Me miró con sus ojos soñadores,

extendiendo hacia mí sus brazos blancos como la nieve.

—¡Háry, Háry, ven, ayúdame, cariño!

Jamás había visto yo a la princesa tan bella como entonces. Su hermosísimo vestido, su sonrisa cautivadora, su mirada enamorada...

—¡Ven, Háry, ven...!

Pero yo no me movía, ni loco.

—Espera —le contesté; porque yo no me chupo el dedo—. Estás muy lejos, corazón mío. Si voy hacia ti, se romperá la rama y nos caeremos los dos.

Ella se rió, acompañando su risa con unos pestañeos coquetuelos, y dijo que

no sabía que los húsares fueran tan miedosos. Y que, ya que yo no me movía, se acercaría ella hacia mí.

Avanzaba poco a poco. A medida que ella se desplazaba, yo afianzaba mejor mis botas en las setas más robustas. Y cuando la hermosa María Luisa llegó tan cerca de mí que pude alcanzarla, agarré de repente su precioso vestido de seda y grité:

—¡Hanka, vieja bruja, que los demonios te lleven! ¡En el país de las Amazonas he visto hechizos mejores que los tuyos! ¡Eres una bruja de pacotilla! ¡No vales nada!

Entonces, en medio de una gran

explosión, se esfumó la imagen de María Luisa y en su lugar apareció la bruja. Su delantal roñoso era lo que de nuevo estaba yo agarrando.

—¡Hé, hé, simisúmi, mieraré, abércaba...! —chillaba.

—¡Grita, grita! —dije, riéndome. Y agarrándola por sus harapos, sacudí a la abuela de las brujas más que a una estera.

Mientras la estaba zarandeando, inesperadamente cayó de sus andrajos la corona de diamantes del emperador. Logré cazarla al vuelo, evitando que se estrellase contra el suelo.

Solté a la vieja bruja, que dio una

voltereta en el aire y se convirtió de nuevo en cuervo. Se alejó volando y nunca más la he vuelto a ver.

Así que ya estaba todo arreglado y tenía la corona. Bajé con tiento por los escalones de setas hasta el suelo.

Al bajar del árbol, expresé mi agradecimiento a las setas con un saludo militar.

Miré a mi alrededor. ¿Cómo seguir? A decir verdad, no tenía ganas de caminar a pie, como un vulgar soldado de infantería, hasta la ciudad de Viena. Pero la buena estrella de los húsares tampoco me abandonó entonces.

Mi buen caballo Rayo salía en aquel

momento del bosque, cabeceando orgulloso.

—¿Y tú qué has hecho mientras? — le pregunté, para ver si dejaba escapar alguna palabra en idioma humano. Pero ¡qué va!, era mucho más listo que eso. Nunca podré enterarme de dónde había estado mientras yo peleaba con el toro y zurraba a la vieja Hanka. Saqué la corona del emperador y, poniéndola delante de su hocico, le pregunté:

—¿Qué me dices de esto?

No me dijo nada. Pero soltó una carcajada como los buenos caballos militares, es decir, relinchando. Así que no lo seguí molestando y monté de un

salto.

—¡Hale! ¡A casa!

No había necesidad de apremiarlo. Cabalgamos más rápido que el viento y llegamos a la ciudad de Viena. Y entregué la corona al viejo emperador.

Pero, para entonces, ya todo estaba inundado por el estruendo de los cañones. El infame Napoleón se había enterado de lo sucedido y pensó que, no habiendo corona, no había emperador; por lo que venía dispuesto a serlo él.

Cuando llegué a palacio, me recibió su majestad con los brazos abiertos.

Tomó la corona entre efusivas muestras de agradecimiento, y se la

encasquetó en la cabeza. ¡Hay que ver cómo le cambió el humor sólo con eso!

—Aquí tienes, hijo, un ducado de oro como agradecimiento —dijo.

Le di las gracias por su generosidad. Y ya me apresuraba para ir a ver a mi Isabel, cuando me sujetó por la manga del uniforme.

—No es tiempo ahora de enamoramientos, hijo mío. Ya tendrás ocasión después de la guerra —me dijo.

—Con todo mi respeto, majestad, creo que el servicio puede esperar un cuarto de hora. Tan sólo quiero darle un beso a mi novia, antes de entrar en batalla.

—Lo sé, hijo mío, lo sé. Lo que ocurre es que ha surgido un pequeño conflicto...

Así empezó su majestad, pero entonces se presentó en el salón su esposa y le gritó:

—¿Qué demonios estás cacareando ahí, viejo tonto? ¿No tenemos ya bastantes preocupaciones como para pensar, además, en lo que le ha ocurrido a esa criada? ¡Mejor sería que te ocupases de lo que está tramando tu yerno, el francés!

Sus palabras me produjeron una gran congoja. Tuve negros presentimientos sobre la suerte de Isabel. Fruncí las

cejas, puse una expresión feroz, y de lo furioso que estaba, hasta agarré la empuñadura de mi sable. Su majestad la *emperadora* se largó en seguida a la cocina y el emperador me confesó la verdad:

—¡Agárrate bien, hijo! ¡Tu Isabel ha sido raptada por el Dragón de las Siete Cabezas!

8 *En el que Háry
János libra una
gran batalla, como
jamás se ha visto
ni oído otra*

OÍ LA NOTICIA y me quedé anonadado. Pero pronto reaccioné. Ese dragón no iba a gozar de su hazaña por mucho tiempo. Decidí correr raudo a

darle su merecido.

Ya estaba dispuesto a salir en busca de Isabel, cuando por la entrada principal del palacio irrumpieron de improviso el comandante Krúcifix y el sargento Herrexum. Corrieron hasta el salón a tal velocidad que casi se caen de bruces al llegar. Se les trababa la lengua por el miedo que llevaban.

—¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡El enemigo!

—¡Nos van a hacer picadillo!

«¡Os lo tenéis merecido! —pensé—.

En París no hacíais más que liar las cosas para desencadenar la guerra, y ahora se os caen los pantalones de

miedo. ¡Vaya pinta que tenéis! Ahora, vendrá su majestad el Yerno, don Napoleón, y os molerá a palos».

Temblaban de pies a cabeza y sus ojos se les atravesaban de tanto bizquear.

También se asustó su majestad el emperador. Los cortesanos se habían quedado pálidos como la pared. ¡Palabra!, allí nadie sabía qué podían hacer. Se quedaron mirándome, como diciendo: «Bueno, Háry, piensa, estrújate los sesos».

Pero yo no me di por enterado. Me quedé en posición de firmes, sin decir palabra, mirando fijamente la corona en

lo alto de la cabeza de su majestad, igual que, cuando era centinela, clavaba los ojos en el reloj de cuco.

Su majestad —por algo era soberano — adivinó al instante lo que tenía que hacer y nos ascendió a todos.

—Comandante Krúcifix, desde ahora es usted general. Sargento Herrexum, usted ya es coronel. Y a ti, Háry, amigo mío, te nombro capitán si encuentras una solución a esto.

Fue muy astuto, porque hay que saber que el capitán toma parte en el fregado de las batallas. En cambio, el coronel sólo las observa desde lejos. Y el general... ¡ése está tan lejos que para

verlas necesita anteojos!

¡Y encima, yo tenía que encontrar la solución!

Estuve a punto de decirles: «¡Adiós, muy buenas, hasta la vista!». Y no por miedo a la pelea, porque yo, cuando siento la llamada del deber, hasta como simple soldado raso puedo vencer a Napoleón y hacerlo picadillo si hace falta. ¡Pero me fastidian los «listos», y que me crean tonto! Con la guerra encima, ellos preferían correr al sastre para que les colocase los galones de su nueva graduación, mientras yo... ¡hale, a buscar la solución...! Además, estaba angustiado pensando en lo que le habría

sucedido a Isabel. Por todo eso me sentí tentado de dar media vuelta y dejar que se las apañasen ellos solos contra los franchutes.

Sin embargo, hacer tal cosa... Se mirase por donde se mirase, aquello no era más que una vulgar deserción, incumplimiento de las órdenes, una huida... Sólo de pensar en ello se me encogía el corazón. ¡Estaba en juego el honor de los húsares! ¡Qué demonios!, había guerra y eran imprescindibles mi sable y mi valor. No podía perder el tiempo pensando en dragones secuestradores de doncellas.

Herrexum gritaba:

—¡Voto a...! ¡Háry János!, ¿dónde está ese valor de los húsares, teniendo el enemigo a dos palmos?

También escuché la voz de Krúcifix:

—¡Qué pena que tenga que ir a rescatar a su novia!

¿Cómo se habría enterado de lo de Isabel ese cretino? Me quedé intrigado, y más cuando oí que Herrexum le susurraba al oído:

—El trato con el barón de Ebelastin fue que caerían treinta mil hombres en la batalla.

Krúcifix lo empujó, asustado, hasta un extremo del salón.

—¡Calla, loco, que te van a oír!

El emperador y yo nos quedamos los dos solos, delante de la puerta de oro.

Mi viejo e imperial amigo se fue por el aguardiente que tenía escondido, meneando la cabeza. De la cocina salía un olor horrible: ¡a su majestad la *emperadora* se le había quemado el cocido!

Hay que decir que reinaba por doquier una horrible confusión. Los cortesanos correteaban de un lado a otro, atemorizados por la guerra que se les echaba encima. Tan sólo yo, de pie, permanecía allí tranquilo, aunque mordisqueaba, preocupado, la punta de mi mostacho. Y es que, a decir verdad,

la cosa se estaba poniendo pero que muy fea.

En el extremo del salón seguían cuchicheando Herrexum y Krúcifix.

—¡Qué va a enterarse! —susurraba Herrexum—. Sólo es un palurdo húngaro. Cuanto antes lo mandemos al frente, antes acabaremos con él.

—Ebelastin nos recomendó mucho cuidado, porque Háry puede jugarnos una mala pasada y hacernos caer en la trampa.

—Querrá decir en la trampa.

—Eso, eso, ¡mil rayos...!

Entonces comprendí por dónde iba el juego. Aquellos dos estaban tramando

alejarme a mí de la guerra para que mi emperador la perdiera. Sonreí bajo mis bigotes, mientras esperaba a que su majestad trajese el aguardiente.

No tardó en llegar, con los ojos desorbitados por el miedo.

—¡Háry, Háry! ¡Ya sólo confío en ti!

Me eché una copa de aguardiente entre pecho y espalda y declaré con voz ronca:

—¡Mi rey, majestad, mi vida y mi muerte por usted! —y me eché al colete una segunda copa—. ¡Pese a que mi amor me inspira otra cosa, y dado que constato que el peligro es enorme, declaro que lo principal es la suerte de

mi patria! ¡Ese infame de Napoleón sería capaz hasta de entrar en Hungría! ¡Que Dios nos libre de eso!

Su majestad estaba a punto de llorar.

—¡Ah, Háyry! ¡Jamás me perdonaré el no haberte dado a mi hija por esposa! Pero, en fin, eso ya no tiene arreglo. Ahora, sálvanos. Pongo a tu disposición todos los tesoros del imperio, haz con ellos lo que quieras.

Miré de reojo hacia el nuevo general y el nuevo coronel, y lancé un grito de alegría:

—¡Hurra, majestad! ¡Así se habla! Veamos dónde está ese cofre.

Me condujo a la cámara del tesoro y

abrió el cofre ante mis ojos. ¡Pero dentro no había nada! Ni oro, ni joyas, ni nada...

—¡Qué más da! —grité cuando volví de mi asombro, decidido como estaba a terminar con la guerra por mis propios medios.

Sin más, di la orden de que reuniesen todas las ruedas de carro posibles y de que se cortasen la mitad de los árboles del bosque que hay junto a Viena. Los troncos se pintarían de negro con alquitrán, y en ellos se clavarían las ruedas. Pronto terminaron con esta tarea. De lejos parecían cañones, con sus ruedas y todo.

—Y ahora, que traigan los cañones auténticos —ordené.

Los hice arrastrar por unos caballos y nos dirigimos hacia las montañas, donde se encontraba el campo de batalla.

—¿Y qué hacemos con las balas? —preguntó Herrexum.

—¡No se preocupe! Las balas se quedan en casa.

Sonrió con disimulada alegría el traidor, dándome palmaditas en el hombro. Le hacía feliz la idea de que fuésemos a perder la guerra contra Napoleón.

Yo también sonreía.

Cuando llegamos al frente, el ruido y las detonaciones iban aminorando. Se acercaba la noche y el ejército francés tenía que irse a la cama. Eso era precisamente lo que yo esperaba. Ordené a todos mis soldados reunirse rápidamente.

Cuando llegaron, mandé alinear los cañones-tronco junto a la orilla de un riachuelo, y ordené preparar unas hogueras detrás de ellos, como si se tratara de nuestro campamento. Los cañones verdaderos quedaron más atrás, cargados con pólvora pero sin balas.

De todo esto Krúcifix y Herrexum no se enteraron, ya que por su graduación

se quedaron lejos del campo de batalla.

Un poco más abajo crucé a caballo el riachuelo con mis fieles húsares y nos escondimos entre los juncos.

Sólo teníamos que esperar.

Y esperamos inmóviles, según mis órdenes.

La noche era más negra que la mermelada de moras. Al fin vimos cómo se encendían en la línea del riachuelo, una tras otra, las hogueras del falso campamento.

Eso era precisamente lo que estaban esperando los artilleros franceses, que querían lucir su puntería, por aquello de que su jefe, Napoleón, también había

sido artillero en sus años mozos.

Así pues, se liaron a disparar sus cañones directamente a donde estaban nuestras hogueras. Me imagino lo contentos que se pondrían, pensando que se estaban cargando a todos los nuestros. Pero cuál sería su rabia al no recibir respuesta alguna. Porque hay que saber que, en una batalla, es una enorme grosería y una falta de educación que, cuando uno dispara, el otro no le conteste, disparando a su vez.

Y eso fue lo que allí sucedió. Los artilleros de Napoleón se enfadaron una barbaridad por esta falta de cortesía, y empezaron un cañoneo de padre y muy

señor mío. Las balas caían como el pedrisco. Desde donde estábamos podíamos oír cómo las balas golpeaban las ramas y rebotaban en el suelo. ¡Menudo zipizape se armó! Menos mal que aquella lluvia de proyectiles no alcanzaba a nadie...

Y empezó a clarear. Creo que los gallos estaban ya cantando, aunque no se oían. Entonces envíe un mensajero a nuestros cañones de verdad, para que los tuviesen dispuestos. Cuando se callasen los cañones franceses, teníamos que recoger la infinidad de balas enemigas caídas, y amontonarlas. Después teníamos que cargar los

cañones de verdad, pero sólo con pólvora, y estar atentos a la salida de los primeros rayos de sol por el horizonte. En ese momento, ¡a disparar todos a la vez!

Y así sucedió.

Los pobres artilleros del gran Napoleón miraban al otro lado del riachuelo, en la penumbra del amanecer, y no veían más que nuestros cañones-tronco apuntándolos tan descaradamente. Allí estaban, mordiéndose los labios de rabia, pensando en para qué diablos habría valido el zafarrancho de la noche anterior.

Pero entonces —¡a la una, a las dos

y a las tres!— sonaron a la vez todos los cañones de nuestro regimiento. Se organizó tal tempestad de explosiones, estallidos, detonaciones y estampidos, que se vino abajo toda la nieve de las montañas. Entonces dije a mi gente:

—¡Vamos, chicos! ¡Adelante los valientes húsares!

Me bastó con guiñarles el ojo, y ellos supieron en seguida lo que yo quería. Sacamos del zurrón nuestras largas pipas, las llenamos tan tranquilamente, y dimos incluso algunas chupadas. Después levanté el cañón de mi pipa como si fuera un sable y grité:

—¡A la carga! ¡Sin que se caiga el

tabaco!

Irrumpí con mis buenos húsares en el bosquecillo, cabalgando como un vendaval. El sol brillaba en el acero de nuestros cascos. Frente a nosotros, el campamento de los franceses: y allá, en su centro, la tienda de Napoleón.

¡Ay, Dios mío, el revuelo que se armó!

Nuestra carga les cayó encima mientras dormían. Bueno, los artilleros habían permanecido despiertos durante toda la noche, pero ahora estaban sentados junto a sus panzudos cañones porque ya no tenían ni balas ni pólvora. ¡Todo lo habían gastado durante la

noche!

Los demás, muertos de miedo, corrían todos para arriba, luego todos para abajo, unos en calzoncillos, otros al natural, y tapándose los oídos, aturcidos por el estrépito.

Cuando nos vieron llegar gritando, montados en nuestros briosos corceles y enarbolando nuestros refulgentes sables, ¡Virgen María, la que se armó! ¡Voto a todos los santos, que se pegaron un susto de muerte que jamás olvidarán! Aquella muchedumbre de encalzoncillados se lanzó, presa del pánico, directamente hacia el riachuelo. Pero cuando vieron que desde la otra orilla les apuntaban

nuestros cañones-tronco, pusieron pies en polvorosa y retrocedieron en desbandada, corriendo justamente hacia nosotros.

¡Ya sí que no tenían escapatoria! Estaban atrapados, se habían metido en la ratonera. No tenían salida ni por aquí ni por allí, y empezaron a llorar implorando por sus vidas. ¡Y eso que eran unos hombres duros que habían sometido ya a medio mundo! Incluso, hasta habían llegado, dando leña, al país de los negros.

Pero, claro, hay que decir en su defensa que era la primera vez que se tropezaban con húsares húngaros...

Aquel gentío pululaba como las abejas en la colmena. Había algunos que estaban como locos, fuera de sí. A éstos les dábamos con la cazoleta de las pipas en las posaderas y en seguida se calmaban. Serían unos doscientos mil. No los conté, porque un húsar húngaro no cuenta a sus vencidos. Nosotros seríamos como doscientos. Tampoco los conté, porque no me acordé.

Bueno, pues lo que es la guerra, la guerra se acabó allí mismo.

La gané con unos troncos, unas ruedas y unas pipas. Pensé que los sables era mejor dejarlos para otra ocasión, no para el gran Napoleón.

He dicho que gané la guerra, aunque, bueno, aún no había terminado del todo. Faltaban detalles.

Ordené que trajeran de prisa una cuerda muy larga. Con ella rodeamos al ejército francés. Sí, a los doscientos mil. Los atamos como a un haz de leña. Incluso hicimos un nudo al final para que quedasen más prietos. Uno de mis húsares agarró el extremo de la cuerda y se llevó detrás a toda aquella masa de presos.

Pero a mí... no sé... me parecía que faltaba algo...

¡Claro, claro que faltaba algo, mil rayos me partan! Faltaba precisamente

el gran Napoleón, ese tipillo que tanto me había achuchado allá en París, con el sable.

Tenía ganas de medirme con él.

Sin embargo, a pesar de que agucé la vista cuanto pude, no lo vi por ninguna parte. Meneaba yo la cabeza disgustado, y ni siquiera me apetecía ya la pipa. ¡No es verdadera la gloria si falta el jefe vencido!

Mi caballo Rayo adivinó en seguida lo que yo quería. Ya os dije que tenía una mente muy aguda aunque no hablase. Entonces lo demostró una vez más. Tras lanzar un relincho, echó a andar y nos alejamos lentamente hacia las grandes

montañas.

Si los caballos de tiro saben encontrar su establo, ¿por qué un caballo militar como el mío no iba a encontrar al enemigo?

No habíamos cabalgado mucho cuando, por un sendero, vi a un tipo cojeando.

En seguida supe que era él.

Lo delató su sombrero tan particular, y su mano metida entre los botones del chaleco.

Pero ¿por qué cojeaba? ¿Por qué iba renqueando tan ostensiblemente?

Le grité:

—¡Oye, tú!

Con eso tuvo suficiente y se dio a la fuga. Pero sólo pudo dar dos pasos antes de caer de bruces. Cuando se incorporó, ya me tenía junto a él.

—¡Merde, merde! —mascullaba, porque los franceses reniegan así. Ellos no dicen «¡mil rayos!», eso está reservado para nosotros.

—¡Oye, tú, Napoleón! —le grité un tanto encolerizado, porque no olvidaba lo que me había hecho en París—. ¿Y ahora, qué?

—¿Qué de qué? —me dijo muy chulo, en una actitud no muy, digna de un emperador—. Ahora me matarás y... san se acabó.

—Y, ¿dónde tienes la vergüenza?

—¡Mejor la muerte que la deshonra!

—replicó.

Ése sí que fue un detalle muy bonito.

Comencé a respetarle.

Pensé en ofrecerle una salida decorosa en vez de degollarlo como a una gallina.

—¡Saca tu sable y a batirnos!

Abrió los brazos.

—Lo sacaría si pudiera, pero no sé dónde está.

—¡Rayos y truenos! ¡Te voy a sacudir también a ti con la pipa en las posaderas! ¿Qué clase de emperador eres que no llevas el sable contigo?

Cojeaba al andar de acá para allá, y yo ya no sabía qué pensar.

Por lo demás, su atuendo era impecable. Llevaba su típico sombrero, su amplio capote y hasta su pantalón rayado.

—Y tú, ¿por qué cojeas? —le pregunté.

—¡Eso quisiera saber yo! No puedo apoyar el pie en el suelo.

—¿Te duele la pierna?

—¡Qué va! —contestó—. Sólo que no puedo pisar.

Para no alargarme más, os diré lo que había pasado. Pues resulta que el pobre hombre, al oír por la mañana el

estruendo de los cañonazos, había saltado de su cama y, con el susto, se había puesto primero el sable y después el pantalón. Por eso cojeaba, porque tenía la pierna izquierda rígida, con el sable dentro de la pernera del pantalón...

—¡Ay de mí! ¡Ay qué vergüenza! ¡Si el mundo llega a enterarse de esto! — decía lamentándose y rojo de vergüenza.

—¿Y qué hacemos con el duelo? — pregunté. Aunque, como ya se me habían quitado las ganas, en seguida le dije que se volviera con los demás, ya que era un preso como ellos.

Entonces se puso de rodillas: que si

esto, que si lo otro, que si lo de más allá, que le perdonase la vida, que le dejase escapar, etc.

—¡Ni hablar! —contesté furioso. Me ofendía que un emperador fuese capaz de abandonar a sus soldados.

Para mi perdición vi entonces, por la montaña de enfrente, una gran nube de polvo. Se acercaron dos lujosas carrozas. En la primera se asomaba una dama con la cara enrojecida. La reconocí al instante. Era María Luisa en persona, que aplaudía con sus manitas con las uñas pintadas de rojo.

—¿Qué ven mis ojos? —chilló—. ¿Mi marido, el derrotador del mundo, el

gran Napoleón, preso? ¡Y yo que creía que era el héroe más grande de la tierra!

—¡Lo fui...! ¡Lo fui hasta que me encontré con el sin par Háy János! — dijo afligido el rechoncho calvito, mientras sacaba a duras penas sus dedos de entre los botones de la guerrera. Luego, empezó a chuparse con fruición el dedo gordo. Su madre, se ve que no le había quitado del todo la fea costumbre.



—¡Qué hombre más torpe! —gritó María Luisa, furiosa—. ¡No quiero ser su esposa ni un minuto más! Además, ¡¡estoy harta de la cocina francesa!! ¡No he comido ni un solo *goulash* en todo este tiempo!

¡Esa sí que era una razón de peso!

El gran Napoleón se convirtió al instante en el diminuto Napoleón. Ni yo mismo lo hubiera podido achicar tanto como lo hizo su mujer. No tuvo, por lo visto, bastante con perder la guerra, y ahora perdía también a su esposa. Me dio pena el pobre.

—Vayamos a ver a tu suegro, el emperador de Austria. Él sabrá cómo

arreglar esto —dije.

Pero María Luisa saltó de la carroza y se abalanzó sobre mí. ¡Lo que me faltaba!

María Luisa me amenazaba con matarse si no la escuchaba. Decía que me había entregado su corazón y que, si no le correspondía, se subía al pico más alto de la montaña y se tiraba al río.

—Bueno... bueno... primero vámonos con papá —dije para tranquilizar a la pobre, que estaba muy afectada.

Miré a su cochero. ¿Quién iba a ser sino el bueno de Marcelo Kinses? Allí estaba, sentado en el pescante, con su

sempiterna cara de vinagre, moviendo continuamente la cabeza.

—Eh, Marcelo, ¿qué tal?

—¡Ay, qué disgustos! ¡Ay, qué desgracias! —contestó como de costumbre.

—¿Y qué te pasa ahora, hombre?

—Nada, que en la carroza de atrás viene el barón de Ebelastin, ese gran bribón.

Entonces supe por Marcelo que a él tampoco lo dejaba nunca en paz, y que andaba todo el santo día pinchándole para que se cortara su hermoso bigote de húsar, porque no era adecuado —decía — para un cochero.

Me acerqué a la segunda carroza y saludé debidamente.

—*Bonyú, mesié, ¿comantalebú?* — intenté decir en francés—. ¿Tengo el gusto de saludar al barón de Ebelastin?

—¡Hombre, es usted, mi amigo el húsar Háy János! —dijo con una fea e hipócrita sonrisa. Y vi sus ojos y comprendí la clase de hombre que era. Por su boca asomaban unos feos dientes de conejo.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Todo —le contesté.

Había que ver cómo resplandecía de contento.

—¿Cuántos? —preguntó, pensando

que yo era de los suyos.

—Más de treinta mil —contesté yo, sonriendo.

—¡Estupendo! *¡Merveilleux!*

Con esto, sacó del bolsillo de su casaca una medalla militar francesa y me la prendió en la solapa. Y nos dirigimos hacia el campamento. El pobre Napoleón se subió a la carroza de su esposa. Al entrar en el campamento, ya estaban todos allí. Llegó el húsar con los doscientos mil presos franceses, llegaron el general Krúcifix y el coronel Herrexum, llegamos nosotros, y al final llegó también su majestad el emperador de Austria.

—¡Se presenta el húsar Háyry János!

—saludé según el reglamento, y proseguí—: ¡Hemos apresado hasta el último hombre del ejército del gran Napoleón, y también al susodicho señor!

—¿Y los treinta mil muertos? — balbució el barón de Ebelastin—. ¿De qué bando son?

Para no alargar más la cosa os diré que los hechos no ocurrieron como ellos lo habían planeado. De los treinta mil muertos que habían calculado... ¡ni uno había muerto! ¡Todos vi vivos y coleando! Nadie, de uno u otro bando, había quedado sobre el campo de batalla. Jamás se había visto una guerra

como aquélla, ¡una guerra sin muertos!

—¡Ven acá, hijo mío! —dijo mi emperador, y me abrazó paternalmente. Se sacó de debajo de la capa un frasco de aguardiente que llevaba escondido y me lo ofreció. Eché un trago.

Observé luego que mi amigo Marcelo Kinses me hacía señas con la mano, desde la carroza. Fui hasta allí de puntillas y miré dentro, por la ventanilla. La escena me tranquilizó. Allí estaban sus majestades, señor y señora Napoleón, haciéndose cariñitos: «Corazón mío, tesoro mío», y demás cosas. El pobre Napoleón ya no era un tipo desgraciado, pues su María Luisa

era todo dulzuras.

Indiqué a todos que nos alejásemos, que los dejásemos solos. Eso de cotillear es una gran descortesía, una enorme falta de educación. Además, sólo faltaba que María Luisa me viese y se le despertase de nuevo la furia amorosa que por mí sentía. Porque esa chica era así. Si me veía, me amaba; si no me veía, no me amaba. Bueno, hay mucha gente que es como ella...

—Estoy en deuda contigo —susurraba mi emperador mientras se echaba al colete otra copita—. Y lo mismo mi hija, y mi país, y todo el mundo.

—Bueno, bueno, no es para tanto —
dije, haciendo como que tosía, porque
ya sabéis que no me gusta que me
alaben.

9 *En él, Háry sale para rescatar a su novia. Para ello tiene que vencer al Dragón de las Siete Cabezas, lo que no es nada fácil*

YO ANDABA inquieto, no me dejaba en paz el gusanillo: tenía que marcharme ya y rescatar a Isabel. Desde que había comenzado aquella maldita guerra, no había dejado de pensar en ella.

Por suerte, todos estaban muy ocupados con la victoria. Su majestad la *emperadora* repartía grandes raciones de ganso asado a los soldados. También a los prisioneros, a quienes el emperador ordenó que liberasen al día siguiente. Porque siempre es más barato —decía— dar un día un kilo de ganso que pan duro durante veinte años.

Allí estaba la carroza francesa con

mi compadre Marcelo Kinses sentado al pescante. Ya podía estar tranquilo respecto a su mostacho, ya que, como habíamos vencido nosotros, a nosotros nos tocaba decidir sobre tan importante tema. Por supuesto, también estaban allí aquellas tres buenas piezas: Ebelastin, Krúcifix y Herrexum, que se tiraban de los pelos los unos a los otros, llenos de rabia. Yo ya me imaginaba por qué, pero no les dije nada.

Echándole el brazo al hombro solicité de su majestad mi emperador permiso para ausentarme. Él me lo concedió en seguida, porque después del sexto copazo de aguardiente andaba de

lo más alegre.

—No necesitaré más que un cuarto de hora, majestad; el tiempo preciso para librar a mi Isabel del dragón.

El emperador dio su consentimiento y yo salí galopando.

Ya para entonces tenía yo sobrada experiencia de guerras y aventuras, y no necesitaba perder el tiempo preguntándole el camino a nadie. Tan sólo me incliné sobre el cuello de mi buen caballo y le susurré al oído:

—Amigo Rayo, ¿dónde crees que estará ese Dragón de las Siete Cabezas?

No me dijo nada, pero se dirigió derecho hacia el bosque. Una vez allí

fingía pastar; pero yo sabía que estaba hablando con las setas. Le dejé hacer... estaba seguro de que encontraría una solución.

Y así fue.

Mi cuadrúpedo amigo meneó la cabeza relinchando, lo que quiere decir «¡Adelante!», y voló tan rápido como un vendaval. Por nuestro lado pasaban veloces los bosques, los campos, las aldeas, las villas. De repente llegamos a un espeso bosque oscuro. En seguida lo reconocí: era el Bosque Negro. Un camino conducía hacia arriba, haciéndose cada vez más tortuoso. A partir de cierta altura los abetos eran ya

muy enanitos, y había grandes moles rocosas por doquier. Hubiera deseado detenerme para tomar aliento, porque llevábamos tiempo caminando, pero estaba firmemente decidido a no parar hasta dar con el dragón. Las patas de mi buen Rayo temblaban de cansado que iba, y tuve miedo de que resbalara y se despeñara por aquellos abruptos barrancos. Así que le di unas palmaditas en el cuello y le dije:

—Quédate aquí y espérame.

Relinchó y movió la cabeza, que quiere decir que me entendía. ¿Cómo no iba a entenderme? De eso no cabía la menor duda.

Me apreté el cinturón y le di unas palmaditas a mi sable de fino acero. Después volví la mirada atrás, hacia el difícil camino recorrido. ¡Casi me muero del susto! Debajo de mí se abría un inmenso abismo cortado a pico. Caso de haber resbalado, ¡voto a todos los demonios!, me hubiese precipitado y me hubiese hecho papilla. Los pinos del Bosque Negro parecían desde allí unas estacas pequeñas. Allá lejos, quedaban las ciudades, y más lejos aún, el campo de batalla que acababa de dejar.

Aguzando la vista pude ver las hogueras para la cena y hasta oí la música de la banda zíngara que había

hecho llevar la *emperadora* para festejar mi triunfo.

«Bueno, está bien, divertíos», pensé.

También vi que mi caballo levantaba la cabeza, indicándome que siguiese más arriba aún, todo recto hacia adelante.

Así que me animé y trepé hacia arriba, de piedra en piedra, por un sitio tan empinado que apenas si podía avanzar ni a gatas. Observé en seguida que las rocas aquellas estaban totalmente pulidas, como frotadas, como si algún ser gigantesco pasara por ellas cada día. ¡Pues, claro! ¡Eso era! ¡Estaba en el mismísimo camino que llevaba a la casa del Dragón de las Siete Cabezas!

Estaba contentísimo, pero pronto tuve un contratiempo: de repente llegó una nube negra y me envolvió por completo. Para colmo, empezó a soplar el viento y se desató una horrible tempestad de nieve que a punto estuvo de hacerme rodar por el precipicio.

En aquella ocasión no me fue posible cabalgar sobre la nube como había hecho otras veces, ya que si perdía el sendero de la casa del dragón, jamás encontraría a mi Isabel.

Así pues, me puse a cuatro patas sobre el suelo y, olfateando el rastro como los sabuesos, seguí avanzando en medio de la niebla. Estaba indignado

por el mal gusto que tienen estos estúpidos dragones, que siempre tienen que buscarse para vivir unos sitios tan desagradables.

Al cabo de un tiempo se disipó la nube. Pero no sirvió de mucho, porque ya era de noche y no se veía nada.

Repentinamente llegó a mis narices un fuerte olor a azufre. No sabía de dónde venía, pero supuse que el dragón andaría ya cerca.

Empecé a gritar:

—¡Eh, eh, dragón, dragón!
¡Cobarde! ¡Ven acá si tienes agallas!

Así grité, y las montañas aumentaban el eco y repetían:

—¡Dragóooooon...! ¡Cobardeeee...!
¡Agallaaas!

Tembló la tierra bajo mis pies y se oyó un espantoso rugido que parecía venir de ultratumba. Pero el dragón, nada; ni se presentó.

«Así no vamos a ninguna parte», me dije. De repente, me acordé de la estrellita que tenía para mi amada Isabel, y la saqué del bolsillo de mi casaca. Fue una suerte el haberme acordado de ella, porque en aquella noche negrísima brillaba más que miles y millones de velas. Además, su luz no la podía apagar el viento. Para ver mejor en la oscuridad, la puse sobre una

roca, encajándola un poco en una grieta para evitar que se cayese.

¡Lástima que después me la olvidase allí!

¿Y qué es lo que vi al resplandor de la estrellita?

Pues vi, a mis mismos pies, una enorme sima. Era, ni más ni menos, la cueva del dragón. Del fondo del agujero salían ruidos horribles y un olor pestilente.

Me coloqué al borde de la sima y grité:

—Isabel, hija, ¿estás ahí?

Y una débil vocecita me respondió:

—¡Ay, querido Háry, qué suerte que

hayas venido! ¡Ten cuidado, no te vayas a caer por el agujero!

—¡No te preocupes! ¿Cómo estás?
¿Estás viva?

—¡Estoy bien, estoy viva, pero estoy prisionera!

Se me encogió el corazón, y más cuando Isabel comenzó a cantar tristemente:

*El pájaro es libre
y libre el pez en la mar.
¡Qué hermoso sería
si yo dispusiera
de mi libe... libertad!*

*Lloro al verme presa,
tararí, tararí, tatón.
¿No habrá quien me saque
de esta sucia cueva,
de esta apestosa prisión?*

«¡Ay —pensé—, qué triste es la vida

de los mortales! ¡No sólo tenemos que trabajar y trabajar, sino que, encima, nos amargan la vida con toda esta clase de dragones!».

Como si aquel bicho mal nacido hubiese adivinado lo que estaba yo pensando, lanzó de nuevo un terrible rugido-bufido-bramido desde allá abajo.

—¡Ay, mi querido Háry! — lloriqueaba Isabel—. ¡Qué bien que hayas llegado! Estaba yo buscando hierba para el águila bicéfala, cuando de repente vino el dragón y me raptó. Y aquí me tiene, en el fondo de este calabozo, con grilletes en las manos y en los pies. Y me obliga a pasarme los días

sacando brillo a sus escamas, porque es la mar de vanidoso.

Grité en la boca de la sima:

—¡Me gustaría verte, dragón! Isabel, dile que Háry János está aquí y que me gustaría cortarle sus siete cabezas.

—¡Ay, Háry! ¡No digas eso, que será tu perdición!

—¡Mejor la muerte que saberte en prisión!

—¡Pero es que está muy furioso!

—¿Por qué?

—Porque le deben la comida de todo un año, y no hace más que repetir que la ración es de treinta mil soldados muertos, ni uno menos.

Solté un juramento y después grité, hacia abajo:

—¡Si entiendes el húngaro, escúchame, dragón! ¡Sube en seguida! De acuerdo, te has quedado sin los treinta mil soldados de la comida, pero, si tienes hambre, aquí tienes uno. ¿Te basta para el aperitivo?

No tenía que haberle hablado así, porque se enojó mucho el malvado dragón. La ladera de la montaña temblaba cuando el animal intentó salir por la estrecha hendidura. Se podía oír el crujir de sus alas y el chirrido de sus garras al arañar las piedras. ¡Juro, por mil demonios, que cualquier otro

hombre hubiese huido aterrorizado!
Yo... yo no. Si había sido capaz de quitarle a la bruja la corona del emperador, ¿por qué no iba a poder liberar a Isabel del dragón?

—¡Pita... pita... pita...! —me burlaba de él para enojarlo aún más.

¡Y vaya si lo conseguí! Dio una sacudida tan violenta a la montaña, que se desprendieron muchas rocas y más de mil árboles se arrancaron de cuajo. Sus siete cabezas se apretaban en el estrecho agujero, por el que sólo podía sacarlas de una en una. Cuando estuvo fuera la primera de ellas, pude verla a la luz de mi estrellita.

¡Madre mía, que espectáculo más horripilante!

Las escamas relucían en su largo cuello, que tenía, además, unos pelos duros como dardos y una cresta horrible. No sé si me creeréis, pero lo más alucinante era que en el extremo del cuello ¡aparecía la cabeza de Miguel Benák, el reclutador, haciendo una mueca grotesca!

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! —se reía a carcajadas—. ¡Húsar de pacotilla, que no merece llevar ese uniforme!

—¡Tú espera y verás! —contesté. Y saqué mi fabuloso sable y de un certero tajo separé la cabeza de Benák del

cuello del dragón. La hoja de mi sable chirrió y echó chispas, porque las escamas del dragón eran de acero. Claro que mi sable tampoco era de juguete. Y además, mi fuerza, la fuerza de mi brazo... en fin, ya me conocéis... que no me gusta hablar de mí mismo.

La primera cabeza rodó, cayó rebotando por la pendiente, y al llegar al fondo del valle se convirtió en una roca.

Y salió la segunda.

El hechizo no fue menor, porque al final del nuevo cuello se veía la cabeza de Krúcifix.

—¡Maldito Háry János! ¡Firmes! ¡Si no te cuabras, te mato!

Otro sablazo, y otra cabeza de dragón rodando hasta el valle.

Y vino la tercera.

Yo ya suponía de quién iba a ser: de Herrexum, que me gruñía desde el extremo de su cuello de dragón.

—¡Rayos y truenos!, ven acá para...
—y no pudo continuar, porque empezó a rodar también.

¿Qué más os voy a decir? Que ya me dolían los brazos de tanto cortar cabezas: una tras otra, las seis primeras cabezas del dragón. Al principio había intentado engañarme con sus encantamientos; pero cuando comprendió que con ello no adelantaba

nada, cambió de idea y sacó su espantosa séptima cabeza al natural.

Tenía unos ojos como bolas de fuego, unos colmillos enormes y una cresta descomunal, y babeaba y escupía llamas, rugiendo y temblando de furor.

Por mi frente chorreaba el sudor. Mis brazos estaban cansados después de tantos sablazos, y tenía el arma pegajosa por la sangre del dragón; que, por cierto, no sé si sabéis que es negra como la tinta del calamar y tremendamente apestosa.

Respiré hondo cuando vi la séptima cabeza de la bestia.

Levanté mi sable, y de un tremendo

tajo la segué también.

«¡Se acabó, Háry, ya puedes descansar!», me dije.

Cercenada la última cabeza, el cuello se encogió y desapareció en el agujero de la fiera.

Ya iba a asomarme al agujero, cuando de repente vi de nuevo la cabeza ante mí, como si no la hubiese acabado de cortar.

Al principio me asusté; pero luego pensé que no habría contado bien; al fin y al cabo las matemáticas no son mi fuerte. Total, que corté ésta también.

Rodó, retumbando como las otras, y el cuello volvió a encogerse, a meterse

en la cueva... ¡y a salir de nuevo la cabeza!

—¡Escucha, dragón! —grité jadeando—. ¿Tienes siete cabezas, o qué? ¿Cuántas tienes?

—Siete —respondió riéndose—. ¡Pero es inútil que cortes mi séptima cabeza, porque ésta siempre me vuelve a crecer! —y abrió su enorme boca, cuya garganta vomitaba llamas de azufre, y sacó una lengua de más de dos metros de largo.

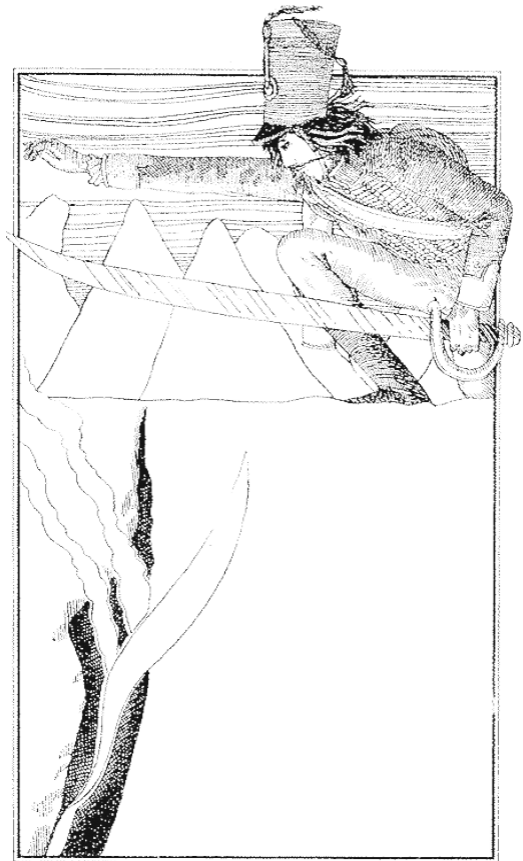
Me quité el casco y me sequé el sudor de la frente. De veras, no sabía qué hacer. Comprendí que no podría acabar con aquella última cabeza del

monstruo. El muy canalla se iba acercando cada vez más a mí, de forma que si no llego a darle un buen empujón, me hubiese cascado con sus horribles dientes.

Y entonces oí cómo, desde abajo, le gritaba mi Isabel:

—Oiga usted, señor dragón, ¡así lo parta un rayo como siga metiéndose con mi novio! ¡Debería darle vergüenza! ¡Hacerse pasar por un dragón de siete cabezas cuando sólo tiene una! ¡Vergüenza debería darle! Le diré a mi novio que, en vez de combatir más con usted, se vaya a divulgar la noticia de que el dragón que aquí vive es un

farsante, que no es un «dragón de siete», sino un simple dragón pelao «de una».



Al oír esto se quedó de piedra, porque era muy vanidoso. Ya echaba menos humo que una olla de alubias cuando cuecen.

Yo me di la vuelta para asustarlo, simulando que me iba a contarle a todo el mundo su vergüenza. Pero fue un error. Alargó su horripilante cuello, me cerró el paso y abrió sus terribles fauces, gritándome:

—¡No des un paso más! ¡Ha llegado tu final, húsar del demonio! ¡Hasta ahora no me había comido un soldado vivo, pero tú serás el primero!

Y me envolvió, rodeándome con su largo cuello como si fuese una serpiente.

Intenté darle una estocada, pero fue inútil. Aquella séptima cabeza tenía las escamas siete veces más duras que las otras.

Entonces se me vino el mundo abajo. Me pareció triste y amarga la «gloriosa» vida de los húsares. Había cumplido bien mi deber, nadie podía tener queja contra mí, y mira por dónde iba a tener una muerte estúpida e infame, y sin haber logrado rescatar a mi novia.

Decidí quejarme en cuanto regresara al palacio imperial de Viena.

Pero, claro, antes tenía que salir de ésta.

Hay un antiguo refrán husaresco que

dice que, cuando grande es el problema, mayor ha de ser la calma al enfrentarlo. Y eso fue lo que hice.

Viendo que no podía con el dragón, metí el sable en la vaina y, tranquilamente, como si no ocurriese nada, saqué mi pipa y la cargué. Como en las fauces del dragón tenía fuego a discreción, allí la encendí, y di unas chupadas. El dragón lanzó un rugido al ver mi serenidad, y comenzó a echar, él también, llamas y humos por la boca. Pero yo le dije que no valía la pena, que yo lo hacía mejor, y que en cuanto a olor... apestaba peor mi tabaco mataquintos.

Siguió bramando y agitando su espantosa cabeza ante mí, mientras su largo y repugnante cuello me rodeaba cada vez con más fuerza.

Para entonces él ya había sacado totalmente su cuerpo por la boca de la sima. Sus garras escarbaban el suelo a mi alrededor y abrió su horrenda boca varias veces, dispuesto a engullirme de un bocado. Y os juro que lo hubiera hecho si no llego a darle un golpetazo con mi pipa, a la par que le gritaba:

—¡Déjame en paz, Pedro Negro, vete al infierno!

Y no dije nada más.

No os puedo decir lo que pasó,

porque no existen palabras para describirlo.

La cabeza lanzó un aullido estremecedor y a continuación el enorme dragón comenzó a achicarse. Se encogía, se arrugaba, como las manzanas asadas. Ya no le quedaba voz. Sus ojos giraron en sus órbitas durante un rato antes de detenerse para siempre. Se contrajo, se plegó, se deshizo. Ya no era un dragón, sino sólo un trozo de cuero seco. Desaparecieron sus escamas acorazadas y al darle un puntapié con la bota, sus grandes alas de murciélago se deshicieron como si fuesen cenizas.

Agarré aquel pellejo y lo tiré al

abismo. Según caía, se iba convirtiendo en pequeños guijarros que chocaban y rebotaban, atronando por la falda de la montaña.

Salió entonces el sol; porque he de decir que la lucha había comenzado a medianoche y duró hasta el amanecer. Salió el sol, y al instante se abrieron las entrañas de la montaña y mi querida Isabel apareció en la boca de aquel antro. Todavía llevaba los grilletes en las manos y los pies; pero al empezar a andar se le fueron cayendo.

—¡Háry! ¡Háry! ¡Por fin te vuelvo a ver! —gritó. Y su cara sonreía de felicidad.

Nos abrazamos y nos besamos, y allí mismo nos hicimos el juramento de querernos siempre:

—¡Yo tuyo y tú mía, hasta que la muerte nos separe!

Nos salió a dúo, y nos reímos de muy buena gana.

Luego bajamos de la montaña y nos recibió, como un saludo, el alegre relincho de mi buen Rayo.

Pero... ¿qué es lo que vimos sobre la silla de mi caballo? ¡Un hermosísimo vestido de novia para Isabel! Veinte faldas plisadas, más blancas que la nieve; la de encima era de encaje. Además, el delantalito bordado, la

blusita de manga de farol, el corpiño bordado, la diadema de perlas, las zapatillas, y hasta el blanquísimo velo.

¡Qué bonita pareja hacíamos cuando Isabel se vistió aquellas prendas!
¡Parecíamos un croquis!

Monté en mi Rayo y senté a Isabel delante de mí. Ahora no íbamos al galope, sino al paso lento, procurando alargar aquellos deliciosos instantes.

Mi caballo conocía bien el camino, podía fiarme de él.

De repente, se me encogió el corazón. A lo lejos vi... no la cúpula de diamantes del palacio de Viena, sino las dos torres de la iglesia de Nagyabony.

10 *En el que se atan
todos los cabos
suelos del relato.
Al final todo el
mundo está de
acuerdo en que
jamás ha habido
un húsar más
grande que Háry*

János

Y ASÍ SE acaba todo, señor Háry János? —preguntó el huésped del alcalde con cara de decepción y en medio de un gran silencio. Le hubiera gustado seguir escuchando más.

—¡Qué va! —sonrió el viejo, retorciendo las puntas de su mostacho de dos palmos—. A ver, diga: ¿cómo cree usted que tenía que terminar esto?

—Pues nada, que usted se volvía a casa con Isabel, y que desde entonces viven aquí muy felices —intervino con

su risa jovial el panzudo alcalde.

Háry János lanzó un profundo suspiro y, meneando la cabeza, echó una mirada a los alegres parroquianos de la taberna, que aún esperaban, con los ojos muy abiertos, la continuación de la historia. De repente, intervino el estudiante:

—¡Señor húsar, el otro día contó usted esto, pero de forma diferente! Las aventuras ocurrían en la frontera de Turquía, y usted, en un momento lanzaba a más de treinta metros de distancia la garita de un centinela.

El viejo asintió con la cabeza:

—Si así lo dije, así sería. Pero no

vayáis a creer que las aventuras terminaron de repente, así porque así. ¡No creáis que por haber acabado con el dragón, se podía uno venir a su casa tan fácilmente! ¡No faltaba más! ¿Y la licencia?

—¡Eso, es verdad, aún no estaba usted licenciado!

—Pues eso es lo que os estoy diciendo. ¡Yo siempre digo la verdad! En fin, resumiendo, y para no perderme en palabrerías, cuando vi la iglesia de Nagyabony pegué un tirón a las riendas de mi caballo: «¡Cáspita, Rayo! ¡Buena me la has jugado, viejo amigo!» — exclamé furioso. Pero solamente estaba

enfadado de labios afuera, porque, en el fondo, estaba encantado de que mi caballo hubiese adivinado el anhelo de nuestras almas.

—Pero no puede ser, el deber es el deber. ¡Atrás, Rayo, tenemos que volver al campamento!

Y así lo hicimos.

Llegamos al anochecer. Todavía continuaba el baile. Todos bailaban juntos: los húsares con los prisioneros, la *emperadora* con su yerno, y María Luisa con el bellaco de Herrexum.

Mi emperador era el único que no bailaba. Miraba preocupado hacia el camino. Sí, señor, me estaba esperando

a mí, ¿por qué negarlo?

Me cuadré ante él. Pero entonces no iba solo: allí, a mi lado, tenía a Isabel.

—Majestad, mi rey, ¡mi vida y mi muerte por usted! Si usted quisiese agradecer mis modestos servicios...

—¿Qué estás diciendo? ¿Modestos servicios? Hijo mío, precisamente ahora estaba pensando en nombrarte general de mi ejército. Krúcifix se irá con mi yerno, Napoleón, porque en su tropa hay una vacante. Verás: cuando estábamos en la cena celebrando la victoria, Napoleón nombró al barón de Ebelastin su general. Yo me alegré mucho cuando Krúcifix y Ebelastin acordaron que tenían que

hacer una nueva guerra entre los dos países. Será una guerra apasionante, hijo mío, una guerra muy bonita. Me hacía mucha ilusión porque, estando tú aquí, la ganaremos nosotros, de todas todas. Así que...

—Majestad, señor rey... —le interrumpí al ver que su cuento iba para largo porque se había trasegado toda una botella de aguardiente.

—¡Déjame, hijo, que te cuente todo! Ocurrió que, cuando el barón de Ebelastin daba las gracias a Napoleón por su nombramiento, de repente palideció.

Giró la cabeza de un lado a otro y

puso los ojos en blanco con cara de muy asustado. Al preguntarle qué le pasaba, se limitó a decir no sé qué de un dragón, y de una cueva y unas cabezas, e hizo con la mano un gesto de despedida. Después, dijo con gran esfuerzo: «Perdónenme, majestades, tengo que irme. Hóry János me manda al infierno». Y al decirlo, desapareció en medio de una gran explosión. En su lugar sólo quedó una nube amarillenta que olía a azufre.

Yo me quedé muy preocupado, porque si faltaba Ebelastin, ¿cómo íbamos a hacer la guerra? Así que he pensado traspasar Krúcifix a Napoleón,

y convertirte a ti en mi general. Es una forma de manifestarte mi agradecimiento. Por eso...

—Dispense, majestad —le interrumpí de nuevo, cortando su verborrea—. Le agradezco el ascenso a general, pero no puedo aceptarlo. Existe un medio mucho mejor para demostrarme su agradecimiento: mi licencia, su permiso para quitarme este brillante casco que, a pesar de ser tan honroso, es muy pesado. ¿Sabe usted, majestad? Mi Isabel y yo ya hemos planeado cómo vamos a vivir en Nagyabony. No queremos más que paz y trabajo.

Su majestad, que estaba entonces de buen humor, me escribió con su puño y letra la carta de licencia. No refirió en ella nada de mis hazañas, pues le daba un poco de corte reconocer que, al fin y al cabo, debía su corona y su reino a un húsar húngaro. Así que me despidió, no sin antes arrancarme la promesa de que, si necesitaba mi ayuda, podía enviar a buscarme. Por supuesto que le di mi palabra, ¿cómo no?, y le dije que me mandase el recado por medio de mi compadre Marcelo Kinses, que seguiría en palacio como cochero.

En eso quedamos, y gracias a Dios nunca ha solicitado mis servicios. De

ello deduzco que dejé bien arreglados todos sus asuntos.

En ese momento, el estudiante lanzó un horrible estornudo. A continuación, se levantó y gritó:

—¡Jamás habrá otro húsar como nuestro paisano, Háry János!

—¡Jamás! ¡Viva! ¡Viva! —
aclamaban los parroquianos de la taberna, en medio de un temporal de aplausos y carcajadas.

El huésped aplaudía, el panzudo alcalde gritaba entusiasmado, y el acatarrado estudiante se sonaba en la manga de la camisa. Todos estaban contentos, y el más contento de todos era

el mismísimo Hány János.

El veterano húsar levantó su pipa y empezó a cantar:

*No me da el emperador
ni para un mísero rancho.
Ni me paga, de su bolsa,
un mísero salario.*

*¡Fuera, pues, el uniforme,
lejos el maldito sable!
vámonos para casa,
Isabel, mi dulce amante.*

Todos los presentes le acompañaban a gritos, cantando a coro con él. Sólo

interrumpió aquella turbulenta alegría el sonido de las campanas de la iglesia. En la noche nevada las mujeres, vestidas de negro, regresaban ya a sus casas.

Pasaban lejos de la taberna, pero sus ojillos curiosos miraban de reojo.

La taberna quedó en silencio.

Los hombres se disponían a salir.

—Por hoy ya es suficiente —dijo Háy János—. Mañana será otro día.

Y levantó la pipa en señal de despedida.

Con sus ágiles pasos de viejo trotamundos salió de la taberna y se encaminó hacia su casa, situada al final de la aldea...